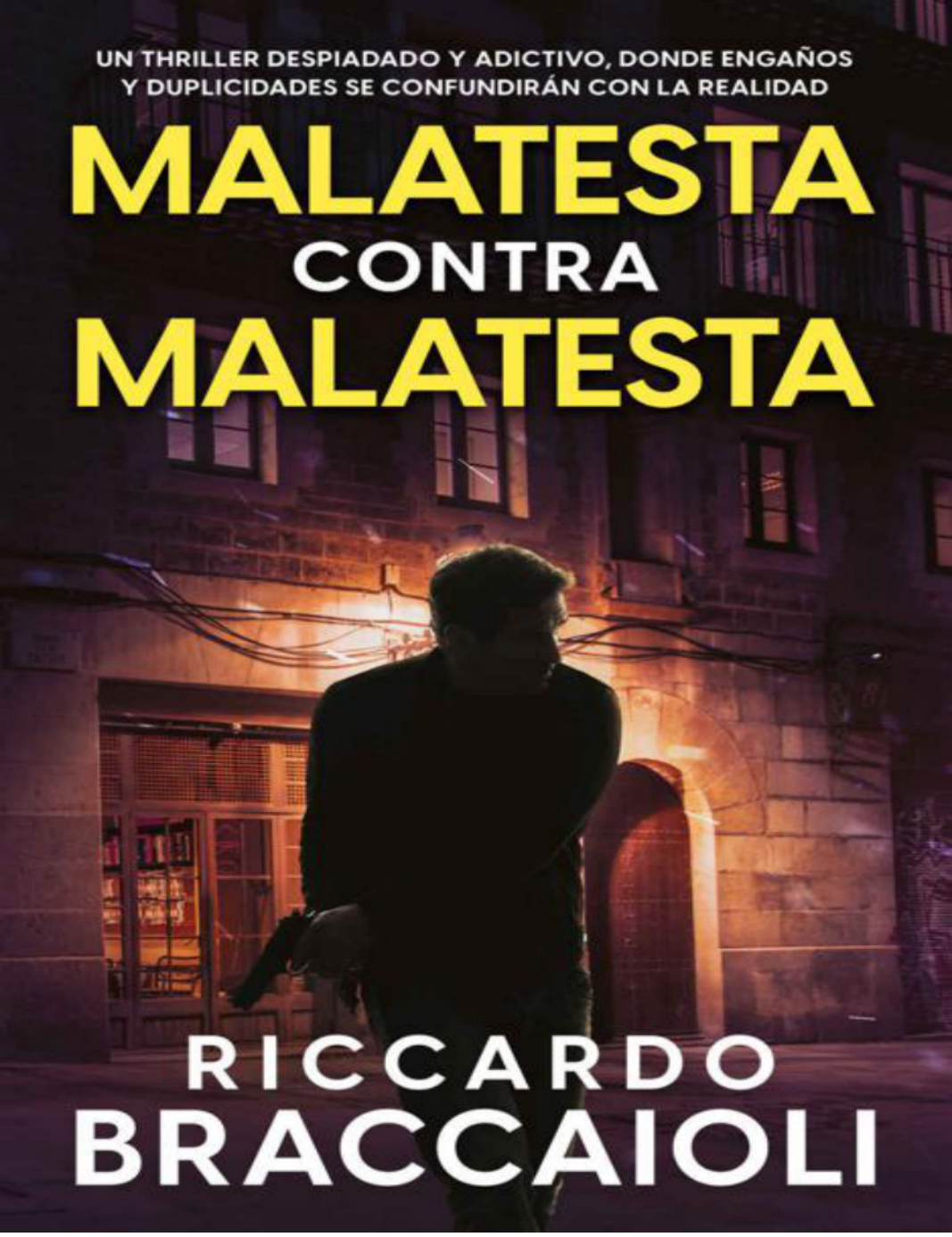
UN THRILLER DESPIADADO Y ADICTIVO, DONDE ENGAÑOS Y DUPLICIDADES SE CONFUNDIRÁN CON LA REALIDAD

MALATESTA CONTRA MALATESTA



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

MALATESTA CONTRA MALATESTA

Un thriller despiadado y adictivo, donde duplicidades se confundirán con la vida y la muerte

First published by BRACCAIOLI 2022

Copyright © 2022 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2211202670627

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña
Advisor: Eva Alton

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

“Ohana significa familia. Y tu familia nunca te abandona ni te olvida”

—Lilo & Stitch, 2002

A nosotros: a ti y a mí. Porque por algo, nuestros caminos literarios se han unido.

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

PERSONAJES PRINCIPALES

BRUNO MALATESTA: Protagonista, el detective.

MARGUERITA DE ANGELIS: (**RITA**) Pareja sentimental de Bruno.

COMISARIO MALATESTA: Padre de Bruno

PEDRO VALBUENA: Jefe de investigadores en la comisaria de Marbella

VÍCTOR OJEDA: Joven investigar de la comisaria de Marbella

1

En algún lugar de España.
El día del hallazgo.

«He vuelto a matar».

Así empezaba la primera frase de la página. Una cualquiera, abierta al azar, pero no del todo casual.

El libro que la mujer tenía entre las manos tenía la cubierta roja: de pasión, de sangre. Encontrado en un cajón. Descuidado. Olvidado.

El segundo cajón de la derecha del escritorio seguía cerrado, nadie había mirado dentro.

¿Cómo pudo olvidar un objeto tan preciado y necesario para su día a día?

La mujer se rascaba la cabeza incapaz de entenderlo y sorprendida por la información sensible que había en ese cuaderno.

La casa se encontraba azotada por la velocidad que el dueño tuvo por dejarla. Las sencillas prendas cubrían la cama. El desorden de las estancias rompía con la imagen general de la casa. Parecía que un tornado había entrado y revuelto todas las pertenencias del dueño. O incluso que unos maleantes buscasen algo que, posiblemente no encontraron.

El inquilino tuvo que ser una persona ordenada, meticulosa. Todos los objetos de la casa tenían un lugar específico, sin improvisación. Un cuidado meticuloso y maníaco en la ubicación de los objetos, con sentido común y precisión. El desorden era fruto de una salida inesperada y desesperada.

Tenía en mano el único testigo de todo lo que sucedió, sin haber pasado por la escena del crimen. Un fiel narrador del asesino, escrito en primera persona, por el protagonista y el único superviviente de las escenas del crimen. Asombrada por el hallazgo, comenzó a leerlo, en voz alta, sin sentarse.

«He vuelto a matar.

No me lo puedo creer, lo he vuelto a hacer.

Me gusta, es diabólicamente bonito. Es el chute de endorfina más potente que he probado. Nada me produce tanto placer. He probado varias veces el sexo, incluso pagado, pero nada, nada que ver. Me he tirado en paracaídas, he pilotado en moto a trescientos kilómetros por hora, pero nada que ver.

Los segundos antes de que la persona expire su último aliento, es cuando sientes el poder. La vida y la muerte, te sientes Dios. Sientes la fuerza del bien y del mal en tus manos. Llevas al límite a tu víctima. Solo empujándola hasta ese punto sabes cómo reacciona. Qué hay en el fondo de su carácter y si tiene miedo, rabia o ira en sus últimos alientos.

Si la gente común probase a matar… Si las personas de a pie lo probasen por gusto, la población de la tierra se decimaría.

En cuanto salí del chalet, ya tenía el mono, quería más y más, hubiera seguido matando, pero si así hubiese hecho, me habría delatado. Y el mentor me habría reñido.

No podía ser.

Eso no quita que lo habría hecho.

¡Que gozada! Tengo que hacerlo más a menudo.

Aunque sé que no está del todo bien. Mi psiquiatra dice que hay que reprimir los instintos básicos y primarios. Cree que no soy capaz de ciertas cosas, habría que demostrárselo. Para él soy un esquizofrénico bipolar, de tres al cuarto, ¡se va a enterar! Me trata como un paciente normal, como otro de sus locos que acuden a coger la receta para las pastillitas que tiro por el wáter, ¡que se las tome su madre!

Puede que lo mate un día, le daré la sorpresa. Y yo un gustazo.

Primero tengo que ganar a mi yo bueno que de vez en cuando asoma su aburrida cabeza. El mentor no debe saber, que no tomo la medicación, si no se enfadaría.

Me voy…

Los ojos del banquero. Sigo teniéndolos grabados en mi cabeza. Su último aliento al compás de su mirada, trasmitió venganza, la misma que nunca conseguiría cumplir.»

La garganta de la mujer se cerró, apenas salía un hilo de voz por la crueldad de las palabras escritas en las páginas que sujetaba. Trasmitían inestabilidad y el miedo sacudió el cuerpo de la mujer.

A su alrededor pasaban hombres, uno entre ellos la escuchaba detenidamente.

«Planificarlo ha sido sencillo, lento para cumplir un golpe sin fallos, pero sencillo. La gente normal no se da cuenta de lo vulnerable que se convierte con sus rutinas y una vida monótona. Es previsible, es sencillo.

¡Es tan sencillo matar!

La gente común no se da cuenta que son blancos perfectos. Hace unas horas estaban vivos y ahora están muertos. El asqueroso banquero y su novieta.

La mujer me ha sorprendido. Un cargo importante, estirada y presuntuosa. Bien vestida y con joyas, a la hora de matarla ha sido la más gallina y cobarde. Menuda tía.

Sus ojos imploraban clemencia, no querían venganza, solo deseaban volver a ver a sus hijos y que su marido no la descubriera muerta en la cama de su amante. Pero la vida no es como queremos, es impredecible como mis decisiones o las de mi mentor.

¿Sus errores?

Cruzarse con una persona que apesta, tenerlo como cliente le ha costado la vida. No ha sido culpa suya, si no que un equívoco error en la repartición de las cartas del destino.

Al fin y al cabo… cosas que pasan».

* * *

Estamos rodeados de ojos que nos miran.

Algunos los vemos, pero la mayoría nos observan en silencio.

Sin rastro, sin rostro.

Nos creemos seguros, cobijados en nuestras casas y en nuestras vidas aparentemente analógicas. Creemos que cerrando con llave nuestras puertas dejamos fuera los peligros, las personas, las indiscreciones.

Nada más lejos de la realidad.

Nos escuchan.

Estamos vigilados.

Estamos perseguidos.

Estamos en este mundo cambiante que no comprendemos. El mismo mundo cambiante que viaja a una velocidad vertiginosa sin entender lo que comporta actualizar una aplicación en nuestro móvil o pagar con una tarjeta bancaria.

No hay vida sin progreso. No hay progreso sin romper platos y los platos, a veces, se rompen en los momentos menos esperados.

2

Marbella.
Martes, 04 de octubre
Siete días antes del hallazgo.

El sonido metálico de la llave anunciaba su llegada.

Era una tarde como muchas. El verano no se quería despedir ese año, a pesar de estar en octubre, las temperaturas aguantaban como a finales de agosto.

Las horas de sol, sin embargo, no mentían, los días eran más cortos.

La luz anaranjada de los atardeceres andaluces pintaba las blancas casas de la costa mediterránea.

«Mira, parece que el sol se mira hacia atrás», decía su madre.

Siempre que Bruno entraba en la urbanización donde vivía y las paredes tomaban esa tonalidad, recordaba esas palabras. Cuando el sol del atardecer se reflejaba en el chalet familiar cerca de Modena.

Los últimos resquicios de fuerza del sol, concentrados por la tarde, antes de desaparecer, como si saludase y se despidiese hasta el día siguiente.

Girar la llave en la puerta era el movimiento final del día laboral. Al cruzar la puerta de su casa, Bruno dejaba atrás los problemas y preocupaciones del circo que gestionaba.

Quitarse las zapatillas, darse una ducha y abrazar a Rita. Eso era lo que deseaba cuando llegaba, pero no en ese orden.

Luego, a pies descalzos sintiendo las vetas de la madera en el suelo, descorchaban una botella y hacían la cena, disfrutando de las horas que pasaban juntos los días entre semana.

Margarita De Angelis. Rita, para los amigos. El rottweiler de los seguros. Se tomó un tiempo para entender qué era el italiano para ella. Alejándose del frenesí suizo, de la vida en primera línea. Del frío transalpino a la calidez del mediterráneo, a los brazos del bello

italiano que apareció en su vida entre peripecias.

Una conexión a internet, una mesa en la terraza con vistas al mar y un ordenador portátil. Eso se había convertido en su nueva y temporal oficina.

Al cabo de seis meses de salvar la vida de Rizzato, tiró las inseguridades por la borda y a pesar de los miedos, dio el paso y se fue a vivir con Bruno.

A pesar de la diferencia de edad y de las diferencias entre los dos, todo iba sobre ruedas. Hasta que pasó lo imprevisible.

—Cariño he llegado —dijo Bruno cerrando la puerta detrás de él.

No tuvo respuesta del interior del piso.

Dejó las llaves en un cenicero redondo, delante de un espejo. Se miró y esperó una respuesta que no llegaba.

Las ventanas estaban abiertas, la brisa marina llegaba hasta la entrada, el Aston Martin de la mujer se encontraba en el aparcamiento al lado de su Porsche, tenía que estar en casa.

Caminó hacia la sala de estar, recorriendo el pasillo. La feroz maquinaria de las preguntas se puso en marcha, la misma que en los últimos tiempos conseguía dominar mediante la meditación.

El pasillo resultó ser más largo de lo habitual hasta que visualizó la sala de estar.

—¿Cariño?

Las puertas que daban a la terraza; abiertas de par en par. El silencio se rompía a causa del aire que entraba y jugaba bailando por los objetos y fisuras generando suaves silbatos.

Rita se encontraba sentada en el sofá delante del televisor apagado.

Le estaba esperando, sin duda, algo tenía que haber sucedido.

La expresión no era de las mejores. La pelirroja tenía genio y carácter para vender. Y cuando se disparaba, era como un monoplaza de carreras por las calles urbanas de Madrid, incontrolable.

Piernas y brazos cruzados, cerrada en banda, con el móvil en mano.

Las facciones delataban enfado, o incluso decepción.

«¿Qué habré hecho para encontrarme esto?», pensó.

Tragó saliva y preguntó.

—¿Qué te pasa cariño?

La mujer abrió los ojos sorprendida.

—Que, ¿qué me pasa? ¿En serio? —dijo con sarcasmo ácido.

Contestó como si en lugar de enviar a Bruno palabras fueran misiles del fuego antiaéreo.

El cerebro de Bruno comenzó a rodar recopilando el día, por si se podía haber dejado algo importante o si había dicho algo, o incluso una fecha importante olvidada. Nada. La búsqueda neuronal en los

recuerdos no llevaba a ningún resultado.

—Me pierdo *Amore*. —Bruno levantó los hombros, se rindió.

—¿Qué has hecho hoy? —replicó incrementando el volumen.

Bruno levantó otra vez los hombros y miró a la derecha.

—…Pues, pues, en la oficina. —Hizo un silencio—. ¿Dónde si no?

La mujer se enfadó aún más.

Se levantó y se acercó al hombre, desbloqueó el móvil y le enseñó una foto.

Bruno arrugó el ceño y la miró.

Una vez vista, le cogió el teléfono de la mano.

Sintió una carga en los hombros, sin entender qué había hecho mal.

La foto que aparecía en la pantalla provenía de una conocida red social en la que Bruno tenía una cuenta personal donde, de vez en cuando, publicaba alguna foto. Más que nada para que sus padres y parientes en Italia supieran que estaba vivo.

La foto en cuestión, lo mostraba a él en un famoso y caro restaurante de la costa marbellí, comiendo ostras y con dos vasos de champagne. En la botella de cristal, se reflejaba a una chica, la que aguantaba el segundo vaso, en bikini con un pecho despampanante.

A Bruno le atravesó un escalofrío por toda la espina dorsal mientras su rostro tomaba la tonalidad de un tomate maduro.

—Pero… ¿qué es esto?

—Eso llevo todo el día preguntándome.

La mujer cruzó los brazos y los ojos casi se salían de las orbitas. El precioso verde de sus ojos, se convirtió en un verde tormenta marina.

Bruno no supo decir nada, se quedó en silencio mirando la foto.

—Vaccaboia, Rita eso no es mío. ¡Por todos los rayos! —esputó en su defensa.

La mujer le arrancó su móvil de la mano.

—De ti no me lo esperaba —dijo y se fue hacia el dormitorio.

—Pero cariño, ¿estamos de broma o qué?

—¿Broma? ¿Te parece esta foto una broma? —dijo sin girarse, entrando en la habitación—. ¡Eres como todos los hombres!

Bruno le siguió sin entender qué pasaba ni por qué le estaba sucediendo eso a él.

—Tenía razón mi madre, todos sois iguales, una vez polinizadas cambiáis de objetivo, ya no os estimula tener un entrecote en casa, corréis por los Frankfurt por la calle.

—Rita estás exagerando. —La detuvo delante de la cama cogiéndola por un brazo, ella se giró y Bruno la agarró por los dos antebrazos—. ¿No me crees?—silencio— ¡No me crees! Pero, ¿cómo podría hacerte algo tan, tan… mezquino? Jamás podría.

—Déjame —dijo negando con la cabeza.

La mujer se soltó y siguió hacia el lavabo.

Bruno siguiéndola, se percató que las maletas de Rita se encontraban al lado del armario.

—Por favor, déjame hablar. —La detuvo otra vez—. Piensa un momento. ¿Crees que soy tan retrasado de engañarte y de publicar una foto con la mujer? Por favor, piensa, ¿sería inteligente?

La tensión de ella fue bajando, miró los ojos de Bruno como un polígrafo. Escaneándolos, nerviosa, saltando de uno al otro.

—¿Crees que sería sensato publicar una traición? Si quisiera hacerlo, lo escondería. Pero yo no soy así. Antes lo hablaría contigo.

Los ojos de Bruno llegaron al nivel de la sinceridad y de la persuasión.

—¿Y por qué tienes publicada esa foto? —contestó aún no convencida

—¡No tengo ni idea! ¿Cómo voy a saberlo?

—Bruno, he pasado por mil situaciones con mis exmaridos, no quiero volver a pasar por lo mismo, no tengo la necesidad.

—Ves, ¡por eso es una buena idea que no nos casemos! —soltó para bajar los ánimos.

—¡Qué idiota eres! —dijo casi con una mueca en sus labios carnosos—. En serio Bruno, quiero que me prometas… ¿pero qué prometerme? No sé qué estoy diciendo. ¡Si eres tú!

—Rita, ¡no soy yo! He estado todo el día en mi jodida oficina, ¡por todos los rayos! No sé de dónde puede venir esa foto.

—¿Pero es tu cuenta?

Bruno levantó los hombros.

—Llama a Pedro, pregúntale qué hemos hecho todo el día —dijo acercándole su teléfono móvil—. Mira si hay fotos parecidas.

Rita no quiso ver el contenido del celular. Miró al suelo, suspiró y en su interior encontró un poco de paz.

Hubo silencio y se miraron a los ojos.

—Te lo prometo.

—No sabes cuánto me alegro de que sea un error.

—Yo también me alegro que entiendas que lo es —dijo él acariciándole el rostro.

Bruno esperó y se quedó en silencio un momento, pasado el incendio con Rita, quedaba entender de dónde había salido el fuego.

—¿Me enseñas la foto otra vez?

La mujer activó el celular y apareció otra vez la foto. Bruno la miró con detenimiento.

—Vaccaboia, es que parezco yo. Ahora tenemos un problema.

—Yo también creo que lo tienes…

—¿Quién ha montado este follón?

Bruno se quedó mirando las verdes córneas de la mujer, como si en su interior pudiera encontrar un mar de respuestas. Sin embargo, solo naufragó en más preguntas.

La avalancha de comentarios a la publicación que recibió en una tarde le confundió aún más, sintiéndose un gusano.

A cada mensaje tocaba una aclaración. Hasta entender que, directamente, tenía que eliminar la foto, sin dar más explicaciones. Detener la bola de nieve. Pero los problemas comenzaron en ese momento, cuando no pudo entrar en su cuenta de la red social. Probó numerosas veces, cambiando contraseña e intentando acceder desde el correo, pero siempre en vano. Alguien había entrado deliberadamente en su cuenta y tenía el control.

Eso le asustaba.

¿Por qué alguien se tomó las molestias de hacer eso?

A lo mejor algún chiquillo del sur de California o de la India, eligiéndole fruto del puro azar.

«…Y ¿si no fuera fruto del azar?», pensó Bruno acostado en su cama, antes de dormir.

3

Circuito Ascari, Marbella.
Miércoles, 05 de octubre
Seis días antes del hallazgo.

La ventana se encontraba abierta. Dejaba entrar el sol y el aire que provenía de los campos de naranjos transportaba aromas cítricos. La brisa marina de la mañana llegaba hasta el interior, se colaba por el despacho de Bruno y refrescaba el ambiente. Los rayos de luz se reflejaban en la pantalla del ordenador.

Bruno, sentado en su escritorio veía al horizonte la campiña andaluza. Sin embargo, los coches que circulaban por la pista, recordaban al director dónde se encontraba.

La noche anterior fue convulsa. Después de la discusión provocada por la foto publicada en su cuenta y no poder acceder a ella, la cena fue extraña. Esa foto removió inseguridades, decisiones que quizá fueron precipitadas.

La foto se convirtió en un pequeño cisma emocional, que la pareja intentó sortear como pudo. A pesar de su buena voluntad y las ganas de superarlo, Rita fue arrastrada por los miedos a remover un problema que parecía superado.

Cuando pasó el accidente en el Rally Costa Brava, muriendo el piloto, traspasó su taller de coche de competición, el AOLAR PORSCHE RACING TEAM.

El shock de ver morir a una persona en el coche de su amigo, fue tan duro que cambió el rumbo de su vida, o por lo menos eso creía.

Una vez dejado el negocio, los socios del circuito andaluz, lo ficharon haciéndole una muy buena oferta.

Al principio le gustaba, incluso le apasionaba. Pero con el pasar de los meses se sintió John Ammond en Jurassic Park. El romanticismo y las ganas del principio se fueron evaporando.

Los “ricachones” de Europa iban al circuito como si fuera un parque de atracciones y él una estrella en el rodeo. La esencia de las

carreras fue desplazada por la farsa económica del circo automovilístico. Los pilotos amateurs que querían una experiencia de quitar el hipo, podían contratar unas vueltas con un coche de carreras conducido por Bruno Malatesta en persona.

Bruno se sentía un Tirannosaurus Rex, un juguete de feria.

La situación en cuestión de meses se fue deteriorando, como sus ánimos para dirigir el circo Ascari.

Luego apareció Rita en su vida y el mal estar se fue acentuando. Hasta que una oportunidad se presentó enfrentándolos a un dilema. Por jubilación, vendían un taller especializado Porsche en Málaga. Sus ojos hicieron chiribitas y su ánimo se encendió como una falla valenciana. La idea de convertirse en propietario de un taller tan renombrado en la provincia le llevaba a los tiempos de Jürguen, su primer mentor. El destino le había puesto en bandeja una oportunidad increíble.

Volvía a ver la luz al final del túnel, pero tenía dos cuestiones importantes. La primera era el dinero; Bruno no disponía de la cantidad que solicitaba el dueño que se jubilaba, lo tenía que pedir prestado. Segunda, y no menos importante, vivía con una mujer, una compañera y, como tal, le quería pedir su opinión para tomar un cambio de rumbo tan importante.

Sin embargo, Rita no quería, no veía la necesidad. Su visión pasaba por una vida como empleada, de sueldo a final de mes, de seguridad antepuesta a cualquier otro tema. Eso era lo que ella quería y lo que impuso a Bruno. El carácter de la pelirroja y su signo del zodíaco, eran tajantes: virgo. Un signo de tierra y de marcada fuerza.

Bruno acató, aparentemente, sin estar convencido del todo por dejar escapar una oportunidad tan importante en su vida.

¿Qué pesa más en la vida?

Él tomó una decisión, una bifurcación no definitiva, tonteó con el fuego.

Esa mañana su ánimo se encontraba revuelto.

No conseguía acceder a su cuenta de la red social y eso le preocupaba. Envió un correo electrónico a la delegación nacional exponiendo el caso y denunciando la publicación que tantos dolores de cabeza le estaba llevando.

La mañana se animó cuando entró por la puerta Pedro. Llevaba el mono de carreras puesto y una radio en la mano. Sudado y jadeante tras subir las escaleras que llevaban al despacho del jefe.

—Los monoplazas están listos, te estamos esperando —dijo Pedro.

Bruno, a pesar del portazo, no quitó la mirada de la pantalla.

Cuando Pedro llevaba unos segundos en la estancia, el director levantó la mirada por encima del monitor.

—Creo que la expresión la inventaron en tu honor.

—¿Cómo? ¿A qué frase te refieres?

—¿Cuál? ¿No la sabes?

Pedro levantó los hombros y arrugó la boca.

—…Como Pedro por su casa —confirmó Bruno

El otro hombre se puso a reír.

—¿No has visto por casualidad que la puerta estaba cerrada? —Silencio—. ¿Qué quieres?

—Lo sé Bruno, pero tengo un problema con un monoplaza y necesitaría que lo vieras —dijo subiendo los pómulos y rascándose la cabeza.

—Estoy ocupado, llama a Miguel que te eche una mano.

—Ya lo he hecho y no sabe cómo arreglarlo.

Bruno resopló.

—Vaccaboia, pues no lo sé, pues llama a Francesc, ¡a ver si lo consigue él!

—Nadie Bruno, no conseguimos arreglarlo. Está la actividad parada por un monoplaza y los alemanes se están alterando. ¡Hasta han empezado a beber cerveza antes de conducir! La situación se nos está escapando de las manos.

—¿Les habéis dejado beber el qué?

Bruno se pasa una mano por la cara y vuelve a resoplar.

—Está bien, voy.

El director se levantó del escritorio y siguió a Pedro para arreglar el problema que se les había presentado. Cambiar los planes de forma imprevista formaba parte de tener responsabilidades.

En el momento de cruzar la puerta, se acordó que olvidaba el celular en la mesa.

—Pedro, espera un momento, me olvido del celular.

Retrocedió y justo cuando iba a desconectarlo del cable, el artilugio sonó.

Entró una llamada.

La pantalla desvelaba que era un número de teléfono fijo. Iniciaba con el prefijo 91, procedía de Madrid.

No estaba en sus contactos, un desconocido.

Contestar o no a una llamada te puede cambiar el rumbo de la mañana, del día, incluso de tu vida.

Decidió responder.

—Sí, ¿dígame?

—Buenos días, le llamo de Cofidix. ¿Es usted Bruno Malatesta? —

Al otro lado del teléfono estaba una voz femenina, amable, casi delicada, con acento madrileño.

—Sí, soy yo.

—Buenos días de nuevo. Me llamo María, soy del departamento de cobros de Cofidix.

—¿Departamento de cobros? Mire señorita, no tengo tiempo, me pilla a punto de entrar en una reunión, no tengo tiempo de escuchar vuestras ofertas. Lo siento.

—No espere, no es ninguna oferta…

Bruno le interrumpió.

—Lo siento señorita, no quiero ser grosero, pero no tengo tiempo para sus historias.

—Está usted en mora, no ha pagado la cuota de este mes.

La mujer al aparato consiguió llamar la atención del hombre.

—¿Cómo?

—Sí, le llamo poque el primer recibo de su préstamo personal no ha sido atendido, se lo hemos domiciliado a su cuenta personal del Banco Banús y ha sido rechazado, con la causa… —La mujer esperó, como si estuviera revisando algo—. Aquí lo tengo, el motivo de su banco dice: “saldo insuficiente”.

Bruno, de pie delante su escritorio, sacudió la cabeza.

—No, no, creo que usted está en un grave error, yo no he pedido ningún crédito. Están cometiendo una terrible equivocación.

La mujer se quedó callada por un instante.

—A ver, espere un momento, permítame que recopile sus datos, ¡a ver que no me haya equivocado yo!

—¡Es lo más probable señorita!

—Es usted Bruno Malatesta, vive en calle…—la operadora recopiló todos sus datos que tenía en la ficha del cliente, dirección, número de documento de identidad, número de cuenta bancaria y muchos datos más—. Mire no sé cómo decírselo, pero usted solicitó un préstamo rápido de seis mil euros el mes pasado, ayer vencía el primer recibo y hoy se nos ha devuelto.

Bruno se dejó caer en una silla de su despacho, a peso muerto. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Señor Malatesta, ¿sigue usted allí?

—Se lo repito, yo no he solicitado ningún préstamo en esta empresa.

Bruno se quedó sentado, sin entender lo que escuchaba y maldiciendo el haber descolgado la llamada.

4

Las sorpresas no avisan.

Si no, no lo serían.

La llamada de teléfono partió en dos a Bruno. No entendía de dónde venía, ni por qué. Confiaba que fuese un error y lo pensaba resolver.

Hubiera sido mejor bajar con Pedro y arreglar lo que fuera que se tuviese que arreglar, sin la presión que acababa de albergar en su cuerpo. Ahora era demasiado tarde para hacer el avestruz, para meter la cabeza bajo la arena, ahora tenía que resolverlo. En caso contrario, no tendría paz en su mente. Ante una llamada de ese calibre, no había meditación efectiva.

—¿Hola? ¿Se encuentra allí?

Bruno tuvo un momento de desvanecimiento emocional, hasta que decidió coger el toro por los cuernos.

—Señorita, espere un momento —dijo mientras se levantaba y daba la vuelta al escritorio. Movió el ratón y entró en el navegador—. Por favor, puede confirmarme el número de cuenta corriente domiciliada, ¡seguro que tiene que haber un error! —dijo entrando en la página del banco.

—Sí claro, apunte.

—Espere un momento. —Bruno entró las claves en el apartado de usuario y la página le dio error—. Espere un momento más señorita.

Las claves no funcionaban, no conseguía acceder a su cuenta del banco. Las revisó en su ordenador varias veces, pensando que se estaba equivocando por los nervios, pero nada que hacer, no conseguía entrar.

La espalda de Bruno comenzó a traspirar y salir las primeras gotas de sudor frío, otras, bajaban por las sienes.

—Señorita no puedo entrar en mi cuenta. Permítame que insista.

Entonces sacó un extracto bancario de un cajón y lo comprobaron de una forma analógica. La chica al teléfono confirmó que los números de la cuenta coincidían. Acto seguido, ante la incredulidad del italiano le envió por mail la copia del contrato. Él revisó el

documento y efectivamente coincidía todo, hasta su firma.

No supo qué contestar, solo dijo que le diera un día y que volverían a hablar la mañana siguiente.

Bruno se sujetaba la frente con la mano derecha, mirando al horizonte. No era una casualidad, desde luego.

«Ayer la foto en la red social, ahora el banco y este crédito. ¿Qué está pasando?». Se repetía en su interior.

«Tengo que avisar a mi abogado. Pero eso puedo hacerlo también esta tarde o de camino, el banco solo está abierto por la mañana».

Cogió las llaves de su Porsche y se fugó del circuito a la francesa, sin que nadie le viera.

El 993 Targa derrapó sobre la gravilla del parquin.

El potente motor rugía a pleno régimen en el caliente asfalto andaluz. Las revoluciones del coche alemán sonaban como una música celestial expulsada por los tubos de escape. El rugido, chocaba frontalmente con el ánimo del italiano que, a toda velocidad, se dirigía hacia la sucursal del Banco Banús, para averiguar la situación.

Los neumáticos, con el pasar de las curvas, iban tomando la temperatura óptima y chirriaban sobre el asfalto.

En medio de la carrera, el teléfono se conectó y apareció la llamada en el dispositivo inalámbrico del coche.

Era un numero desconocido, no aparecía el cifrado.

Al cuarto tono, la garganta del italiano se volvió a cerrar.

Apretó el botón en el salpicadero.

—¿Sí?

—Buenos días, le llamo de Crédito Directo, soy María. ¿Hablo con Don Bruno Malatesta?

El conductor, sin mover los ojos de la carretera, no podía creer lo que escuchaba.

Tuvo un momento de congelación de las ideas, no sabía qué responder.

—¿Hola? ¿Señor Malatesta?

—Sí, dígame.

—Ah sí, perdone, no le estaba escuchando. Le llamo por una devolución de la primera cuota de un crédito que ha contraído con nosotros.

Bruno soltó el volante con una mano y se tapó la boca.

—¿Me escucha? —replicó la mujer de voz experimentada, algo más seria.

—¿De cuánto es el crédito?

El potente coche alemán tomaba cada vez más velocidad. Bruno no

se daba cuenta, estaba concentrado en otro tema.

—Sí, un momento. —Al otro lado se escuchó un rápido movimiento de teclas—. El primer préstamo que vencía hoy es de cinco mil euros y el segundo de tres, este vence mañana. ¿Va a poder atender el recibo de mañana? ¿O prefiere hacer usted una trasferencia de las cantidades sumadas?

Los ojos del italiano se encontraban desgranados, le pareció vivir una pesadilla. Quería despertarse, pero no encontraba el botón en el salpicadero para que todo eso acabase. El único botón que veía era el rojo de colgar la llamada, y así hizo, colgó a la gentil operadora. Esta, no volvió a llamar.

Faltaban una decena de quilómetros para llegar a Marbella y entrar en la sucursal de su banco, para que todo eso pudiera tener sentido y que la pesadilla acabase.

Al final de una recta, Bruno aflojó la velocidad, varios coches estaban en cola para entrar en una rotonda que daba acceso a la autovía hacia la ciudad costera.

Los coches avanzaban lentamente, a pesar de la ausencia de tráfico en la carretera. Pasados unos cuantos vehículos, entendió el motivo de tanta lentitud, en el carril circular de la derecha se encontraba un control policial. Llegado su turno, el Guardia Civil lo miró y le hizo señal de aparcar.

«¡Solo me faltaba esto!»

Bruno aparcó y apagó el motor. El agente se acercó y le saludó, mientras el conductor bajaba la ventanilla.

—Buenos días.

—Buenos días agente.

—¿Sabe a qué velocidad iba?

Bruno cerró los ojos, el día estaba empeorando por momentos. Era el típico día que uno se tenía que haber quedado en casa, haciendo el amor, apagando el móvil, descorchando un vino y tomando el sol entre chapuzón y chapuzón en la piscina.

Sin embargo, se encontraba allí en la carretera delante de la benemérita. Las prisas por llegar, apretaron demasiado el acelerador en la recta, justo el día que la Guardia Civil instaló un radar.

Lo más probable era que siempre lo ponían y el despistado era él, que nunca hacía esa carretera a esa hora.

—Mire agente, hoy no es un buen día. He tenido un problema muy gordo personal y voy al banco y después al abogado. ¿No podrían concederme un poco de flexibilidad? Le juro que no corro nunca.

El agente con bigote negro, pintado con un producto de supermercado, y gafas de sol Ray Ban estilo policía de California carraspeó la voz y le contestó:

—Documentación del coche, seguro y carné de conducir.

Bruno suspiró.

Se estiró hacia la guantera y sacó la documentación del coche. Añadió el carnet de conducir, el pasaporte italiano y se los entregó.

Mientras, el agente inspeccionaba el coche, una versión muy rara y cara.

El policía recogió la documentación, la ojeó y se la entregó a su compañero, este entró en la furgoneta de atestados para controlarla.

—¿El coche es suyo? —preguntó el agente.

«Este coche no te lo podrías permitir ni si ganaras la lotería, ¡Cabrón!» Pensó Bruno enfurecido, bailando con su ego y con la rabia de lo que le estaba sucediendo que, equivocadamente, quería hacer pagar con el agente.

Lo que Bruno no tenía ni idea era que, precisamente, no sería el policía quien pagaría el pato.

—¡Claro que es mío! —contestó el italiano mosqueado y tajante.

—Caballero, no le conviene mosquearse, solo podría salir perjudicado.

—¿Perjudicado? ¿Me está amenazando, agente?

El Guardia Civil se quitó las gafas y le miró directamente a los ojos, abrió la boca y, justo cuando le iba a contestar, el compañero de la furgoneta le llamó.

—¡No se mueva de aquí! —esputó el agente. Se recolocó las gafas y caminó hacia su compañero—. ¿Qué pasa?

—Nuestro Fittipaldi, además de exceso de velocidad, circula con un seguro que lleva un mes caducado.

El guardia civil de las gafas gruñe.

—Pero no es todo, mira esto.

El segundo agente enseña con el dedo la segunda pantalla, con otra información.

El agente que lo había parado levanta las cejas y estas sobresalen de las oscuras gafas.

—¡Bingo! Menudo figura este italiano. Ahora sí que nos vamos a divertir.

5

Banco Banús, Marbella.
Miércoles, 05 de octubre.
Seis días antes del hallazgo.
Unas horas antes.

Las calles estaban mojadas.

Los camiones que limpiaban las calzadas, acababan de pasar. Todo rastro de la noche anterior tenía que desaparecer. Botellas, papeles, excesos. Una tabula rasa para la ciudad, para el tiempo, para las personas, todo lo que sucedía en las noches de Marbella, se olvidaba con el amanecer mediterráneo.

El mismo camión pasaba todas las mañanas, tanto en verano como en otoño, sin faltar ni un día. De la misma manera, Juan el interventor de la sucursal del Banco Banús, abría la puerta todos los días.

Esa mañana, como de costumbre, recién salía de la panadería en una calle trasversal. Un emplazamiento más económico que las calles principales con alquileres prohibitivos y de lujo. Una panadería minúscula, casi un garaje, gestionada por un matrimonio de chilenos, venidos a España en búsqueda de fortuna y que con sumos esfuerzos la pudieron montar. Recibían cada día a Juan con una sonrisa y con el olor de las baguettes y los croissants de mantequilla recién horneados. Al banquero le encantaba. Le recordaba su master en París, entre bollería francesa y parisinas.

Ojeaba el periódico en la tablet, un café de cápsulas con leche de soja y un croissant calentito. Lo de siempre. Tal y como a él le gustaba. Sin cambios, sin imprevistos, sin atajos.

Una vez consumido su desayuno, bajaba por la calle hasta tomar la Avenida de Julio Iglesias, donde los días de brisa marina, picaba la nariz con el salitre mediterráneo.

Abrió la sucursal antes de la hora que tenía que hacerlo, como de costumbre. “La puntualidad es adelantarse”, decía Juan.

El olor a lejía y a desodorantes abundaban en el ambiente del banco, el personal de limpieza trabajaba de noche. Las instalaciones

contenían la fragancia toda la noche.

Encendió las luces. Los escritorios estaban en orden, como siempre. Conectó el hilo musical y bajó a la planta menos uno, donde se encontraba la caja fuerte y la habitación de las cajas de seguridad.

Nada fuera de lugar.

Se sentó en su puesto, encendió su ordenador y comenzaron a entrar los compañeros. La joven de prácticas en caja, a los minutos, el compañero nuevo de Madrid y Laura, la chica de la banca privada.

Juan, miró el reloj, las ocho y cincuenta minutos, la directora no se había presentado.

Arrugó el ceño y miró su puesto, el despacho al fondo con la puerta abierta y la luz apagada.

Al interventor le extrañó, la directora era siempre puntual, más después de lo que le dijo el día anterior antes de marcharse.

«Nos vemos mañana a las ocho y media, a las nueve tengo una reunión, viene un cliente importante. Vete a casa pronto Juan».

Laura, se acercó al veterano de la casa.

—Buenos días Juan, ¿sabes algo de Ana?

—Buenos días Laura. No, estaba pensando justo en ella. ¡Es muy raro que no esté aquí!

—No tardarán en llegar los clientes y con lo que nos ha costado que vinieran, solo faltaría que no se presentara. ¡Le voy a enviar un mensaje!

—Ya se lo he enviado Laura.

—¿Y qué dice?

—En la aplicación no aparece la doble “v”. Como si no lo recibiera, como si tuviese el móvil apagado. ¡No sé, muy raro!

—No es de ella. —La chica se giró y resopló por el contratiempo.

—Hay otra cosa —dijo Juan mientras la chica se dirigía hacia su mesa—. Ahora que lo pienso, tampoco ha venido Antonio.

La chica miró el puesto del compañero y acto seguido el reloj.

—Antonio es otro tema. ¡Este es un pieza! Desde que se ha separado, los días que le toca llevar a los niños al colegio, viene con retraso sistemático.

El interventor no dijo nada, levantó una ceja no compartiendo del todo lo que decía y se volvió a centrar en su monitor.

Tocaron las nueve y puntuales llegaron los clientes importantes. Los acomodaron en una sala privada, les llevaron bebidas y cafés. A la media hora que esperaban y al no presentarse la anfitriona, aplazaron la reunión *“sine die”*, mosqueados por el comportamiento de la banquera.

Las llamadas y los clientes habituales se sucedían en la sucursal, como

un día cualquiera. Pero en los ánimos y en la intuición de Juan, algo era diferente, muy diferente.

Intentó llamar al móvil a los dos compañeros con una ausencia injustificada. A los dos les saltaba el buzón de voz.

Llamó a la exmujer de Antonio. A esta le resbalaba todo lo que le pudiera pasar a Antonio, solo le interesaba que respetase los acuerdos del juzgado y que pasara la pensión.

Después llamó al marido de Ana y le explicó que no se había presentado a la oficina, sin hacer mención de la otra baja injustificada.

Juan se quedó de piedra. La conversación alimentó sus temores.

Todo se podía imaginar de la directora, menos lo que el marido le dijo.

Ana no había vuelto la noche antes, estaba preocupado, era inusual en ella, no fue a recoger a las niñas a ballet y eran doce horas que no sabía nada. Acababa de llamar a la policía para denunciar el hecho, el hombre estaba preocupado, pensaba en lo peor entre sollozos.

En esa tesitura Juan tenía que decírselo, a lo mejor era una pura casualidad, un detalle de nada, pero era mejor que lo supiera, tenía que correr el riesgo de comentárselo.

—Hay algo más—dijo por teléfono, tragó saliva y concluyó—esta mañana tampoco se ha presentado otro compañero, Antonio Espinoza. Pero seguro que es una coincidencia, desde que se ha separado es una bala perdida.

Juan cerró los ojos, se dio cuenta que podía haber metido la pata hasta el fondo. Lo que no sabía era cuánto.

6

No era un solárium, pero poco le faltaba.

El Porsche detenido en el carril derecho de la rotonda, sufría la mordaza del sol andaluz. Atravesaba el techo acristalado y calentaba el habitáculo ya incendiado por lo que le estaba sucediendo al italiano.

Su coche era una versión de pocas unidades con techo de cristal corredizo. Un botón y el vehículo se trasformaba de coupé a descapotable. Perfecto para Marbella y su clima cálido y mediterráneo, que se estiraba por muchos meses al año.

Bruno solía conducir con su bólido descapotado, pero cuando llevaba las prisas de un copiloto, no quería abrirlo. Ese día no fue de menos, ni le vino a la mente, solo apretó el pedal del acelerador, incluso demasiado.

La fila de coches pasaba a su lado, siguiendo las instrucciones de un agente de la benemérita. Las miradas que recibía Bruno eran algunas de desprecio y algunas de curiosidad. Él se refugiaba detrás de sus gafas Persol, color tortuga.

El silbato pitaba cada vez más fuerte para evitar que los conductores curiosos aflojasen su marcha para ver qué sucedía. Era una batalla perdida, el hombre es curioso por naturaleza.

Dicen que cuando hay un accidente, la cola que se forma al otro lado de la calzada es producida por curiosos, los mismos que crean retenciones acordeón.

La misma curiosidad trasformada en miedo que Bruno quería subsanar yendo al banco, pero en su camino encontró una patrulla de la Guardia Civil.

El motor detenido por protocolo, no le permitía tener encendido el aire acondicionado, en pocos minutos el habitáculo se convirtió en un asador. Y Bruno, en el siguiente pollo del agente que le había detenido.

Pasados unos minutos el agente salió de la furgoneta y se iba

acercando al Porsche del italiano. Con un aire diferente, a pasos lentos, disfrutándolos. Se notaba una mueca, una media sonrisa de satisfacción.

Con parsimonia, el agente llegó a la ventanilla del coche y miró al italiano.

—Vaya, vaya —dijo el agente— desde luego que usted, señor… —Miró los papeles—. Malatesta, es una caja de sorpresas. Pensaba que era simplemente un adinerado con el vicio del pie pesado, pero veo que no solo, sino que también un infractor y casi un delincuente.

Bruno subió los pómulos estrechando los ojos y arrugó el ceño.

—Mire. —El timbre del agente denotaba placer en lo que estaba diciendo, incluso jugando y estirando ese momento por puro gozo personal. Denotaba cinismo, deleite en detener un conductor con tales infracciones. No por que la ley se cumpliera, a lo mejor en el pasado, pero en ese momento por placer personal, por protagonismo—. Ha pasado usted por delante del radar a una velocidad inapropiada, a unos 40 Km superior a la velocidad permitida. Eso se traduce para el infractor en una multa de 300 € y una pérdida de 4 puntos. Pero el problema no es este. Usted está circulando con el seguro caducado desde hace meses y para completar, no podemos quitarle los puntos del carnet, ya que usted los ha perdido todos por varias infracciones seguidas.

Bruno, aturdido por lo que le decía el policía, iba pensando:

«¿Qué está diciendo este tío? ¡Que se vaya al cuerno! ¿Tanto le ha molestado mi comentario? ¿No podía parar a otro conductor? ¡No puede ser, se ha equivocado de persona!».

—Es usted un criminal, reincidente. Por favor, deje las llaves del coche en el salpicadero y salga del vehículo dejando las manos en vista.

Bruno rió, casi para exorcizar lo que le estaba sucediendo. Una risa histérica y seca como el estado de su garganta.

—¿Están de broma? —dijo Bruno alternando la mirada a los dos agentes.

El agente que tenía en frente se quitó las gafas y le dijo, aún más serio:

—¿Usted cree que no tengo nada mejor que hacer que bromear con un… —Se mordió la lengua— …con usted?

Bruno se dio cuenta que otro Guardia Civil se encontraba al otro lado del Porsche con la pistola en mano, lanzándole una mirada fija, atentísima y disuasoria. Entonces, en ese momento, mirando su actitud, la realidad le dio un bofetón, dándose cuenta que la dramaticidad de la situación era peor de la que imaginaba.

—Se están equivocando, acabo de renovar el carné hace dos meses

y no he perdido un solo punto desde que he convalidado mi carnet al español.

—Por favor …¡baje!

Las manos empezaron a tener vida propia, la razón dejó de tener potestad y los actos reflejos e improvisados tomaron el control.

Dejó las llaves en el salpicadero. Abrió la puerta y, dejando las manos en vista, salió del coche.

Avergonzado y tratado como un criminal. Los conductores que pasaban presenciaban un espectáculo dantesco, fruto de una cadena de eventos desafortunados y, lo peor, erróneos.

—Señor Malatesta, le tengo que llevar a comisaría por varios delitos contra la seguridad vial.

El agente que le estaba apuntado se acercó, le torció los brazos y le esposó.

—Tiene derecho a permanecer en silencio…

—Pero, ¿por qué me arrestáis? ¿Por no llevar el seguro? ¿Por tan poco? Os estáis equivocando de persona. Soy Bruno Malatesta, no un delincuente.

—Le llevamos a comisaría para aclarar su situación. Es usted un extranjero y ante el peligro de fuga, le llevaremos a la central. Allí decidirá el juez.

—¿El juez? ¡Ah sí, sí! Vamos a comisaría, así por lo menos quedaréis como unos “panolis” y veréis que soy un honrado ciudadano.

—Ya lo veremos…

Mientras se alejaban, Bruno entendió que dejaría allí su coche.

—¿Qué vais a hacer con mi Porsche? ¿Lo lleváis a la comisaría?

El agente se giró y miró el precioso coche de colección con la puerta abierta.

—Lo pondremos en el arcén y colocaremos un cepo, para que nadie se lo pueda llevar.

—¿Van a dejar mi Targa aquí fuera? ¿Por cuánto?

—Entra Fittipaldi, ¡ese es el último de tus problemas!

Los policías se lo llevaron hasta la central. Los cargos que colgaban en la chepa del italiano eran interpretables. Dependiendo de la persona que le tocara, no hacía falta llevárselo a la comisaría. Sin embargo, el agente consideró que el conductor podía escapar, así que se lo llevaron esposado.

La vida, en ciertas ocasiones es así, cuando el viento sopla en contra, todas las velas se giran, y las de Bruno ya no eran a favor, se deshincharon y el barco empezó a estar a la deriva. A la merced de las personas y de las situaciones.

Los amigos son como los girasoles, cuando ya no te miran, es porque tienes el sol de cara y empiezas a necesitarlos. Entonces ves, quién realmente era un amigo o solo un compañero de cervezas.

Bruno, muy pronto, lo sabría.

7

Casa Malatesta, Modena.
Finales años ’70

La infancia.

En muchas ocasiones la infravaloramos.

La importancia de esta época de la vida es igual o superior a la adolescencia. Ser padres es un duro trabajo con aspectos que no se tienen en cuenta.

Causa y efecto.

Una broma, un comentario inocente, un gesto, una apreciación, una simple mirada realizada desde un prisma equivocado, puede tener una trascendencia inesperada.

Puede crear traumas, miedos, anclarse en el subconsciente y no moverse de allí y, de una forma inexplicable, generar conductas o decisiones, aparentemente inexplicables.

Todo puede nacer desde el amor y desde lo que cada uno cree que sea lo mejor para el infante o adolescente. Pero no dejarán de ser un anclaje en sus recuerdos conscientes, estos los podrá gestionar en el futuro. En cambio, los inconscientes, ni siquiera tendrá la menor idea que ese caballo de Troya, se alberga en su interior.

Esto último, también pasó al joven Bruno Malatesta.

* * *

La familia comía en silencio.

Los únicos ruidos en el comedor eran las noticias del telediario, el

de las ocho de la noche en el primer canal de televisión italiana. Estos se mezclaban con los ruidos metálicos de los tenedores en los platos llenos de pasta.

Las noticias eran desconsoladoras.

Cada día el fervor social empeoraba en Italia, los telediarios penetraban en las casas repartiendo miedo y tensión. La situación nacional parecía irreversible y cada día iba a peor.

Bandas armadas revolucionarias, bombas, atentados, las mafias que comenzaban a infiltrarse en el norte de Italia, auge de drogas e importación de Sudamérica.

El panorama no era de los más tranquilizadores. Parecía que la ley y el orden retrocedieran por las calles, en lugar de avanzar.

El Comisario Malatesta, el padre de Bruno, lo veía en primera persona. Acababa de ser ascendido a un nuevo cargo y puesto como responsable de la división de investigación secreta. Un ascenso reservado solo a personas con mentes privilegiadas y que profesaban una absoluta devoción a su uniforme.

La mesa del Comisario era un campo de batalla. En lugar de bajar los expedientes, no hacían más que incrementarse. Los recursos eran los que eran, los últimos gobiernos recortaron los presupuestos de nuevos agentes y en vehículos. Se veían luchando contra todos con presupuestos cada vez más desplomados.

El futuro no pintaba nada bien.

Eso no quitaba que diera todo su esfuerzo para seguir con su equipo anticriminales, pero tenía que tomar precauciones.

El cargo que cubría el Comisario era peligroso, sobre todo en ciertas operaciones o en ciertas épocas. Durante esos períodos el Comisario se desplazaba con escolta, coche con sirena y hombres con ametralladoras en mano. No consideraba que fuera un bonito espectáculo para los vecinos y para su familia, pero desde luego era necesario.

Las noticias más importantes del telediario pasaron y comenzaron las de menos trascendencia. La familia Malatesta, entre conversaciones fútiles solo para rellenar los silencios y acabado el postre, dieron por concluida la cena.

Despejaron la mesa, dejaron los platos sucios en la pila y la madre se quedó en la cocina.

El Comisario Malatesta, cogió a su hijo y de una forma sigilosa se lo llevó hasta la escalera de madera.

Comprobó astutamente que su mujer no mirase y cuando estuvo seguro dijo:

—Ven hijo, tengo que explicarte algo.

El joven Bruno, sorprendido por el comportamiento del padre, creía que jugaba, o por lo menos eso esperaba. La joven edad del chaval no le permitía distinguir la ficción, del juego o de la realidad.

El padre, forjado al viejo estilo, formado por sí mismo y educado por un coronel, tanto en grados, como en maneras, era el resultado de su infancia. No tenía la costumbre de jugar con el hijo. Llegaba demasiado cansado para eso, necesitaba descansar y que nadie le molestara. Estirado en su butaca, solo había periódico, cenar y dormirse delante de la televisión.

Bruno mal interpretó las señales, creyó que esa noche su padre estaba con ganas de jugar con él, pero estaba muy equivocado. A lo que iban, era todo menos un juego.

El Comisario tiró a su hijo de la mano por los escalones que llevaban a la primera planta de la casa adosada. Se detuvieron en la puerta y una vez abierta encendió la luz.

—Mira Bruno, todos estos muebles son nuevos, menos que uno, ¿cuál?

El niño pensó mientras escaneaba los muebles.

La respuesta tardaba demasiado para el Comisario.

—Mira hijo, todos son de color beige, pero solo uno es de madera, como los de la abuela.

Bruno dio el ultimo vistazo y apuntó con su dedito rechoncho.

—¡Ese! —indicando un mueble.

El Comisario sonrió.

—Exacto.

Los dos Malatesta se acercaron la cómoda antigua. Se encontraba al otro lado de la entrada, en la parte de la cama donde el padre dormía.

Se plantaron delante, como si fuera un mausoleo o algo muy importante. Para el padre lo era.

—Este mueble un día será tuyo, pero antes tienes que saber que hay un secreto dentro.

—¿Un secreto? —preguntó sorprendido y emocionado, pensando que su padre le estaba enseñado algún juego o algo divertido.

—Sí, un secreto que solo sabremos tú y yo, los hombres de la casa.

—Y… ¿mamá no podrá saberlo?

—No, solo será nuestro secreto. ¿Te parece?

—Vale —contestó el niño algo decepcionado, levantando los brazos.

—Pero Bruno, me lo tienes que prometer, pase lo que pase, nunca se lo explicarás a tu madre. Es algo entre hombres, entre mayores. Por qué tú ya eres un hombrecillo, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces puedo confiar en ti?

Bruno volvió a bajar la cabeza respondiendo afirmativamente.

—Entonces mira…

El padre se acercó al mueble, por el lado izquierdo. Era un armario de media estatura, de color marrón cedro. El cuerpo de la estructura tenía cinco grandes cajones con dos pomos cada uno. En los laterales, tenía unas decoraciones de la misma madera. Tocó uno de estos y con un golpe seco con la base de la mano, desencajó un embellecedor. El padre lo quitó y lo apoyó al suelo.

—Ven Bruno, mira que hay dentro.

El niño se acercó y vio su contenido secreto. Sus ojos se abrieron ante la figura inerme, esperando que fuera algo mágico o incluso un acceso a un mundo paralelo. Pero la realidad era mucho menos divertida.

El Comisario sacó el objeto envuelto en un paño blanco y poco a poco lo desenredó. Una vez quedó descubierto y Bruno vio lo que era, la decepción fue tan grande como el mismo secreto que yacía en sus hombros.

El objeto negro, pesado y feo, era una pistola. Un revolver de pequeño calibre.

Bruno miró a su padre, como si no entendiera lo que estaba sucediendo.

—Papa, ¿qué es?

—Es nuestro seguro hijo.

El niño curvó las cejas, no entendía nada, además no podía pedir ayuda a su madre, ya que había jurado no decírselo.

—¿Una pistola?

—Hijo, vivimos en tiempos difíciles, personas malas podrían venir y cuando yo no estoy, tú eres el hombre de casa.

Bruno miró hacia otro lado, rechazando el arma.

—¡Escúchame! Algún día puede que te salve la vida un objeto como este, y si entrara un hombre malo para hacerle daño a tu madre o a ti, sabes dónde se encuentra. —El padre cogió la cabeza del hijo que miraba hacia otro lado y se la giró forzándole a mirar—. Sabes dónde está y tienes el derecho de la ley para usarla para defender a tu madre y defenderte a ti.

—No quiero usarla.

—¡Escúchame bien! ¿Quieres que alguien haga daño a tu madre?

—Nooo —contestó.

—Entonces cógela.

El niño la miró desconsolado.

El Comisario depositó el pesado objeto en sus pequeñas manos.

Luego le dio cuatro nociones de cómo usarla, hasta llegado el momento de apretar el gatillo. Entonces el pequeño Malatesta se imaginó que tenía que disparar a una persona. En ese momento se asustó, soltó la pistola al suelo cayendo en una alfombra y escapó como si hubiera visto un fantasma. Salió por la puerta del dormitorio de los padres, voló escaleras abajo y entró en la cocina. Se tiró a la falda de la madre y comenzó a llorar.

—¿Qué te pasa Bruno?

La mujer se secó las manos y le abrazó arrodillándose.

—Nada Carla, simplemente no le gusta perder a tu hijo. ¿Verdad hijo?

Bruno no contestó.

La madre le pasaba la mano por su pelo diciéndole:

—Ya está, no te preocupes, ya pasó. A nadie le gusta perder, Bruno. Tranquilo.

La madre nunca supo el origen real del lloro de su hijo, jamás se lo explicaron.

Bruno olvidó por completo ese episodio desafortunado provocado por un padre preocupado, por un hombre policía y cegado por una situación social que se le estaba escapando de las manos.

8

Comisaria Guardia Civil, Marbella.
Miércoles, 05 de octubre.
Seis días antes del hallazgo.

Imprevisible.

Así es la vida en ciertas ocasiones.

Tan preciosa en ciertos casos, como caprichosa. En ocasiones se te escapa de las manos como arena entre los dedos.

Bruno movía la pierna compulsivamente.

Llevaba más de una hora encerrado entre rejas, en el calabozo de la comisaria, o por lo menos eso creía. Le habían quitado todos sus efectos personales igual que su dignidad y parte de la cordura que le quedaba. No entendía de dónde podían llegar todos esos sucesos sin sentido que en las últimas veinticuatro horas llovieron encima de su persona.

«No entiendo nada», se decía todo el rato. La informática no era su fuerte, todo lo contrario. Solo entendía lo justo para realizar las gestiones básicas.

El grado de su ignorancia informática era tal que el día que fue a comprar su ordenador en un centro comercial, al chaval de gafas y acné que le explicaba las mil características de los productos tuvo que interrumpirle y decirle:

«Espera, espera, no tengo que gestionar una central nuclear, solo necesito ver el correo, navegar por internet y usar Excel. Punto». Su nivel de usuario era casi de cavernícola informático.

«¿Cómo me he podido meter en esto? ¿Me pueden haber hackeado el ordenador?».

De la misma manera pensó que había pagado el antivirus y no abría mails que no conocía.

Apoyaba su barbilla sobre su mano, en posición pensativa, pero cuantas más vueltas daba, menos comprendía por qué se encontraba en esa habitación. La misma que compartía con un hombre en

descarado sobrepeso, cubierto de tatuajes y camisa tejana. Parecía un motero de barrio o, peor aún, de suburbio urbano. Este hombre se encontraba allí antes de que él entrase. El olor que desprendía no era de llevar horas sin ducharse, sino días. Varios.

Se colocó en el otro extremo de la celda, para intentar olerlo lo menos posible, pero era inevitable.

Esperaba, callado.

«¿Qué estoy esperando? Ah, sí, a Cristian».

Al entrar detenido en la comisaría de la Guardia Civil, un policía le hizo el protocolo de bienvenida. Foto para el archivo y le tomaron las huellas. Pack completo de delincuente.

En la celda se miraba las yemas, sucias de tinta. «Bueno, ahora sé cómo se siente uno cuando viene detenido, ahora sé lo que significa».

Una vez tomadas las huellas, le hicieron pasar a una habitación.

—Señor Malatesta, ¿necesita usted abogado de oficio? —dijo el agente de la comisaria.

Bruno seguía mirándose incrédulo el tacto de la tinta en sus dedos y la toallita húmeda para limpiarse.

—¿Me está escuchando?

—Disculpe, ¿qué me decía?

—¿Necesita abogado de oficio?¿Quiere que le llame uno?

El italiano bajó la mirada hacia sus manos otra vez y después de un momento de silencio contestó.

—Sí, no, no, ¿qué digo? No, gracias, tengo uno.

—Bien. Pero necesitamos saber quién es para poder comunicarle que usted se encuentra aquí.

—Ah, ya. —Silencio, intentaba recordar el nombre, pero la situación le bloqueaba la memoria—. Cristian Peluso.

—De acuerdo, le vamos a contactar en seguida.

Cristian era casi un amigo, conocido en el circuito Ascari cuando se encontraba abierto al público para hacer tandas con los coches particulares. Otro enfermo de los coches, solo Porsche, como Bruno. Se veían en ocasiones esporádicas, pero hicieron buenos lazos. Era el único contacto que tenía, confiaba en él, pero nunca tuvo la necesidad de llamarle, afortunadamente, hasta ese día.

—¿Me dejará hacer una llamada? —preguntó al agente.

Este arrugó el entrecejo.

—¿Llamada? ¡Usted ha visto demasiadas películas! —contestó con sarcasmo—. Lo que sí podemos hacer es que nos indica a una persona

y la contactaremos para informarle de que está usted detenido en esta comisaría.

Bruno miró al suelo, se imaginó la cara de su compañera; que le llamaran desde una comisaría para informarla. Se cubrió el rostro con la mano, tragó saliva y contestó.

—Marguerita De Angelis —dijo sin titubeos e indicó el fijo de su casa, donde la podrían encontrar.

«A esta hora Rita ya sabrá dónde estoy», pensaba en la celda cuando un agente apareció.

—Malatesta, tiene visita de su abogado.

Bruno se levantó y el motero detrás gruñó, celoso, de que se marchara antes de él.

* * *

—He venido en seguida, Bruno —dijo el abogado.

El letrado se presentó vestido con pantalón corto y polo verde, pelo rubio desaliñado y con expresión preocupada. El hombre que siempre veía en el circuito distanciaba de la imagen que tenía en esa ocasión.

—Estaba jugando a golf y en medio del campo mi secretaria me llamó al móvil y me ha comentado la situación. He dejado la partida a medias para venir.

—Gracias, Cristian, te has molestado por mí. Te debo una.

—Nada hombre, ya te dije que si un día necesitabas algo, estaría.

—Mucha gente dice y luego es solo para quedar bien delante de los amiguetes.

—A ver…¡cuéntame! ¿Qué ha pasado? Por favor, no escatimes en detalles, aunque creas que son irrelevantes, tú cuéntamelos, ya decidiré si lo son o no.

Bruno suspiró, cogió fuerzas y le contó lo que había sucedido, desde la noche anterior con Rita, hasta el momento que entró en la celda.

El abogado se pasó las manos por su rostro, Bruno lo vio.

—¿Qué pasa, tan malo es?

—Es un robo de identidad tan grande como una catedral. Te has

metido en un buen lío, pero no te preocupes, lo solucionaremos, ¡nada está perdido! —dijo con un tono esperanzador—. He resuelto situaciones peores.

—¿Sí? —respondió Bruno con mejor ánimo.

—La pregunta, Bruno, es la siguiente: ¿quién te lo puede haber hecho?

—No tengo ni idea —contestó levantando los hombros.

—Bueno, también puedes haber sido elegido al azar, a lo mejor es un hacker ruso que te ha elegido a dedo, porque le ha parecido divertido tu apellido —dijo el letrado desdramatizando—. Eso es lo de menos. Piensa que ahora entrarás a hablar con el juez y tendrás que explicarle lo mismo que a mí, pero haciendo hincapié sobre el robo de identidad. Pero tú tranquilo, esto está a la orden del día.

—¿Lo ves bien?

—Cuando el juez entienda de qué estamos hablando, te dejará en libertad, no te preocupes. Es más, querrá saber quién es el agente de la Guardia Civil que te ha arrestado y que le ha hecho perder el tiempo. ¡Ya verás!

Bruno cogió aire y suspiró. La visita de Cristian le tranquilizó y confirmó que todo era un malentendido.

La conversación duró unos minutos más hasta que un agente interrumpió. Se llevó a Bruno delante del juez.

El italiano se encontraba más tranquilo, pero no dejaba de ser una declaración ante un órgano de la ley que podía decidir su futuro más inmediato. Necesitó mantener la calma controlando su respiración y sus pensamientos, pero al final no fue diferente a lo que dijo el abogado. El juez le dejó libre de volver a casa, pendiente de cargos, las cárceles se encontraban demasiado llenas de personas presuntamente inocentes. La Guardia Civil tenía que acabar de averiguar lo que declaró Bruno, pero saldría en seguida para casa.

Al salir de la declaración, abrazó a Cristian dándole las gracias. La primera batalla la había ganado, pero la guerra continuaba y el destino quiso que él fuera el blanco.

—Ya te dije que te soltaría de inmediato.

—No lo tenía tan claro.

—Bueno, hay algo más. —El letrado vestido de golf, pasó su brazo por su espalda y se lo llevó fuera de la estancia y antes de abrir la puerta le dijo:

—Ven, hay alguien que quiere verte.

9

La soledad.

La soledad es una bestia que te come por dentro, como un ácido corrosivo.

Es probable que, de vez en cuando, sea bueno probar este fruto de la discordia, agridulce y infravalorado por algunos.

Tal fruto fue servido para comer en una bandeja de plata en la celda de Bruno. Acostumbrado a la soledad antes que Rita entrase en su vida, ahora le sabía a pomelo salado, más encontrándose en una celda de tres por tres con un energúmeno.

Fueron pocas horas, pero calaron en el italiano.

Cristian abrió la puerta y vio la figura de la pelirroja, en todo su esplendor. Más aún después de las horas de soledad que había pasado.

La visión se mezcló en una coctelera junto a la alegría de verla y la vergüenza por haber pasado por el calabozo.

La expresión de Rita lo decía todo.

Aunque no dijeran nada, se entendieron con la mirada.

Bruno hizo los pocos pasos que los separaban y abrazó a la mujer.

—No se te puede dejar solo —dijo ella con picardía.

Bruno y el abogado rieron.

—Marchémonos de aquí, antes de que el juez cambie de idea, tenemos que acabar de matizar unos temas.

La pareja siguió al letrado, este aguantó la puerta de la comisaria para que salieran y vio un señor afuera. Le hizo el gesto de entrar.

Era un hombre con el ceño fruncido, desorientado. Bien vestido. Llevaba una camisa planchada impoluta, sin perfume, en el rostro tenía impresa una expresión de tristeza. Sus ojos se encontraban hinchados y rojos, seguramente por haber llorado más de lo habitual.

El letrado insistió en que entrara, aguantando la puerta, al final se decidió y entró.

Avanzó con la cabeza agachada, mirando el suelo y agradeciendo tímidamente al hombre por dejarle pasar. Una vez dentro, miró a su alrededor como averiguando hacia qué lado tenía que dirigirse.

El letrado salió y desde fuera siguió mirando al hombre a través

del cristal.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Bruno a su nuevo abogado.

* * *

Pedro Valbuena.

Bigotes cuidados, negros como el carbón, igual que su pelo. Cincuenta años, ni una cana, gracias a su peluquero, no a una genética privilegiada.

Altura mediana, siempre en camisa con botón abierto y corbata desajustada. En la pared de su despacho, llenas de polvo, las fotos de su graduación de la Guardia Civil.

Inspector sagaz, experimentado, observador, veterano.

Todos los marrones enviados por el universo aterrizaban en su mesa. Ese día aterrizó una desaparición de una mujer.

—No tenía yo trabajo como para que me endiñaran esto… —dijo y siguió farfullando consigo mismo.

—¿Jefe? Ha llegado.

—¿De quién me hablas, Víctor?

—Jolines, del hombre que estabas esperando. ¿De quién si no?

—Joder, ¿ya está aquí? —dijo susurrándoselo, para que nadie lo oyera—. Ah, bien, vamos entonces.

El inspector y Víctor, su ayudante, entraron en la sala de interrogatorios, el hombre le estaba esperando.

Una vez sentados, por un lado de la mesa estaba el hombre y por el otro lado los dos inspectores, Víctor tomaba apuntes.

—Ana Vega, ¿es su mujer?

—Sí —respondió el hombre.

El marido tenía la vista perdida, bien vestido, se iba secando compulsivamente las manos en los pantalones de color beige, sin importarle ensuciarlos. Mantenía un movimiento basculante, llevando el cuerpo delante y atrás, del respaldo hacia la mesa.

—¿Cuándo perdió la comunicación con su mujer?

—Pues cuando… —Mantuvo silencio—. Me llamaron de la escuela de ballet donde acuden nuestras hijas porque no había ido a

recogerlas.

—¿Sobre qué hora fue eso?

El hombre cerró los ojos.

—Tenía que recogerlas sobre las ocho y me llamaron a los veinte minutos.

Pedro no quitaba ojo del hombre, le estaba escrutando para analizar cada gesto, el otro apuntaba datos.

—¿Dónde se encontraba usted a las ocho?

—En mi oficina. Ayer pasé todo el día trabajando hasta esa hora para un nuevo proyecto.

—¿Tiene usted alguien que lo pueda confirmar?

—Mi secretaria y el resto de mi equipo.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy arquitecto.

—Mmm.

El inspector se quedó callado mirándole, valorando si ir directo al grano.

—¿Es habitual que su mujer desaparezca?

—¡Noo! Mi mujer es una esposa perfecta y una madre modélica. Nunca haría eso.

—Ya, pero lo ha hecho.

El hombre miró al inspector y se puso rojo, a punto de reventar.

—Tiene que encontrar a mi mujer, le tiene que haber pasado algo. No es normal que desaparezca.

El inspector hizo una mueca con la boca, moviendo los labios hacia un lado.

—¿Han tenido problemas conyugales últimamente?

—¿Qué pregunta es esa?

—¿Tienen una relación normal? ¿Tienen problemas? ¿Deudas, discrepancias, enemigos, viven juntos… duermen juntos?

—¿Me pregunta si hago el amor con mi mujer?

El inspector se quedó en silencio mirándole fijamente.

—¡Sí, hacemos el amor! …de vez en cuando —dijo no convencido, mirando sus manos—. No cuanto nos gustaría, pero ya sabe, los niños, la casa, su profesión. No como antes.

—Mmm, ya.

—No es lo que piensa, en absoluto. Mi mujer nunca haría algo así, me quiere profundamente y yo a ella.

El hombre se detiene, saca de sus pantalones su teléfono móvil, busca algo en él y lo enseña al inspector.

—Mire, mire —dijo casi rompiendo a llorar, con los ojos rojos emocionados. El móvil enseñaba una foto de las niñas bailando, riendo, con su pelo rubio casi dorado volando como en un día de

viento—. Son nuestras dos hijitas, dos ángeles, son nuestra vida. Mi mujer nunca haría nada en contra de ellas o en contra de mí.

El marido miraba la foto como si hubieran desaparecido las niñas y no la mujer.

«¡Patético!», pensó el inspector Pedro Valbuena en sus adentros.

—No digo lo contrario, Sr. Vega. Por favor, guarde el móvil, a mí no me tiene que convencer. Se lo decía únicamente por una cuestión de necesidades fisiológicas, una aventura esporádica… un desliz. ¿Me entiende?

El hombre guardó el móvil y se echó hacia atrás, se cruzó de brazos y cambió de expresión.

El inspector arqueó las cejas.

—He dicho algo que… no, ¿qué le ha venido a la mente?

—Nada, un simple detalle.

—Los detalles son importantes. Por favor, qué me iba a decir.

—Señor inspector, nada una simple y tonta coincidencia.

—Sr. Vega, las coincidencias no existen. O por lo menos en nuestro trabajo. Dígame… por favor.

El hombre suspiró.

—Ahora que me acuerdo, puede que haya algo más.

El inspector se acercó a la mesa.

—El interventor del banco donde trabaja mi mujer, esta mañana me ha comentado que tampoco se ha presentado a su trabajo un compañero, un tal… Antonio. Pero ya le digo, es una coincidencia, no hay que prestarle atención. Mi mujer me quiere y no me ha engañado jamás, no es capaz de hacerlo. Nos queremos, últimamente cada noche antes de dormirse me dice cuánto me quiere y me besa como si no hubiera un mañana. No, no es posible.

El inspector se hecha contra de la silla.

—Averigüemos quién es este Antonio —dijo susurrando a Víctor, sin que se enterase el marido.

—Muy bien, ¿tiene algo más que decir Sr. Vega?

El hombre sacudió la cabeza.

—Gracias por haber venido, manténgase localizable. En cuanto sepamos algo, se lo comunicaremos.

El marido se levantó apretando las manos de los dos inspectores, sin mirarles a los ojos y se fue cerrando la puerta.

Pedro se volvió a sentar, apoyó los pies en la mesa en postura de texano.

—Jefe, ¿qué te parece este tío?

—No me gusta, pero menos me gusta Antonio —dijo mirando la silla donde estuvo sentado el marido, como si aún estuviera allí—. Averigua quién es este Antonio. De momento es la cuerda más sólida por la que podemos trepar.

10

Comisaria, Marbella.

Miércoles, 05 de octubre.

Seis días antes del hallazgo.

Víctor Ojeda.

Sabueso, aprendiz, sombra del inspector veterano de la comisaría de Puerto Banús. Lapa de Pedro Valbuena, siempre llegaba antes y yéndose después. En casa solo le esperaba la madre, viuda, con la única compañía de sus canarios y papagayos. Para no soportar los gritos de la madre pasaba todo el tiempo posible fuera, intentaba volver cuando la mujer ya se había dormido y salir antes de que se despertase.

Inspector Ojeda. Un ascenso luchado y sudado pero muy merecido y lo más importante; no era una meta, sino una dirección.

Víctor no había encontrado su media naranja, ni en el cuerpo de policía, ni tampoco en la frutería.

El atuendo no era de los mejores, no creía en su presencia física, ni en la ropa que podía llevar, cuando pasaba no desprendía ningún perfume, solo el exceso de suavizante en la ropa.

No era un lince, su cociente intelectual no era de los más altos de la comisaría, sin embargo, lo compensaba con su capacidad de trabajo y su persistencia, tenacidad en escarbar y no darse por vencido, casi nunca.

Antonio, el misterioso compañero de la desaparecida, era la pista. Inicialmente la más despechada, una coincidencia sin interés, transformada en la más sólida.

A Víctor le encantaba cuando su compañero, el inspector jefe decía:

«Las coincidencias no existen. O por lo menos en nuestro trabajo».

Si los tatuajes le gustasen, se lo hubiera tatuado en alguna parte visible de su cuerpo. Sin embargo, se desmayaba a la visión de las agujas.

Una vez acabado el interrogatorio al marido de la desaparecida, Pedro se quedó en la habitación reflexionando y repasando los detalles. Luego, sacó la cajetilla y se dirigió a su lugar habitual a fumar y seguir con sus pensamientos.

Víctor salió como una bala, llamó al banco pero el interventor acababa de salir de la entidad. Movió contactos y levantó piedras hasta que consiguió el teléfono fijo del empleado.

Juan tenía una mente prodigiosa, desaprovechada detrás de un cristal blindado de una entidad bancaria. No disponía de libreta de contactos, recordaba los teléfonos de memoria.

—Apunte —dijo el interventor, y le cantó el número de teléfono y el nombre completo del compañero de trabajo.

—¿Lo está leyendo?

—No, lo recuerdo.

El inspector calló.

—No le va a contestar. Llevo todo el día probando.

—¡Ya, me lo imaginaba! ¿También tiene la dirección?

—Exacta no, pero sé que vive en una urbanización de Golf en San Pedro del Alcántara. No me acuerdo dónde.

La conversación siguió pidiendo detalles personales del compañero de trabajo. El inspector estaba hambriento de datos. Cuando pensó que había pedido toda la información, colgaron.

Víctor se echó hacia atrás en el respaldo de la silla mordisqueando el lápiz ya roído, cuando a dos mesas enfrente de él había una conversación que le llamó la atención.

A una compañera de la policía de investigación le pasaron una llamada que parecía normal, sin embargo, para él fue de lo más inquietante. Víctor no estaba seguro de haber entendido bien. Se levantó como un muelle y se acercó a su compañera.

—¿Qué ha pasado?

—Nada Víctor, una mujer que dice no sé qué, que no puede acceder a la casa que limpia. Tranquilo, he enviado una patrulla.

—Pero ¿he oído bien que es en San Pedro de Alcántara?

—Sí, es allí ¡pesado! ¿Por qué te tienes que meter en las cosas de los demás? Ya está arreglado —contestó molesta la compañera.

—Perdóname que insista, ¿pero dónde de San Pedro?

La mujer resopló y para acallar al compañero pesado y que se fuera lo antes posible, miró los apuntes y le dio la dirección exacta.

Víctor cogió el papel y vio la información que necesitaba como agua de mayo, como una iluminación divina, como la pieza de puzle

que faltaba.

«Urbanización Real Club de Guadalmina», leyó.

—Bingo.

—¿Bingo?

—Escúchame Almudena, dime por favor qué ha pasado, hay una madre de familia desaparecida y no pinta nada bien. La dirección coincide, parece que sea la casa del agresor o amante. Por favor dime exactamente que te ha dicho la mujer —le dijo agarrándole los dos brazos y trasmitiendo toda la urgencia de la situación por medio de su mirada.

La compañera sorprendida por la reacción del hombre le explicó exactamente lo que dijo la mujer al teléfono.

—Gracias Almudena, te debo un café.

El inspector, con su papel de la dirección en mano cogió su abrigo, las llaves del coche y se catapultó fuera de la sala operativa.

—Me debes mucho más de un café, por pesado —dijo a su compañero y concluyó gritando—. ¿Me has oído?

El inspector corrió pasillo abajo, abrió la puerta del final que daba al exterior.

—Jefe, tenemos una pista. ¡Vamos!

—¿Qué ha pasado?

—La mujer que limpia la casa de Antonio Espinoza, nuestra pista, ha llamado.

—¿Y?

—Parece ser que Antonio está en casa y no abre la puerta.

11

Urbanización Real Club de Guadalmina, Marbella.
Miércoles, 05 de octubre.
Seis días antes del hallazgo.

La patrulla llegó primero.

La urbanización era un oasis de tranquilidad, rota por la incursión del coche patrulla primero, y el coche de paisano de los inspectores después.

La garita de la seguridad abría solo a residentes con matrículas registradas o huéspedes del hotel. La barrera que impedía el acceso a la urbanización, solo se abrió una vez que Víctor enseñó la placa.

La carretera que atravesaba el golf, llevaba a la casa del banquero. Esta partía en dos el perfecto césped inglés, color menta, casi fosforito según la dirección de los rayos solares. Rompía esta uniformidad, alguna mancha gris, unos agujeros de arena que dificultaban el recorrido de los jugadores. Al fondo, una valla de madera, impedía salir del recinto. Detrás, no existía el horizonte, solo el azul del mediterráneo que se juntaba con el cielo en un abrazo infinito.

El olor del césped recién cortado se colaba por la ventanilla, aunque los inspectores ni se daban cuenta.

La supuesta casa de Antonio Espinoza era baja y una de las más pequeñas de la zona. Algo separada del núcleo más ostentoso, resultaba una de las más “humildes”.

La patrulla de la policía había estacionado justo delante, manteniendo las luces encendidas y fijas. Víctor aparcó justo detrás. Salieron y se dirigieron directos a hablar con los dos agentes y la mujer que había llamado.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó un agente.

—¿Es usted la señora que llamó a la policía?

La mujer asintió con la cabeza, seguía demostrando una sensación de preocupación en sus facciones.

—¿Qué ha pasado? Por favor, ¿nos lo podría explicar desde el principio?

—Mire inspector, Antonio es buen jefe, pero estoy muy preocupada, mucho.

La mujer jadeaba por la presión. Daba la impresión de ser una buena mujer y que, sobre todo, le importase el dueño de la casa.

El inspector asentía con la cabeza e hizo el gesto, con la mano, de avanzar.

—Sí, sí. Yo vengo todos los miércoles a limpiar su casa, todos, "ninguna excepción" como dice Antonio. Es muy meticuloso en eso, esta tarde he venido con el bus que viene de San Pedro, he bajado en la parada número 9, luego he venido caminando hasta la garita.

—Por favor, señora, no tenemos todo el día.

A Víctor, igual que al inspector jefe, se le acababa de paciencia.

—Ay sí, disculpe. He llegado y no puedo acceder a la casa.

—¿Por qué, señora?

—Pues, pues, porque la llave de Antonio está en la ranura al otro lado. No entra mi llave.

—¿Está segura?

—Claaaroo. Me conozco muy bien a Antonio, su casa y sus costumbres. Los miércoles está en paddle jugando, como un reloj suizo. Por eso quiere que venga este día. —Se calló un momento—. Además está encendido el aire acondicionado y está su coche.

Los inspectores abrieron los ojos de par en par.

—¿Cómo dice?

—Sí está allí, en el garaje. Lo he visto, hay una fisura por la que se ve cuando está.

—¡Por todos los santos! ¡Hay que entrar! —dijo Víctor—. Pero por lo menos tardaremos doce horas para conseguir una orden judicial.

—¿Señora me quiere enseñar la puerta en la que no entra la llave? —dijo Pedro Valbuena.

La mujer de la limpieza lo acompañó a la puerta de acceso principal. Esta era fuerte, blindada, imposible de tirar abajo, se necesitaba un Bulldozer. La estructura de madera tenía a los lados unas fisuras rectangulares de cristal, unas pequeñas ventanas. Delante de estas, para decorar el vestíbulo, había unas grandes macetas con plantas.

—¿Está segura que están puestas las llaves?

—Claro, mire. —La mujer introdujo su llave en la ranura. Esta no acababa de entrar hasta el fondo, por un milímetro.

—Entendido, gracias —contestó el inspector jefe.

Pedro se giró, mirando hacia atrás, al compañero y a los policías. Su expresión era de decepción.

Acto seguido dijo gritando.

—Mirad chicos, mirad allí. ¿Qué es eso? ¡Madre mía! —dijo apuntando a la casa de enfrente.

Cuando todos se alejaron de la puerta, mirando en la dirección contraria; El jefe cogió el tiesto más grande y lo tiró con toda su fuerza en el cristal a la altura de la cerradura.

El estruendo fue monumental, las cuatro personas se volvieron a girar asustados encogiéndose de hombros.

Pedro, atravesó el cristal roto con la mano y abrió con las llaves puestas en la ranura.

—¡Ostras, estaba abierto!

Los agentes se miraron a la cara y Víctor se acercó el dedo índice a la boca y les hizo el signo de callar.

Las cinco personas accedieron a la casa.

—¿Antoniooo? —gritó la mujer.

—Por favor, señora, quédese aquí. ¿Dónde se encuentra el dormitorio?

—Siga ese pasillo, la segunda puerta a la derecha.

Pedro Valbuena miró a un agente y le hizo entender que se quedara con la mujer.

Víctor y el otro agente de policía con la pistola en mano siguieron a Pedro, que abría paso.

—¿Señor Antonio? Somos de la policía, ¿está usted bien? —avisaba, mientras abría las puertas que encontraba en el pasillo.

—Por favor, si se encuentra en casa diga algo.

No hubo respuesta.

Los tres se dispusieron delante de la puerta del dormitorio, esta, estaba cerrada.

El zumbido del aire acondicionado, delataba la presencia de alguien en su interior. El ruido era intenso, el aparato estaba trabajando al máximo.

Pedro miró a los compañeros y preguntando con la cabeza si estaba preparados. Estos lo confirmaron.

Agarró la maneta metálica de la puerta, se encontraba fría como un témpano.

La giró y abrió un centímetro.

—¿Antonio?

El tiempo de decir el nombre del dueño que un aire frío le llegó a su rostro y un fuertísimo olor a óxido que impregnaba el ambiente.

La experiencia del jefe activó todas sus alarmas y despertó sus recuerdos, no propiciaba nada bueno.

Abrió la puerta del todo y en una décima de segundo los tres hombres a punta de pistola se encontraban en el dormitorio.

La imagen que tenían delante era dantesca, les estremeció. La escena de asesino en serie les revolvió los estómagos.

Se taparon la boca para no respirar el fuertísimo olor a sangre que teñía las sábanas de la cama y había salpicado todas las paredes.

Prendas de vestir por el suelo, un pantalón, una camisa, vestido largo y un bolso de mujer.

En la cama, el cuerpo de un hombre desnudo, recubierto de sangre, con fisuras en el pecho. Boca arriba, en posición de estrella y la cabeza hacia un lado. El color de la piel era lila, llevaba horas en esa posición y sin vida. En los genitales aparecía un preservativo arrugado y usado.

En la mano derecha resaltaba la amputación del dedo índice. La zona de las sábanas, donde apoyaba, quedó impregnada en gran cantidad de sangre, formando un círculo de color escarlata.

Víctor se preguntó: «¿Le habrían cortado el dedo vivo o ya muerto?».

Luego, su foco de atención cambió.

Entre la cama y la pared; un segundo cuerpo, desnudo, en posición fetal, recubierto de sangre y con heridas de arma blanca.

El largo cabello rubio manchado de sangre cubría el rostro. El cuerpo presentaba un color rosáceo.

Enganchado a la pared, detrás de la cama, un enorme espejo. Este fue utilizado como lienzo para un mensaje del asesino: “PUTO BANQUERO”. Trazado con la sangre de los cadáveres.

La vista dejó sin palabras a los tres hombres, incluso al jefe que llevaba una mochila repleta de experiencia, escena del crimen y asesino de lo más variopinto. Eso era diferente.

El primero en reaccionar fue Víctor, se lanzó sobre la mujer, la tocó. Su cuerpo estaba frío. Puso dos dedos en el cuello y se giró de golpe, sorprendido.

—¡Tiene pulso! Es débil, pero está viva. ¡Rápido! ¡Una ambulancia!

12

En algún lugar de España.

El día del hallazgo.

La mujer giró página, con la misma avidez que hacía con las novelas que leía por la noche antes de dormirse.

«Entré por la puerta. La gente en Marbella vive inexplicablemente tranquila. Los encontré en la cama, fornicando como conejos en celo. Fue fácil, lo hacían todos los martes por la tarde.

La mujer se encontraba encima del hombre, moviéndose, con la cabeza hacia atrás. Su largo pelo rubio tapaba su espalda y su culo. Los gemidos se oían desde antes de entrar en la casa.

El primer puñetazo fue para ella.

Al hombre no le dio tiempo de reaccionar. Cuando entendió lo que sucedía ya tenía un cuchillo que le atravesaba, entre la sexta y séptima costilla, llegando a perforar el pulmón. Su boca no emitió ni un solo grito.

La expresión de sus ojos lo dijeron todo.

Lo primero transmitieron asombro, luego venganza y por último resignación. No se giró ni para ver a su pareja de sexo. Mi cara de gozo fue lo último que vio, lo que se quedó impregnado en su retina antes de cerrar definitivamente sus pupilas.

La mujer, desnuda y jadeando, con las pulsaciones disparadas miraba la escena bloqueada por el shock. El miedo que trasmitía su mirada daba a entender, que era consciente que era la siguiente. La miré, ella me miró. Vio los ojos y el rostro de su asesino, lo último que vio, fue mi expresión de gozo con mi cuchillo en mano.

Es curioso. Esta mujer, en segundos, pasó del gozo del fornicar con el caliente miembro del amante en su cuerpo, al dolor más absoluto sintiendo el frío metal de mi puñal en su cuerpo.

¿No es un estupendo contraste?

Me acerqué a ella y no se movió. Se dejó hacer lo que quise, se encontraba paralizada por el miedo. Con ella he disfrutado más, mucho más. He sido más lento».

—Esta es su terapia. Escribir un diario tiene que ser parte de su tratamiento para contener su instabilidad. Hay que buscar más diario, seguro que tiene la colección entera — dijo la mujer mirando a su alrededor—. Si se ha dejado este, estarán los demás.

«Me quedé mirándolos. Pobres, se lo han buscado ellos. Si ella hubiera ido a recoger a sus hijas a ballet y él hubiera estado jugando con los suyos, esto no habría pasado.

Siempre se está en el momento equivocado, en el lugar equivocado. ¡Qué triste es la vida!

No me lo puedo explicar. Solo disfrutar de estos cerdos fornicadores, encima banqueros, encima declinan los préstamos.

Me quedé mirándolos. Disfruté hasta el último momento de mi presencia en el dormitorio. Puse una silla delante y observé mi obra de arte. Luego al cabo de mucho tiempo, encendí el aire acondicionado y dejé un mensaje en el cristal para despistar, parte del plan. Por ultimo coloqué el cebo, las huellas y sobre todo el ADN de él. Una obra maestra. Ahora puedo irme, volver a mi casa, el trabajo está completado, mi maestro estará orgulloso de mí. Ahora el marrón es suyo, a ver cómo sale de esta, ¡maldito hijo de perra!».

—Las confesiones del asesino. Esto puede que nos ayude, desde luego es una prueba —dijo en voz baja y siguió leyendo.

13

El ambiente no era de los mejores.

Las aventuras por Mónaco y el norte de Italia consiguieron acelerar la confianza de pareja que, en condiciones normales, llevaría muchos meses.

Rápida y frágil.

Rita y Bruno, no tuvieron opción de elegir, estuvieron a la merced de los acontecimientos. De la misma manera que una manga del viento que señala a los aviones en la pista de despegue la dirección y la fuerza del viento. El destino, trasformado en acontecimientos, hizo que los dos aceleraran su relación.

Toda relación acelerada puede tener unos inconvenientes y sus consecuencias.

La relación alimentada por la pasión y por la velocidad, si no es bien guiada, puede descarrilar. Y justamente en ese punto, se podían encontrar Rita y Bruno.

Nadie podía negar que la situación fuera difícil, pero nunca se hubiesen imaginado que los hubiera llevado a los límites de la confianza casi ciega.

La atmosfera en casa de Bruno era espesa. Llegados de la comisaria, se dieron cuenta que necesitarían tiempo para volver al mismo punto en el que su relación se encontraba dos días antes.

—Parece una conspiración en mi contra. —dijo abatido, Bruno.

El italiano se duchó con agua caliente. Después, envuelto en su albornoz, se sentó en la terraza. No era día para descorchar ninguna botella de vino y menos para brindar.

—Bruno, escúchame —dijo Rita al otro lado de la mesa—. No caigas en el victimismo, lámete las heridas pero no seas catastrofista. Tenemos que mirar adelante, Cristian ya nos lo ha dicho, es un error del sistema, probaremos todo y arreglaremos este malentendido. —Le cogió la mano y siguió—. Juntos, como hemos luchado en Italia, sin perder el ánimo. ¿Sí?

Bruno sacó una risa forzada y asintió con la cabeza, no del todo convencido. Luego miró hacia el horizonte, donde se veían luces en medio del mar. Barcos de faenar y veleros amarrados para pasar la noche. El resto era cielo, con estrellas, la luna que jugaba a espejarse en el mar y luces de edificios que dibujaban la costa andaluza. En el fondo se oía la televisión encendida con el telediario puesto, normalmente acompañaban un vinilo de jazz a la copa de vino y la cena. Ese día era diferente, no había ánimos de música, como excepción pusieron las noticias.

—Lo podemos justificar todo, pero mis ahorros es posible que hayan desaparecido de mi cuenta, eso ¿cómo podemos justificarlo? ¿Cómo podemos recuperarlos?

—Espera, espera Bruno. Calma. Aún nada es seguro. No nos volvamos locos. Primero, mañana iremos al banco juntos y veremos cómo es que no puedes acceder a tu cuenta. Segundo, hablaremos con tu gestor y valoraremos la situación. Tercero, en el caso que hayan desaparecido, cosa que no creo, seguro que hay una forma de cómo recuperarlos… o por lo menos un hilo por dónde tirar.

—No, no te preocupes "*amore*", al banco ya iré yo. Gracias igualmente.

La expresión de Bruno cambió, fue casi imperceptible. La mujer se dio cuenta, pero no dijo nada.

Rita se extrañó, pero tampoco quiso darle más importancia, el tema del dinero era algo tan personal que cada persona lo afronta de una forma diferente, y la respetó.

—Si te parece mañana vamos a retirar el Porsche del cepo y luego voy al banco. No hace falta que me acompañes. —Cogió la mano de la mujer e insistió—. De verdad, gracias.

Ella sospechó.

Habitualmente él le pedía que fuera a todas partes con él. Sin embargo, desde que se aburría en el trabajo y le propusieron coger el taller especializado en Porsche en Málaga, en ocasiones ya no le pedía de acompañarle, tanto menos al banco. Lo respetaba, pero de la misma manera le extrañaba. Cambió la expresión y se rascó la nuca.

—¿Te importa?

—No, no, es tu banco. ¡Tú mismo!

Rita no dejaba de ser una maravillosa pelirroja, pero siempre una pelirroja. Desprendía carácter por los poros de la piel, era un arma de doble filo para el italiano, pero justamente eso fue lo que le enamoró.

—Está muy buena esta ensalada —dijo Bruno.

—Gracias. Ya sabes, somos un equipo —dijo con retintín.

Eso sonó a pellizco, a flecha directa al costado.

—Tienes razón, lo somos.

La mujer levantó una ceja.

«NOTICIAS DE ULTIMA HORA: Encuentran muerto un varón de mediana edad en su domicilio de San Pedro de Alcántara. Según las primeras noticias de la policía, el cadáver presenta heridas de arma blanca. El hombre trabajaba en el Banco Banús y se llamaba Antonio Espinoza».

Bruno se levantó. Rita que no estaba pendiente de las noticias.

—¿Qué pasa?

—Pssss —dijo él acercándose a la televisión, después le siguió también la mujer.

«Junto al cadáver han encontrado a una mujer que aún no ha sido identificada, también con heridas de arma blanca. Esta se encuentra ingresada en la UVI en estado grave pero estable».

En la televisión se veía la casa del muerto, la Guardia Civil que acordonaba la zona, con una gran acumulación de gente que había acudido a rendir homenaje y apoyo.

«La policía, que ha puesto bajo precinto judicial el domicilio del fallecido, está atribuyendo la muerte del hombre y el intento de homicidio de la mujer, a un caso con móvil sentimental.

Según las primeras reconstrucciones, la policía apunta hacia una muerte pasional. Los dos individuos podían ser amantes, ya que el hecho ocurrió hace veinticuatro horas y se encontraron los cuerpos esta misma tarde, gracias a la señal de alarma de la mujer de las tareas domésticas que llamó la policía extrañada. Enviamos el video de la entrevista a la mujer, de nuestra compañera que se ha desplazado hasta el lugar de los acontecimientos».

—¿Quién es? —preguntó Rita cuando acabó el reportaje.

Bruno se sentó, abría y cerraba los ojos compulsivamente. Se apoyó la mano en la frente.

—¿Bruno?

—Es mi banquero.

—¿Cómo dices?

—El gestor que seguía mi cuenta, que me atendía en el banco. Ha muerto, ¿te das cuenta?

Rita miró a Bruno, no tenía ni idea de qué decirle. Este se echó con el cuerpo hacia delante, y sujetando la cabeza con las dos manos…

—Peero, qué, qué, ¿qué está pasando? —dijo Bruno levantado la

cabeza y mirando a su novia.

—No lo sé, pero hay que decírselo a Cristian.

14

Comisaria Puerto Banús, Marbella.
Jueves, 06 de octubre
Cinco días antes del hallazgo.

La comisaría se encontraba presidida por periodistas.

El marido de Ana Vega entró con un coche de cristales tintados por la parte trasera sin ser interceptado por los periodistas.

Le acompañaron a una sala pequeña, la última del pasillo, la más obsoleta con paredes de color ocre y mobiliario años ochenta.

Los dos inspectores le habían contactado la noche anterior para que se presentase voluntariamente a la comisaria.

—Gracias por haber venido —dijo Pedro Valbuena, el inspector veterano—. ¿Cómo se encuentra?

—No sé qué es más duro, que mi mujer se encuentre en las condiciones en las que está o que tuviese una relación extraconyugal con ese compañero —dijo el hombre, abatido.

«¡Qué patético!», pensó el inspector jefe en sus adentros. «Venga Pedro, un poco de empatía, aunque sea falsa, por el bien de la ley».

—Yo creo que la respuesta la tiene, pero es difícil apartar su ego para distinguirla.

Víctor entró en la sala y dejó delante del marido una taza blanca con café en su interior.

—Gracias, he pasado toda la noche en el hospital y ni siquiera he desayunado.

El hombre dio un buen trago al café, con la esperanza de que la cafeína entrase rápidamente en acción.

—Señor Vega, ¿preferiría que su mujer estuviera muerta?

—Nooo, ¿Qué dice?

—Usted entiende que todo esto es meramente una praxis de la policía.

El hombre asintió.

—Nuestros compañeros están interrogando a sus colaboradores para confirmar su coartada. Lo entiende esto, ¿verdad?

—Sí, pero se lo podían ahorrar, yo amo a mi mujer. —Silencio —. Y ayer hubiera dicho lo mismo.

—Señor Vega, no entre en este papel, guárdeselo para su familia. Nosotros no somos ni sus amigos, ni su confesor, ni un pañuelo para llorar. A ver si lo entiende. Preferiríamos estar en la playa o en el barco de algún amigo y estamos aquí trabajando también para usted. Séquese las lágrimas, recompóngase y estire esa espalda… y sea un hombre, ¡joder!

El hombre se quedó sin palabras, tragó saliva, dio una sonada al pañuelo ya húmedo y se puso firme ante el representante de la ley.

—Muy bien. ¿Es usted consciente de los cargos de acusación que pueden caer en su contra?

—Sí, pero no he sido yo. Mi equipo lo confirmará y las cámaras del edificio también.

—Esto… ya lo veremos. Mire, ahora tiene usted dos caminos —dijo Pedro poniéndose aún más serio e intensificando la voz. A su lado Víctor, con las cejas arqueadas, como una esponja aprendía de su compañero y asentía con la cabeza—. La vía buena es que usted, al salir por esa puerta voluntariamente, nos deja una muestra de ADN y las huellas de sus deditos.

El inspector hizo un silencio para ver la reacción del marido.

—Y, ¿la mala? —preguntó el hombre serio, con voz profunda como no lo había hecho hasta entonces.

El inspector, curtido de hablar con gentuza como el personaje que tenía delante, sonrió y miró la cara de su compañero, el otro al ver que le miraba sonrió para complacerle.

—El juez se las pedirá y le dejará un par de días en una celda pequeña y muy alejada de sus rubias hijitas y de su mujer que en cualquier momento se podría despertar.

—¡Me está amenazando! —esputó resignado.

—Víctor, ¿le estamos amenazando desde tu punto de vista?

El sabueso no compartía el “modus operandi” del jefe, pero no le quedaban muchas alternativas. Este sonrió forzado y se giró hacia el marido.

—Me parecía más una advertencia…, o incluso un consejo desinteresado, como el de un buen amigo.

Cada día mejoraba su interpretación y mentir le salía más espontáneo. Aunque se sentía mal después.

El marido miró las cuatro paredes a su alrededor.

—Menudos dos inspectores. Estáis protegidos en esta habitación sin cámaras, ahora lo entiendo. —El hombre calló, pensó y concluyó

mirándolos a la cara—. Dais la impresión de ser como el gato y el zorro. Aunque ya tengo claro quién de los dos es el zorro. ¿Algo más? Mi mujer me necesita y podría despertarse del coma en cualquier momento.

—¿Entonces, qué camino ha elegido, Sr. Vega?

—Ya se lo he dicho…, inspector. Quiero estar con mi mujer, me voy a ir inmediatamente, si no tiene una orden judicial, he venido para nada. Haga sus investigaciones, inspeccione coherentemente y se dará cuenta de que yo no fui a esa casa a matar a ese hombre y a reducir al borde de la muerte a mi mujer. Cuando nos volvamos a ver será porque tiene un documento judicial que le respalde y legalice la toma de mis huellas. Así que… con su permiso…

Se levantó sin esperar respuesta y salió por la puerta, dejando al jefe y al sabueso con la boca abierta.

—Cierra esa boca Víctor, o te van a entrar moscas.

Víctor la cerró.

—Y, ¿qué vamos a hacer ahora jefe?

—Pues ahora te voy a decir lo que vas a hacer tú. Vas a los forenses, coges una bolsa de plástico, vuelves aquí, recoges esa taza de café y se la entregas y que cagando leches saquen ADN y huellas. Luego que las cotejen con las muestras recogidas en la casa de Espinoza. Necesitamos para ayer los resultados.

—Pero jefe eso es il… —contestó Víctor antes de ser interrumpido.

—¿ALGUIEN HA PEDIDO LA OPINIÓN DEL JOVEN INSPECTOR? —gritó y acto seguido se puso la mano a lado de la oreja como si esperase una respuesta que viniese del cielo—. ¿Oyes algo Víctor?

El inspector bajó la mirada.

—Tienes que aprender a obedecer y no a cuestionar. ¿Qué te dije el primer día? —el jefe proyectó la rabia que le vino por culpa del marido de Ana Vega hacia su compañero de trabajo.

El joven inspector no dijo nada.

—Que cogieras el manual de la escuela de policía, te limpiaras el culo y lo tiraras por el retrete. La vida real y la escuela son dos mundos paralelos y que nunca se cruzarán. Venga, ahora haz lo que te he dicho.

Víctor siguió las instrucciones del jefe, aunque no compartiera sus modales ni sus métodos. No era el momento de oponerse y, seguramente, tampoco la persona a la que oponerse.

En ese momento era más importante la operación de investigación que hacer los paladinos de la justicia y delimitar cuáles eran los métodos correctos.

En el interior del joven inspector, se filtraba la inmoralidad del jefe y esto, comenzaba a asustarle.

15

Comisaria, Marbella.

Jueves, 06 de octubre

Cinco días antes del hallazgo.

El café negro y amargo.

La taza humeante repleta de la bebida caliente y negra era su mejor aliado. Le costó poco después de la universidad comprarse una cafetera casi profesional para acompañar sus inacabables jornadas con sobredosis de cafeína.

Julia.

La llamaban Miss Dark.

Vestía de negro y le gustaba todo lo negro, hasta su pareja era *dark*. Una persona reservada en el trabajo, la más fiestera de noche.

No recordaba en qué momento de su vida decidió entrar en la policía, tenía que ser adolescente, se aseguraba que fue por haber visto alguna serie americana.

Su padre quería que siguiera sus huellas, dentista de renombre en la ciudad, pero el destino no siempre juega a nuestro favor.

En lugar de bata blanca y taladro dental, su camino fueron tatuajes y taladro forense. Otra vida, pero la suya.

En ocasiones miraba hacia atrás y se arrepentía de no haber seguido las huellas del padre, sobre todo cuando miraba su cuenta corriente y las horas que hacía en su laboratorio de la comisaría, pero era feliz.

La escuela de policía le pasó volando, años de aprendizaje y de pocas relaciones, justo para satisfacer las necesidades sexuales, nada personal, solo orgánico.

Después la enviaron a Marbella, comisaria de Puerto Banús, entre ricachones y rusos, allí en medio de tanto trabajo y soledad, conoció a su pareja y todo cambió. Su estancia en la ciudad andaluza, al inicio para conseguir el traslado, la confirmó como su destino. Ya era su nuevo hogar.

Entró en el departamento de la científica como ayudante, pero cuando se jubiló su jefe, se quedó al mando de la división.

Todos los agentes de la Guardia Civil competían en dos aspectos, en quién tenía más prisa en obtener los resultados de las pruebas y quién conseguía llevarse a Julia a tomar una cerveza. Ella era intransigente, nunca había traspasado la línea profesional, tuvo bastante con los líos que se generaron en la escuela de policía. Respecto al orden de los resultados de las pruebas, todos tenían que respetar el orden de entrada. Menos una persona, un veterano al que no tragaba, sin embargo, llegaron a un acuerdo que detestaba, pero que tenía que cumplir por "órdenes de arriba".

—¿Ya no viene tu jefe? —preguntó la mujer—. ¿Te usa como "chico de los recados"?

Víctor tragó saliva.

—Hola Julia. ¿Cuántas veces te he dicho de bajar la dosis de café?

—¿Qué quieres? ¿No ves el cartel de no entrar?

—Ya sabes cómo es Pedro, quiere las pruebas ya.

La mujer resopló, harta.

—Estamos hasta arriba, Víctor —dijo Julia girándose y levantando los hombros.

—Lo siento, necesitamos los resultados hoy mismo. Órdenes de Pedro.

—Algún día su estela cambiará y alguien entenderá cómo es de verdad. Entonces ciertas cosas dejará de hacerlas. Ese día… —le miró a los ojos y apuntándole con un tubo de ensayo—… le voy a enviar a freír espárragos. —Víctor se rió y miró el suelo—. A ver, ¿qué quiere?

Víctor le dio la taza en la bolsa de plástico y le explicó de cotejarla con las pruebas de la casa de Antonio Espinoza.

—¿Dónde has conseguido esta prueba, ¿cómo tengo que archivarla?

—Es del Sr. Vega. No hace falta que sepas nada más.

—¿Cómo? ¿No viene del lugar del crimen?

—Julia, por favor, hagamos un trato. Tú no preguntas, así no tendré que mentirte.

—Entonces, ¿no tienes ni un permiso judicial?

Víctor miró primero al suelo, luego a las paredes del laboratorio.

—Estáis como unas chotas. ¡Cuánto os odio!

—Venga no es para tanto.

La mujer abrió los ojos de par en par y se abstuvo de decir lo que pensaba.

—¿Me permites hacer una pregunta? —preguntó Víctor.

—Ya la has hecho. Si no hay nada más, te puedes marchar.

—¿Por qué no tienes una foto de tu pareja o de tu familia en tu

oficina? No sé, al lado del ordenador.

—¿A ti qué te importa?

Víctor levantó los brazos como si le estuviera apuntando con una pistola.

—Me voy, hoy no es día. Porfi, lo necesitamos para hoy.

La mujer resopló.

—Ya lo sé, ahora vete de aquí tú y los mandatos de tu jefe.

—Julia, ¿te apetece luego un té en el bar de enfrente? —preguntó bajo el marco de la puerta.

—¡Víctor! —gritó enfadada.

—Hoy no es día —dijo mientras desaparecía detrás de la puerta con el rabo entre las piernas.

Julia se paró un momento, se quitó las gafas y pasó sus dedos por los ojos para relajarlos. Miró la pila de trabajo que tenía que apartar para dar preferencia al caso de la casa del banquero. Era consciente de la fuerza mediática que los medios de comunicación crearon a su alrededor como una aura de psicosis colectiva enfrentados a un posible asesino en serie.

Eso le llevaría tiempo. Encendió la máquina de café, se hizo uno con el mejor grano recién molido y se arremangó el enojo.

Sacó la taza. Lo primero fueron las pruebas de ADN que cotejó con los cabellos esparcidos por la habitación del delito, restos de material orgánico bajo las uñas y otros restos biológicos.

Mientras degustaba su café y esperaba los resultados de la máquina, cotejó las huellas de la cerámica con las de la escena del delito.

La tarde soleada, pasaba sin dejar rastro a la mujer encerrada en su laboratorio sin ventanas ni claraboyas, igual que un jugador de casino, donde no tienes noción del día.

Las huellas no coincidieron, y la máquina de ADN dio el mismo resultado.

Estaba claro, el Sr. Vega no estuvo en la escena del crimen. O por lo menos recientemente.

El trabajo estaba acabado.

Respiró.

Se apoyó con las palmas de las manos en la mesa de trabajo y volvió a respirar con los ojos cerrados, una vez más.

Estaba satisfecha, pero no del todo.

Se sentó en el escritorio, levantó la mirada al poster gigante que compró en la tienda de muebles escandinava que substituía la ventana. Aparecía una playa paradisíaca de fina arena blanca, donde

brotaba una palmera curvada que casi tocaba el mar turquesa del Caribe. Delante, la pantalla del ordenador, donde le anclaba a la realidad.

Dio un generoso mordisco al sándwich de pan de espelta que se llevaba de casa y cogió en mano el teléfono. Marcó el número de Víctor y esperó.

Miró la palmera y se teletransportó a su lugar preferido, donde estaría en ese momento si uno de los boletos de la lotería que compraba hubiesen salido ganadores.

Al segundo tono, miró la pantalla y no se sintió orgullosa de lo que le iba a comunicar a su compañero de la benemérita.

Miró detrás de sí y la taza de cerámica.

Ese objeto no era la respuesta. Devorada por su sentido de la responsabilidad, sobrepasó sus ganas del mínimo esfuerzo para el crápula de Pedro.

Entonces colgó.

Cogió las huellas y dedicó el tiempo de introducirlas en la base de datos de los delincuentes fichados.

Esperó, le dio tiempo de acabarse el tentempié y de hacerse otro café.

El ordenador central finalmente se detuvo.

Dejó el café y se aproximó a la pantalla. La coincidencia era clara. El sistema confirmaba un noventa y cinco por ciento de la correspondencia de las huellas dactilares del delincuente con las encontradas en la escena del delito.

—Ya te tengo mamón.

Regresó a su escritorio y marcó el número de Víctor.

Esta vez al primer tono respondió.

—Ojeda

—Soy Julia.

—¿Me has llamado tú antes? O me has hecho una perdida. No sabes que…

—Escúchame —le interrumpió—. Ya lo tengo.

—Es el Sr. Vega, ¿verdad?

—No.

—¿No? ¡Joder!

—Espera, no es él, pero ya tengo al culpable.

—Eres un as. ¿Estás segura?

—La maquina está segura en un noventa y cinco por ciento. Vaya, ¡es él!

—De acuerdo, voy para allá.

16

Víctor no le conocía.

No tenía ni idea de quién podía ser la persona que decía Julia, solo le parecía un nombre exótico.

Eso le daba igual, tenían al asesino del banquero y que envió al hospital casi sin vida a la directora.

La operación se dirigía a arrestar al individuo. Pedro lo tenía claro, pidió refuerzo de unos agentes especiales y, como siempre, sin esperar el permiso del juez, se dirigieron al domicilio del delincuente.

La dirección coincidía en la base de datos de la benemérita y de hacienda.

Se fueron directos.

Atravesaron las carreteras de Puerto Banús y de las campiñas andaluzas, hasta el residencial que resultaba su domicilio.

El convoy de la Guardia Civil creaba estupor a su paso, saltando semáforos rojos y cortando el tráfico habitual de la tarde otoñal.

Entraron con las sirenas apagadas en la urbanización, pero sin aflojar la velocidad.

Aparcaron en las inmediaciones, comprobaron el bloque de pisos y, con la colaboración del conserje, entraron.

Un equipo se detuvo en el hall y dos agentes cerraron el paso de la entrada y de la salida al aparcamiento subterráneo.

Un segundo equipo, con Pedro Valbuena y Víctor subieron por las escaleras hasta el piso en cuestión.

El efecto sorpresa y el silencio eran fundamentales.

El equipo de incursión especializado había sido advertido que el delincuente era un asesino despiadado y capaz de cualquier cosa. Lo necesitaban vivo o muerto. Con la máxima atención por si no se detuviera, tenían órdenes de abatirlo.

—¡Policía, abran la puerta!

Gritaron los agentes esperando una respuesta del interior.

A los pocos segundos, si no hubiesen tenido respuesta, un agente con un ariete estaba listo para tirar la puerta al suelo.

No hubo respuesta. Los policías repitieron.

—¡Policía, abran la puerta o la tiramos al suelo!

Al concluir las palabras la puerta se abrió.

—Al suelo, con las manos en la cabeza. ¡AHORA!

Quien abrió fue una mujer, de mediana edad. En décimas de segundo, tiempo que se abriera la puerta, su cuerpo se llenó de puntos rojos de los fusiles de asalto. El susto fue tremendo, tanto que soltó el vaso de agua que tenía entre las manos.

A la vista de los agentes de asalto, se acercó las manos a la cara y comenzó a gritar.

Los primeros dos agentes no la consideraron peligrosa y entraron en el apartamento.

El siguiente agente que entró la hizo tirarse al suelo, poniendo las manos detrás de la cabeza. Una vez en el suelo, la mujer no oyó nada más que ruido y gritos de los agentes. El susto estaba atravesando su cuerpo, por las venas en forma de substancia adrenalínica. La visión quedó totalmente cubierta por su pelo largo y rojizo.

Los agentes que accedieron encontraron a su objetivo. Todo apuntaba que fuese el presunto asesino. En la cocina, preparando la cena, con un trapo de cocina en el hombro y el delantal salpicado.

—Al suelo. ¡AL SUELO!

Bruno Malatesta no entendió qué estaba pasando. Todo pasó rapidísimo.

Sin darse cuenta, se encontró con la mejilla tocando el frío gres de la cocina y las manos esposadas.

Las situaciones difíciles y rápidas cuestan ser procesadas por el cerebro, así fue para el italiano.

En su campo de visión aparecieron los zapatos del inspector Pedro Valbuena. Baratos, pero limpios.

Lo único que le vino a la mente fue saber cómo estaba su compañera.

—Ritaaaa, RITAAAAAA. —El italiano no consiguió recibir respuesta.

Pensó que todo eso se trataba de otro malentendido, pero ya eran demasiados.

Los agentes lo levantaron y el inspector jefe le cogió de la camiseta como si tuviese que levantarlo más, aprovechando que estaba esposado.

—Ya te tenemos hijo de perra —dijo con un claro tono de desprecio—. Víctor, cántale sus derechos. Y vosotros, ¡llevaros este saco de excrementos!

Los agentes se lo llevaron, detrás el sabueso les perseguía con el párrafo como si fuera un cura.

El italiano no se dio cuenta de nada, todo le parecía una película estrafalaria y sin sentido.

Solo cuando pasó delante de ella, consiguió reaccionar.

—Perdona amor mío no sé de qué va esto. Perdóname —dijo entre sollozos, más preocupado por ella que por sí mismo—. Llama a Cristian.

Rita, con la boca abierta incapaz de vocalizar nada, vio alejarse las piernas de su amor, desde el suelo. Imbuida en un efecto túnel y a una velocidad que no podía procesar, algo que no entendía, algo que le superaba.

Bruno desapareció de la vista de la pelirroja.

La situación era más grave de lo que al principio parecía.

La mujer no fue retenida, no se consideró una cómplice. La pusieron en un taxi para pasar la noche en un hotel, fuera del apartamento de Bruno que la policía lo llegarían a desmontar entero para encontrar pruebas u objetos.

Rita, mirando por la ventanilla del taxi, con la vista perdida al infinito de absurdidad, pensó que todo confirmaba un malentendido. Sin embargo, lo que ella pensara no era ninguna prueba, tampoco conocía al italiano como para meter las manos en el fuego, a pesar que su corazón muy pocas veces se equivocaba.

Los dos inspectores se quedaron en el piso, para girarlo como un calcetín, a la espera de las pruebas que confirmarían la presencia de un asesino serial, en la costa de Marbella.

17

Casa Malatesta, Modena.
Finales años 70.

La inocencia se la lleva el viento.

El viento del tiempo que pasa inexorable y arrasa con todo, hasta con los años.

Jóvenes e inocentes. Estos no se daban cuenta de cuán afortunados eran y que estaban viviendo la mejor época de sus vidas.

Solo vivían y jugaban, como si el mundo se detuviera para ellos, girando alrededor de sus divertimentos.

La infancia de Bruno se caracterizaba por el amor de su madre, la ausencia del padre y la despreocupación de años que para él pasaron lentos.

Los juegos de su infancia los pasó en compañía de Miriam, su compañera de pupitre. Vivían cerca, ella era de una buena familia. Cuando estaban juntos, Carla, la madre de Bruno se tranquilizaba y esperaba que su amistad durara, siguiera y acabasen en el altar, y después con una cuna. Pero no fue así, su amistad acabó en el bachillerato, su inseparabilidad acabó cuando los caminos académicos los dividieron.

Solían encontrarse en casa de él, en verano cogían las bicicletas y daban eternas vueltas por los alrededores hasta la hora de la cena. Cuando hacía frío, en la habitación de Bruno jugaban a la ley.

—Tú los capturarás y yo los encarcelaré —decía la niña.

—Yo no quiero ser policía.

—Claro, como tu padre y yo abogada, como el mío.

—No, yo no quiero tener una pistola —dijo frunciendo los labios.

—Pues sin pistola, como el inspector americano… Colombo.

—¿Colombo?

—No sé, le gusta mucho a mi madre. Ella dice que no lleva un arma, que no le hace falta.

—Ah, pues me gusta. ¿Y tú estarás conmigo?

—Claro Bruno, estaremos siempre juntos, yo cuidaré de ti —confirmó la niña.

—¿Y quién cuidará de ti?

—Pues tú, y tendremos un perro.

Bruno no entendió.

—¿Un perro?

—Mi padre no me permite tener uno, así que he decidido que nos casaremos y tendremos un perro.

Bruno asintió sin ser parte de la decisión ni entender mucho los planes.

—¿Qué tipo de perro?

—Uno grande, con mucho pelo.

Cuando los dos niños llevaban mucho tiempo en la habitación del niño, la abuela materna pegaba unas voces para evitar temas comprometedores entre un niño y una niña.

—Brunoooo, ¿qué estáis haciendo? —gritó Erminia.

—Espera, es mi abuela.

El niño se levantó y detrás fue la niña.

—¿Sí abuela?

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó maliciosamente entre las barandillas de las escalas.

—Jugando.

—¿Se puede saber a qué? ¿Que no hacéis ruido?

—A los doctores.

—¿A qué?

Bruno cogió de la mano a Miriam, se la volvió a llevar a la habitación y cerraron la puerta.

—Ahora jugaremos a los doctores.

—¿Si? ¿Y en qué consiste?

—Túmbate, te ha tocado ser la paciente.

La niña se tumbó en la alfombra, el joven Bruno sacó las herramientas de médico de plástico de una caja de cartón y comenzó a visitar a la enferma.

—Ahora tienes que decir treinta y tres, así dice mi médico cuando me visita.

—¿Te has cansado de jugar a la ley?

Bruno se detuvo, retrocedió y levantó los hombros.

—No sé, no me gusta ser policía ni coger a los malos.

* * *

Penal de Alhaurín de la Torre, Marbella.
Viernes, 07 de octubre
Tres días antes del hallazgo.

¡Roncaba!

Se despertó, otra vez.

La lotería era así de mezquina en repartir las cartas. A Bruno le tocó uno de los compañeros que roncaba de noche y de día. Dormía como una marmota. Las noticias siempre decían que las cárceles españolas se encontraban llenas, pues se quedaban cortos, llevaba pocas horas en la estructura penitenciaria y se percató de que la sobrepoblación era insostenible.

Una celda oscura, como los pensamientos de sus huéspedes. Con poca luz tanto de día como de noche. En las dos paredes, dos literas con colchones azules. Junto a la puerta, una televisión de los años noventa de tubo de rayos catódicos colgaba de la pared.

Debajo, un pequeño escritorio y en la pared del fondo, una ventana minúscula con barrotes y una estantería variopinta de objetos.

La porción de muro de cada huésped, la tapizaba con fotos de parientes, novias, lugares, coches, sueños, de todo lo que en esas cuatro paredes se reprimía. Todos los anhelos que deseaban cuando al cruzar la salida, al final de los días, les gustaría encontrar o volver a luchar. Y sobre todo, para que cada día tuviesen delante la imagen, sin que la mente la olvidase o el recuerdo se deteriorase.

El olor de la celda era fuerte. La contundencia del sudor fosilizado en la ropa y en los colchones hacían de la celda el mismo ambiente de un vestidor de futbol después de un partido.

Penetraba en las narices. Bruno temía que su nariz no se acostumbraría a ese olor, a ese ambiente, a esa situación, a esa injusticia.

El hombre que dormía encima era obeso, la dificultad de respirar trasformaba su respiración en una locomotora a carbón con las tuercas reventadas.

En la otra litera dormían con tapones profesionales de silicona, un chico de color, originario del Senegal y un español que no había entendido de dónde procedía.

El día después de entrar, una vez vuelto a la celda después del desayuno, un guardia le llamó avisando que tenía visita. Bruno, esposado, fue acompañado a la sala donde se verían con las visitas.

La pesada puerta se cerró a su paso y delante tenía a su abogado, Cristian, y a su amor, Rita. La diminuta habitación, sin cámaras para preservar la privacidad del letrado con el carcelario. Era de color ocre y estaba dividida por una mesa en el medio y un cristal que impedía el contacto con las dos partes.

En cuanto vio a la pelirroja, se tiró hacia ella pidiéndole disculpas. Apoyó las dos palmas en el cristal, ella hizo lo mismo, como si se pudieran tocar o fundir con el cristal.

—¿Cómo estás amor? —preguntó ella.

Bruno intentó sonreír, pero los ojos eran tristes y presentaban ojeras que parecían pintadas.

—Lo siento cariño, no sé qué nos está pasando.

La mujer intentó justificarle y tranquilizarle.

El letrado miraba hacia arriba como si no quisiera estar presente en esa escena romántica, cortada por un cristal. Pasados unos minutos carraspeó la voz y la pareja se acordó de su presencia.

—Hola Cristian. Perdona por no haberte dicho nada.

—Bruno, ¿cómo te tratan?

—Bueno, he estado en alojamientos con mejores vistas y servicios más eficientes.

—Ya. Escúchame, no tenemos mucho tiempo —dijo el letrado apoyando el maletín en la mesa. Sacó unas carpetas y le enseño unos documentos.

—Bruno, ¿te puedo ser sincero?

El italiano arrugó la boca y enseñó las palmas.

—Lo tenemos muy complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que las pruebas son irrefutables.

Bruno arqueó las cejas.

—En la escena del delito están por todas partes tus huellas dactilares, además han encontrado ADN tuyo en un vaso de cristal. No sé qué decirte Bruno.

—Eso es imposible.

—Nada es imposible, porque las han encontrado —entonces el abobado se giró y miró a la mujer— ¿Puedes permitirnos dos minutos?

—¡No! —contestó Bruno—. Rita quédate. No tengo secretos para ella.

—¿No? ¿Seguro?

—En absoluto.

El abogado se rascó la barbilla.

—Bruno, ¿qué relación tenías con Antonio Espinoza?

—…Pues era mi banquero.

—¿Nunca has tenido problemas con él?

—¿Por qué me preguntas esto? ¿Acaso no eres mi abogado?

—Para ser tu abogado, necesito que confíes en mí… y yo en ti. Te repito la pregunta. ¿Nunca has tenido problemas con él?

Bruno pensó, entendió dónde quería llegar, pero le costaba admitir la verdad, sobre todo, ahora delante de ella.

Bruno deglutió y torció la vista.

—¿Bruno? —insistió el letrado.

—Es mi banquero, no sé a dónde quieres llegar.

—Es tu banquero, eso ya lo sabemos, no hacía falta ser abogado, solo ver la televisión. Seré más explícito. Tengo un contacto del Banco Banús que ha buscado los expedientes con un tal Bruno Malatesta y… ¡adivina! Ha salido algo. ¿Puedes decírmelo, Bruno?

La mujer comenzó a extrañarse y a asustarse.

Bruno suspiró y lo soltó.

—Antonio había cursado para mí un préstamo hipotecario para comprar un inmueble en Málaga con una actividad económica y resultó denegada. —Una vez soltado, no tuvo coraje para mirar la cara de la mujer.

Rita sacó todo su carácter pelirrojo y abrió los ojos de par en par como una leona antes de saltar encima de la presa.

—Pediste mi opinión y te dije que no lo hicieras, creía que lo habíamos discutido. A pesar de nuestra conversación de pareja, ¿lo solicitaste igualmente? —dijo sorprendida y casi asqueada.

El rostro del italiano fue empalideciendo, a diferencia del de la mujer que fue cogiendo tonalidades desde rosácee hasta lila.

—No me lo puedo creer, ¿cómo puede ser? De ti no me lo esperaba.

El rostro de la mujer entristeció y se levantó de la silla, ubicándose delante de la puerta a punto de salir, pero algo la detuvo.

—Discúlpame Rita. Lo siento en el alma.

—Vale, vale, vale. Romanticismos y parafernalia para otro día, tenemos una pena en la chepa que con la mitad nos podríamos conformar —interrumpió Cristian, y siguió—. Bruno, escúchame bien, tienes que entender que estoy de tu parte y no tienes que quedar bien conmigo. Como tu abogado necesito saber, ¿has estado en ese domicilio? Por la razón que sea o la situación que fuera, ¿se te ha ido de las manos?

—No Cristian, te lo prometo.

El abogado se levantó e insistió.

—Rita, nos puedes dejar solos, nos vemos en un rato.

—¡TE HE DICHO QUE NO! Maldita sea, joder.

Gritó tanto Bruno, explotando en un alarido casi liberatorio. Los

dos visitantes, no se esperaban una reacción así y pegaron un bote del susto.

—SIÉNTATE Cristian, por favor.

El abogado se sentó, la mujer permaneció de pie, asustada por no haber visto nunca al italiano de esa manera. La situación no era para menos.

—Escúchame bien. —Bruno se colocó en la silla y con las dos palmas de las manos abiertas y paralelas continuó—. Es verdad, he pedido un crédito y no ha sido concedido por ser un extranjero en España, pero jamás, te repito, JAMÁS he matado a nadie y nunca lo haré, me pase lo que me pase. ¿Cómo te lo tengo que decir? Alguien me ha suplantado la identidad y me quiere enviar al trullo por muchos años. No he matado a Antonio, por el amor de Dios.

El abogado se quedó silencioso.

—¿Me has entendido?

—Sí.

—Bien.

Hubo un largo silencio.

—¿Y ahora?

—Lo tienes muy jodido Bruno.

Este cerró los ojos y agachó la cabeza en la mesa.

—Si quieres que te dé mi opinión como profesional…

El italiano hizo un gesto como diciendo que siguiera.

—Tienes que declararte culpable, que has sido tú.

—¿Cómo? —le interrumpió el preso.

—Las penas te las bajaría drásticamente y con la buena conducta en quince, incluso diez años estarías fuera y te esperaría una vida nueva.

—¿Nueva? ¿Quince años en este infierno? ¿Culpable? ¿Estás loco? ¿Pero qué te fumaste ayer?

—¿Te das cuenta de las pruebas? No te podemos defender con unas pruebas tan aplastantes, ya hemos perdido antes de empezar.

—NO, pase lo que pase Bruno no se va a declarar culpable —interrumpió Rita y el rostro de Bruno cambió.

—Esa noche estaba en casa conmigo.

—Pero ¿y por la tarde? ¿Dónde estaba? ¿Estaba en tu cama, Rita?

—¡No! Estaba trabajando.

El abogado levantó las manos.

—Haced lo que queráis, yo intento aconsejarte lo mejor que puedo.

Entonces entró un guardia y avisó que el tiempo había concluido y tenían que desalojar la estancia.

—¿Cristian? No, tienes que escarbar y encontrar al responsable.

El abogado recogió los papeles y levantó los hombros.

—Te recuerdo que soy un abogado, no un detective privado.

Vamos a ver qué podemos hacer —dijo y salió de la habitación.

—Cariño, confía, te vamos a sacar de aquí… como sea.

Bruno contestó con su mirada y la vio desaparecer detrás de la puerta.

La partida se complicaba por momentos, el arrepentimiento no era una opción, sino solo una forma de perder el tiempo y energías. Bruno se sentía un farsante y un mentiroso por no haber sido sincero con Rita, pero solo le quedaba la posibilidad que el tiempo lo pudiera arreglar, como en todas las cosas.

Tenía muy pocas posibilidades de salir de prisión. Escasas o casi nulas, pero desde luego que si hubiese habido alguna, Rita la habría encontrado. Ya se sabe, la esperanza es la última en morir.

18

Banco Banús, Marbella.
Viernes, 07 de octubre
Cuatro días antes del hallazgo.

Tristeza.

Eso se respiraba en el aire. Una conmoción general entre los empleados de la entidad bancaria. El funeral del compañero se había aplazado por orden del juez. La autopsia se realizó, pero necesitaban más tiempo.

Desde la central de la entidad enviaron un director substituto, ya que la directora se encontraba en el hospital. Ana era insustituible, pero la vida tenía que seguir su rumbo, no hubiera servido de nada llorar sin actuar.

El substituto era un hombre calvo, con gafas y fisonomía de topo de granja hinchado. No inspiraba confianza ni para pedirle un caramelo, menos para dejarle los ahorros. Tenía el tacto de un elefante y, cuando hablaba fuera del contexto profesional, parecía que se moviera en una tienda de porcelana.

Los inspectores, Pedro y Víctor, seguros de haber puesto entre rejas al culpable, seguían con la investigación para aportar al juez más pruebas al caso tan mediático.

Pedro decidió ir al banco esa mañana, acompañado de Víctor. Se detuvieron en su cafetería preferida. Una franquicia americana, de paso obligatorio todas las mañanas que salían de la comisaría. El jefe se quedó en el coche y, como de costumbre, Víctor compró los habituales medio litro de café con leche para llevar y siguieron.

Los recibió Juan, el interventor y reconoció a los dos esbirros en cuanto cruzaron la puerta.

Vestidos con gabardinas de color beige, perfectas para moverse por la ciudad de incógnito.

Acabó de atender un cliente y se dirigió hacia ellos.

—Buenos días, ¿les podemos ayudar?

—Guardia Civil, somos los agentes Valbuena y Ojeda. Hemos venido para hablar sobre el caso Vega.

El director se levantó enérgicamente tirando su sillón contra la pared, llamando la atención de todo el establecimiento.

—Buenos días soy el director de la sucursal, Alberto Figueroa. ¿En qué puedo ayudarle? —El director sustituto pasó por delante del interventor y se llevó al inspector jefe a su despacho—. Vengan por aquí que estarán más cómodos.

—Gracias Sr Figueroa. —El jefe se sintió cómodo con el director.

—Estamos muy afectados por la pérdida de nuestros compañeros.

—Disculpe, pero la señora Vega sigue viva.

El director se giró y confirmó sorprendido:

—Claro, claro, es lo que he dicho, claro.

Víctor le miró de lado, afinando los ojos.

Los inspectores se sentaron en su despacho y cerró la puerta.

—Bien, en qué podemos ayudarles. ¿Necesitan que vaya a comisaría? —dijo, luego cambió de tercio y concluyó acercándose a baja voz—. Nunca he ido y me haría mucha ilusión. ¿Podría llevar a mi hijo? Le encanta cuando pasan los coches de la policía con las sirenas a todo volumen. —Entonces se replegó sobre la silla, miró la foto de familia que tenía en el escritorio y concluyó—. Yo creo que será un buen médico no un policía, pero aún no tengo que tomar esta decisión…

—¡Señor Figueroa! —interrumpió el jefe y puso firme al director. Este volvió a la realidad de que dos inspectores de la policía se encontraban sentados en el escritorio de su despacho.

—Sí.

—Necesitamos saber si un tal Bruno Malatesta es su cliente.

—Claro —respondió el director casi hipnotizado.

El director desbloqueó el ordenador y buscó en la lista de clientes. A los minutos de silencio, confirmó.

—Sí, lo es desde hace años. Y…

—¿Y?

—La persona responsable de su cuenta era precisamente Antonio Espinoza.

Los dos inspectores se miraron.

—Ahora necesitamos el extracto de la cuenta y las copias de las cámaras.

—¿Algo más?

—De momento nada más.

—Voy en seguida.

—Ah sí, aquí tiene la orden judicial que autoriza que nos llevemos la información que le he solicitado.

—Claro, gracias. —Cogió el documento y lo puso en un cajón

cualquiera del escritorio.

Alberto buscó en su ordenador la información de la cuenta e imprimió el extracto, una vez grapado se lo entregó al jefe.

Este lo cogió y empezó a revisarlo.

—Vaya, vaya, hace pocos días realizó una transferencia al extranjero de todos sus ahorros, casi dos cientos mil euros. —El jefe silbó como si viera una mujer guapa por la calle.

—Mira esto —dijo Víctor— unos recibos devueltos de empresas de créditos rápidos. ¡Qué interesante! Este Malatesta estaba preparando su huida.

En ese momento entró el interventor con un DVD con las grabaciones de las cámaras.

—Bruno Malatesta, muy buen cliente.

Los inspectores se giraron a escucharle y Víctor recogió el estuche.

—¿Le conoce? —pregunta el jefe

—¿Puede definir "conocer"?

—Joder, pues que haya hablado, sepa de él, cómo se llevaba con el Señor Espinoza, no sé en general.

—Un hombre agradable, siempre risueño, siempre saludaba al entrar y al salir, con gente que conocía o no. Daba igual, es una persona correcta. —Se detuvo y pensó, el jefe arqueó las cejas—. Menos una vez que le vi… diferente.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—El día que no le concedieron un préstamo.

—¿Un préstamo?

El interventor le explicó la operación y todos los detalles.

La expresión del jefe era de gozo, de satisfacción plena.

«Menudo hijo de perra, ya tenemos el móvil», pensó Pedro.

—¿Y cómo lo sabe?

—Antonio se sentaba a mi lado, yo lo oía todo —confirmó levantando los hombros.

—¿Algo más?

—Muchas gracias. No, ha sido de inestimable ayuda —confirmó Víctor al banquero.

Los inspectores pidieron información al director del préstamo denegado y su número de contacto.

Tenían toda la documentación que creían necesitar. La llevaba Víctor, como un botones o recadero de paquetes. En cuanto salieron de la entidad bancaria, el jefe se encendió un cigarrillo y fueron caminando hasta el coche.

—Víctor, ya le tenemos a ese cabrón.

—Hay puntos oscuros y demasiado fáciles.

—¡Nada! Bobadas, cachorro. Confía en mí. Además, ¿qué quieres hacer, perder el tiempo buscando un asesino que no existe? El

verdadero está ya entre rejas y ¿adivina quién lo ha cogido en un tiempo récord? La gente quiere eso, vivir tranquila, o por lo menos que lo crea. Al final no es lo más importante lo que dices tú, es que la policía sea resolutiva y que haga bien su trabajo. Eso es lo más importante, y no te preocupes, ya lo entenderás. Con el tiempo lo entenderás, ya verás.

Pedro caminaba sin mirar al joven inspector, solo hablaba, con su cigarrillo, dando por supuesto que le seguía.

—¿Sabes qué te digo? Ahora falta una cosa, el interrogatorio a la mujer que estaba en el piso y el juez ya estará tranquilo. —Se giró y continuó—. ¿Me escuchas?

—Sí, si jefe. Estaba revisando los documentos —dijo apresurando el paso—. En cuanto lleguemos convocaré a Marguerita De Angelis para una declaración.

—Así me gusta, que hagas lo que te digo. Y ¿sabes lo mejor? … conmigo harás carrera y rápido —dijo dando una palmada en la espalda del joven. Este hizo un paso hacia delante, tosió y le miró de reojo, sin decirle lo que realmente pensaba.

19

Circuito Ascari, Marbella.
Viernes, 07 de octubre
Cuatro días antes del hallazgo.

La tensión le pudo.

Aguantó y aguantó, hasta que el cuerpo no pudo más y rompió en un llanto liberador.

Tuvo que parar el coche, sacar de su bolso parisino un paquete de pañuelos y aceptar que se estaba desahogando en el momento menos oportuno. Ningún momento puede ser el oportuno, pero todos son los adecuados, si te lo pide el cuerpo.

¿Por qué se había metido en ese problema?

¿Qué necesidad tenía de desembrollar ese enredo?

Con lo bien que vivía tranquila en su ático en suiza, sin problemas.

Se sonó la nariz.

Precisamente por eso, porque vivir es tener problemas.

Precisamente amar, es superar escollos y tempestades.

Precisamente confiar, es luchar por tu compañero.

Precisamente vivir, es apostar y salir de la zona de confort.

Rita lo sabía bien, por eso volvió a Marbella. Para dar una oportunidad a la historia de amor que brotó en medio de la aventura de Rizzato y el Auto Union. A pesar de los seis meses iniciales que fueron preciosos, esa situación no era normal, pero tampoco Rita y Bruno lo eran.

La acumulación de tensión decidió explotar dentro del Porsche de Bruno cuando fue a recogerlo en medio de la carretera, una vez quitado el cepo.

La luz de la tarde andaluza que tanto gustaba a Rita, en ese momento, le estaba tiñendo de naranja los pañuelos húmedos. Estaba acostumbrada a verla desde la terraza del italiano con una copa de vino.

Una vez recompuesta siguió con el plan.

No estaba acostumbrada a un cambio manual, la mayoría de sus

coches eran automáticos, pero la preparación en las fuerzas especiales, preveía que supiera llevar cualquier vehículo y en dispares situaciones.

Relacionarse con Pedro, la mano derecha de Bruno en el circuito Ascari, no era para nada algo que le gustase, pero tuvo que hacerlo. Este, desde el primer momento, la vio como un competidor, robándole tiempo con el italiano. Desde que apareció en la vida de Bruno, se olvidaba de llamarle, se marchaba antes del circuito, ya no quedaban después del trabajo para hacer una cerveza. Todo eso se esfumó en el momento que apareció la pelirroja. Esa actitud de Pedro, no ayudaba en la situación delicada en la que estaban. Aunque la mujer sabía torear a los individuos como él.

La discusión con Pedro fue para encontrar una idea, un detalle, una pista que tenía que existir. La insistencia de la mujer, para escarbar.

Puede que fuera inconformismo, o puede que tozudez. Pedro, conocía muy bien el territorio. Le hizo pensar, hasta que la encontró.

Desde la casa de Bruno o desde el circuito, para llegar a la urbanización de la víctima, un vehículo tenía dos opciones. Primera, la carretera normal con la que se realizaba una vuelta infinita. «Casi nadie hace esta ruta», confirmó Pedro. Segunda, en alternativa la autopista por cincuenta céntimos.

El coche de Bruno, podía haber pasado por allí… o no.

Una vez recogido el coche, la mujer se dirijo a las oficinas de la gestora de la autopista andaluza en Málaga. No fue fácil obtener las grabaciones del túnel y de la caseta del peaje. Sin embargo, con su experiencia y unos euros bien empleados, las consiguió.

Volvió a la oficina donde Pedro, el gruñón, la estaba esperando.

Llegó tarde.

Aparcó y subió a las oficinas aún con las luces encendidas, satisfecha de haber conseguido la pista y ansiosa de ver lo que había dentro.

—Llegas tarde, no tengo toda la noche —la recibió Pedro

—Tu amigo Bruno puede que pase toda la vida entre rejas y ¿te quejas que llego media hora más tarde de tu horario de trabajo? —dijo la mujer plantándose delante de él cansada de sus numeritos— ¿Tienes algo mejor que hacer? ¿En serio?

Pedro juntó los labios y miró hacia los lados. Luego alargó la mano para que le diera las grabaciones.

La mujer se las dio. Este introdujo el pen Drive USB en la ranura de su ordenador y comenzaron a revisar las cintas.

Comenzaron con las cámaras del túnel.

—Rebobinamos hasta dos horas antes de la hora del asesinato. ¿A qué hora se supone que fue?

—Ayer me comentó el abogado que la autopsia estableció que la muerte tuvo lugar alrededor de las seis y media de la tarde.

Pedro buscó el punto en el tiempo. Una vez encontrado fue avanzando la imagen rápidamente.

—Voy a hacerme un café, esto nos puede llevar horas. ¿Quieres uno Pedro?

—No —contestó seco.

La mujer, a los pocos minutos, regresó con su vaso humeante.

—¿Has encontrado algo?

Él, concentrado, no contestó. La mujer lo miró de reojo, moviendo la boca de lado.

Pedro resopló, cuando algo pasó en el monitor.

—Eeeps —dijo él.

—¿Qué has visto?

Retrocedió y detuvo la imagen.

—Le tenemos, es el coche de Bruno —dijo abatido por el hallazgo.

La mujer arqueó las cejas, la esperanza de encontrar una vía de salida se esfumó.

Pedro torció la cabeza, algo le llamó la atención. Amplió la foto.

—¿Qué ves? Busca Pedro, cualquier minucia, un indicio, un detalle fuera de lugar es importantísimo —dijo la mujer al mismo momento que recobró las esperanzas.

—Hay algo que no me cuadra. Mira, la matrícula coincide, pero esto… —dijo tocando la pantalla—. ¿Has dicho que hay también las imágenes del peaje?

—Sí, las han puesto en otra carpeta.

Pedro gruñó.

Fue a buscarlas, calculó con los dedos el tiempo que tardaba un vehículo a atravesar el túnel y buscó en las cámaras de la caseta.

A los minutos, el mismo Porsche apareció en la pantalla.

—Mira, entra en la caseta número tres, fíjate no se detiene, eso quiere decir que dispone del Vía-T, cosa que Bruno no tuvo nunca —dijo y acto seguido recortó la imagen y volvió a ampliarla—. ¡Tómbola! Aquí tienes la diferencia que buscamos, está aquí mira. —Apuntó al recorte.

La mujer se acercó.

—Quien ha hecho esto, ha considerado que la policía habría cotejado las cámaras, tal y como estamos haciendo nosotros. Pero…

—¿Pero?

—Para un policía está perfecto, un Porsche 993, mismo color y sobre todo, la misma matrícula. Sin embargo, hay un detalle que no

cuadra. ¿Lo ves?

La mujer se acerca y afina la vista.

—No Pedro, ¡sorpréndeme!

—El coche que aparece en la pantalla, es un coupé y el de Bruno es un Targa.

—Me quedo igual, no tengo ni idea de lo que me dices.

—El coche de Bruno es una versión muy rara, con todo el techo de cristal que se desliza hacia atrás. Este es un techo de chapa, metálico. El impostor no consiguió un coche exactamente igual, porque es sumamente raro. ¡Fíjate!, el tío es un detallista, hasta pensó en eso.

—Qué bueno. Gran trabajo Pedro —dijo la mujer apoyando la mano en su hombro, como era de costumbre hacer con su equipo.

—No me toques —dijo él apartándose de su mano.

La mujer quedó sorprendida, pero lo respetó.

—¿Puedes hacerme unas impresiones de estos fotogramas?

El hombre no contestó y las hizo.

Las ventanas del despacho delataban que la noche había bajado al circuito y a los campos de naranjos que lo envolvía. Era tarde, pero acababan de hacer un salto importante en la investigación, cuando el celular de la mujer sonó.

Miró la pantalla, era un número fijo de Marbella.

«Quien me llama a estas horas?».

—¿Si? No, no me molesta, no estaba durmiendo. Dígame. Si ¿Cuándo? Allí estaré, por cierto les llevaré unas pruebas. No se lo puedo decir, pero les ayudará a buscar al verdadero asesino del banquero.

La mujer colgó, cogió las fotos impresas y la memoria donde se encontraban las pruebas de las cámaras y se fue. Cuando estuvo en la en la puerta se giró.

—Gracias, pero no por mí, gracias por haber ayudado a tu amigo.

Pedro hizo como si no hubiese escuchado nada y siguió cerrando el despacho. Era tarde y su gato le estaba esperando.

20

Comisaria Puerto Banús, Marbella.
Sábado, 08 de octubre
Tres días antes del hallazgo.

La luz roja.

La bendita luz roja.

Comenzó a parpadear delante de la pelirroja.

Se presentó en la comisaría de Puerto Banús con las típicas ojeras de haberse peleado con su subconsciente, naufragando por pensamientos, atormentada por sus miedos. La almohada no fue generosa con ella. Parecía que acabara de salir de la piscina, con el rimmel corrido oscureciendo sus ojeras.

El café sirvió, pero ya llevaba varias noches sin dormir acompañada de los problemas, y no de su italiano.

La comisaría olía a lejía recién esparcida.

La pequeña sala de color beige transmitía tristeza. Tantas veces en su vida interrogando criminales y ladrones, en ese momento se encontraba ella, sentada allí, en la misma situación, pero al otro lado.

Rita estuvo sola un tiempo que no pudo cuantificar, con la luz roja de la cámara apoyada en la mesa que le apuntaba. No tenía ni idea cuánto más tendrían que estar allí dentro. Sabía muy bien que era una estrategia y que las personas que aparecerían por la puerta estaban, en ese momento, al otro lado del enorme cristal tintado, observándola, sentados, con un vaso lleno de café. Sin prisas.

La silla metálica, sin cojín, se hacía cada vez más rígida e incómoda. Los movimientos de cadera y de ajustes, se reducían en el tiempo. No paraba de tocarse la cara y el pelo, luego las uñas, estuvo tentada de comérselas, pero consiguió reprimir ese instinto que eliminó en la adolescencia.

Entre las respiraciones a pleno pulmón, los pensamientos pasaban por su mente como fotogramas de una película de ocho milímetros.

De repente la puerta se abrió.

Dos hombres entraron en la habitación, los mismos que irrumpieron dos días antes en el piso de Bruno.

Rita los reconoció.

Primero iba el más veterano, luego el más joven.

En seguida entendió las dinámicas de los dos, "el poli bueno y el poli malo". Tardó poco en darse cuenta que el bueno, tenía un aire diferente al que quería transmitir a la persona que interrogaba.

—Buenos días, Señora Malatesta.

—No. No estoy casada con Bruno… y si así fuera no adoptaría el apellido de mi marido. Ya he tenido tres maridos y no volveré a cometer el mismo error.

—Ya —dijo Pedro y se sentó delante de la mujer.

Víctor, al lado del jefe, quedaba más hacia a la izquierda de Rita.

—Señora… —El jefe miró los papeles—. De Angelis, somos el inspector Valbuena y Ojeda. La hemos convocado como pareja sentimental del acusado y presente en la detención.

La mujer ya se sabía todo, pero no quiso decir nada y prefirió analizar a quién tenía delante. Ella solo movía la cabeza.

—La hemos llamado para grabar su declaración —el jefe siguió enunciando sus derechos y la legalidad de la grabación. Adoptando un tono casi de desprecio, solo porque tenía que constar en la grabación —. Por favor, indíquenos dónde se encontraba el día de los hechos.

—En casa, trabajando y esperando a Bruno.

—¿Usted a qué se dedica?

—Soy responsable de recuperaciones de objetos perdidos de una empresa suiza.

—¿Y siempre hizo este trabajo?

—¿A dónde quiere llegar?

—Pues que su pasado es turbio o más bien… complicado.

—¿Qué tiene que ver?

El jefe estuvo sacando su información más interesante justo al principio, a diferencia de la mujer que la guardaba para el final.

—Pues que podría ser cómplice del señor Bruno Malatesta.

—¿Eso creen? ¿Y por qué sigo libre? ¿Es una impresión suya? Al entrar nadie me ha esposado y si no tiene una orden judicial creo que es un farol. —«Como su capacidad investigativa» eso consiguió solo pensarlo, porque si se le hubiera escapado, habría conseguido el mismo resultado de dar con un palo a un nido de abejas.

El jefe se aclaró la voz.

—¿Sobre qué hora llegó ese día Bruno Malatesta a su domicilio?

—A la hora habitual, sobre las ocho.

—¿Le dijo algo extraño o pasó algo extraño?

—Vino a casa como cada día, la que estaba enojada era yo.

—¿Y por qué?

—Porque pensaba que me había engañado con otra mujer.

—¿Y cómo lo sabía?

—Por una foto publicada en su cuenta de una red social —contestó Rita, además explicó que fue el primer síntoma de que le robaran las cuentas personales de las redes sociales, del banco y muchas más cosas. Explicó detalladamente todo lo que pasó.

—¿Y nosotros nos lo tendríamos que creer? —dijo el jefe, desafiante.

Víctor, al lado, permanecía en silencio, escuchando y más interesado por momentos. Fue escribiendo en su libreta y arqueando las cejas, interesado, contrariado por lo que escuchaba.

—Es decir que nosotros, ¿deberíamos creer que esto de un robo de identidad ha pasado con el señor Malatesta? ¿Usted realmente cree en estas pantomimas? Y lo peor, ¿usted cree que somos tan bobos de creernos esto? —el jefe tiró un codazo a su sabueso y le provocó un garabato en sus apuntes.

—¿Has oído Víctor? Cada día ves cosas más absurdas. —Se dirigió a Rita—. ¿Sabía que el señor Malatesta solicitó a la víctima un préstamo y no se le concedió? ¿Le parece suficiente motivo? ¿Quiere ver las grabaciones?

—No hace falta, estoy al corriente de esto. Y, ¿qué pasa con las celdas telefónicas? —El jefe la mira de reojo—. Me imagino que unos inspectores tan perspicaces como ustedes habrán controlado la triangulación del móvil de Bruno. ¿Verdad?

—Ejem. —El jefe miró a su compañero, este no se giró. Se tomó un momento.—No hacen falta, las pruebas son aplastantes.

—Esto lo dirá usted, pero si hace un control riguroso, podrá realizar el trayecto de su oficina hasta su casa, coincidiendo con la triangulación de mi casa.

—No es una prueba fehaciente. Los móviles no valen como pruebas, los podría haber llevado otra persona.

—Si usted lo considera, veremos si también lo hace un jurado o el juez encargado.

La mujer pensó que era el momento de enseñar sus cartas. Cogió el bolso y extrajo un mapa, ante la cara perpleja del jefe y la interesada de Víctor.

—Les voy a hacer una premisa. —Apuntó el dedo en una ubicación concreta de la provincia de Marbella—. Miren, este punto es el domicilio de Bruno y este es el circuito donde trabaja. Para dirigirse al domicilio de Antonio Espinoza, tuvo dos opciones. La primera era dar la vuelta por la nacional y el recorrido mucho más largo sin contar el tráfico de esa hora. La segunda, pasar por la autopista y pagar

cincuenta céntimos y ahorrar casi media hora. —Rita apartó el mapa y sacó tres fotogramas en secuencia—. Esta es la foto del túnel de la autopista para llegar a la urbanización Golf de San Pedro de Alcántara.

—¿Cómo ha conseguido estas fotos?

—Aprovechando mi pasado, ¿Cómo dijo? —Pensó—. ¡Ah sí!… turbio.

—¿Sabe que es ilegal?

«No, ilegal es no hacer bien el trabajo, saco de excrementos», pensó Rita.

—No, se equivoca, usted puede dirigirse a los despachos de la autopista y, con una orden judicial para que les den validez a las pruebas, recoger las grabaciones de las cámaras. Y, tendrán los mismos resultados. —Apartó la foto y apuntó con el dedo la segunda —. En esta podemos ver el vehículo que pasó, justo una hora antes del asesinato del banquero, por el peaje. Y esta es la foto del coche de Bruno. ¿Veis diferencias?

—No me vendas la moto exespía, no va a funcionar conmigo —dijo el jefe tirándose hacia el respaldo de la silla metálica—. Además coincide la matrícula. Hablaré personalmente para ver cómo ha conseguido estas pruebas. Esto es ilegal.

La pelirroja entendió de qué pie calzaba el inspector veterano. Sin embargo, la actitud del joven inspector le sorprendió y confirmó lo que pensaba.

Víctor se acercó, las cogió en mano, las miró y las volvió a mirar.

—Estás perdiendo tiempo chaval, no encontrarás nada. Nos quiere liar.

—No, lo siento, no sé ver las diferencias —fueron las primeras palabras de Víctor y apoyó las fotos.

«Menudos inspectores, estamos en buenas manos…».

La mujer asintió con la cabeza. Enseñó a los dos Guardia Civiles la diferencia de los dos modelos de coches, aunque la matrícula fuera la misma.

—Bruno nunca pasó por allí, y es más, esta es la prueba irrefutable que el asesino quiso probar que fue Bruno quien mató al banquero. Si no, ¿para qué? Crear la prueba de un coche parecido que pasa por el túnel, sabiendo por adelantado que la policía lo buscaría y que el detalle del techo les pasaría por alto. ¡Pero a nosotros no!

Rita chasqueó la lengua, como si hubiese realizado la mejor defensa de su vida ante una platea.

—Esto no quiere decir nada —replicó el jefe con muy pocas ganas.

La cara de la mujer era entre cansada y poco sorprendida

—Bueno, se lo repito, esto lo dictaminará un juez —concluyó, recogió las fotos y las volvió a meter en su bolso francés.

Víctor contrajo los labios y miró de reojo al jefe. Este entró en modalidad ofendido y atacado por alguien que no era del gremio, dejándole en evidencia.

—¿Me permite quedarnos con las fotos?

La mujer abrió los ojos, como nunca los tuvo en toda la declaración. Sorprendida, sacó las fotos y se las entregó mirándole a los ojos. Él las cogió devolviendo la mirada. Se entendieron, no hizo falta palabra alguna. El chico contestó con un guiño, del ojo izquierdo, contrario al lado del jefe, para que solo la mujer lo viera y entendiera.

Entonces Rita, para disimular, se dirigió al jefe.

—Estáis en un carril equivocado y en dirección contraria. Os aviso, el verdadero asesino está allí fuera y pienso cogerlo, sea quien sea.

—Mire, le voy a decir yo lo que tiene que hacer. Quédese en su piso de ricachón que tiene su novio. Vaya bebiendo cervezas frescas mientras espera el juicio. Es más, le iría diciendo que se vaya creando una cuenta en Tinder para buscarse un amante, ya que su novio se va a quedar mucho tiempo en la cárcel de máxima seguridad —dijo el jefe con aire de soberbia, y concluyó—. Por cierto, que sepa que no puede ir a ninguna parte sin avisarnos.

Rita se fue de la sala con un sabor agridulce. Por haber perdido el tiempo con la declaración, pero con la única esperanza depositada en el joven inspector. Este, parecía tener una visión de la justicia menos simplista y más crítica. Su instinto femenino le daba buenas vibraciones.

21

Penal de Alhaurín de la Torre, Marbella.
Sábado, 08 de octubre
Tres días antes del hallazgo.

Amenazaba lluvia.

El cielo reflejaba el estado de ánimo de Bruno. Tapado, oscuro, con relámpagos en la lejanía.

No podía ser menos.

Llevaba dos días en la cárcel, le parecían una eternidad, pero nada en comparación con lo que le podía esperar si el juicio se torciera.

Echaba de menos a Rita, su cabello rojizo, sus besos. Las copas de vino en la terraza viendo el atardecer y las luces de los barcos, como estrellas caídas en el oscuro mar mediterráneo.

Se encontraba en un sueño, en una pesadilla ambientada en el infierno.

Comenzaba a entender las dinámicas de la cárcel, sus reglas jamás escritas, las jerarquías y, sobre todo los peligros.

El patio se abría delante de él.

Se encontraba sentado en una grada de cemento. Enfrente, el baile de las jerarquías de la cárcel, los clanes y las actividades se enlazaban. Se acordó de su padre, que siempre le decía lo mismo.

«¿Qué trabajo haces papa?».

«Yo me dedico a observar.».

Desde lo más alto de la grada, veía cosas que desde abajo no se verían. De la misma manera que un águila observa su presa, el campo donde ataca, encaramado en la punta de un árbol, estudia.

Bruno estudiaba.

Determinaba caracteres, comportamientos y a los presos cabecillas, para evitarlos.

El patio estaba dividido en varias áreas, donde los reclusos hacían pesas, jugaban a baloncesto, mesas estilo picnic para relacionarse y, en el perímetro, un carril para caminar en círculo. Como hámsteres,

en una rueda.

Tenía miedo.

A los demás se lo podía esconder e incluso fingir, pero a él mismo no podía.

Salir de la zona de confort nos provoca miedo. Pero entrar en un lugar tan complicado y violento nos puede congelar, apabullar. Bruno era fuerte, de situaciones más complejas supo salir. Sin embargo, esta no la dominaba él y las esperanzas eran pocas. Todas las pistas apuntaban hacia él, cosa que le quitaba el sueño. Pero lo que le arrebató la esperanza fue la actitud del abogado. El mismo que creía que podía ser el mejor de la zona, había bajado los brazos para coger el camino menos sinuoso y más fácil. Eso le impedía dormir.

Cerró los ojos. Levantó la nariz para oler el aire. Su nariz no percibía ningún matiz, parecía que el aire estuviera estéril, como el de un hospital, sin color, sin matices, sin esperanza.

Siguió con los ojos cerrados, pensando en su sexto sentido, pero como siempre nunca venía cuando él lo necesitaba, aparecía cuando era el momento.

Se acordaba de ese extraño poder solo cuando estaba apurado, nunca en un momento de tranquilidad. Quizás por eso no venía, porque cuando llamas a un amigo solo cuando lo necesitas, la relación se deteriora.

Se prometió trabajarlo, un regalo de la naturaleza como ese no podía desaprovecharlo. En ese momento se dio cuenta que tenía que escarbar en su interior para domar su bestia.

El ruido de los presos no le permitía concentrarse, ni siquiera para meditar. Permaneció con los ojos cerrados y la nariz levantada oliendo hasta que alguien por detrás le llamó.

—Italiano, ¿qué haces aquí?

—Hola Narcís.

Era el hombretón de ciento y pico kilogramos, que dormía encima suyo. El que roncaba como una locomotora, lleno de tatuajes, cubiertos de vello, igual que un oso.

—Nada, respirando, tomando el aire.

—Ya. Me refería a ¡qué narices hace tú aquí dentro!

A Bruno le salió una sonrisa cínica.

—Por un error.

—Todos dicen que están en este lugar por un error. ¿Qué te ha pasado italiano?

Bruno le miró a los ojos, el espejo del alma, tenían un fondo bueno, que rompían con la imagen externa de bruto y de duro. Sintió que podía confiar, al final tener alguien con quien hablar le habría ido

bien en ese lugar inhóspito.

—Alguien ha robado mi identidad digital.

—¿Solo por eso? Cuando los políticos o banqueros hacen más fechorías y nunca entran aquí dentro. ¡Bah!, no te preocupes, ya saldrás pronto, ¡estás en España! —finalizó levantando un brazo.

—Hay algo más. La misma persona mató a un banquero poniendo mis huellas y haciendo parecer que he sido yo.

—Carai, ¿qué le has hecho a este tipo para tenerte tanta rabia?

Bruno se quedó reflexivo.

—Y tú, ¿qué has hecho Narcís?

—Pues mira, me recuerda mi historia, mi exmujer me ha despojado de todo, como un pollito, de todos los bienes. De hecho, la muy zorra y su joven amante. Así que envié unos amigos del puerto de Barcelona a matarlos y solo pudieron cortarle el cuello al amante. Así que mi mujer se ha quedado con mi pasta, sin el amante y yo en la trena para casi veinte años.

—¿En serio enviaste unos matones a matar tu exmujer?

—Claro. ¿Y sabes lo peor? ¿Lo que realmente me arrepiento?

Bruno zarandeó la cabeza.

—Que no fui lo suficientemente valiente de hacerlo yo, sino ahora estaría yo en las Bahamas con la pasta y tirándome a mi profesora de tenis.

La sirena del patio sonó, creando un eco en las paredes. La hora del aire se había acabado.

—De todas formas, italiano, si necesitas cualquier cosa, yo lo consigo todo del exterior. Cigarrillos, droga, preservativos, masajes… —El hombre guiñó el ojo a Bruno, este hizo una tímida sonrisa.

Se levantaron, atravesaron el patio y antes de entrar en el edificio Bruno se paró, volvió a mirar el cielo nublado que reflejaba su estado de ánimo e inspiró otra vez aire estéril.

Se resignó, descartó que fuera el aire, lo más probable era él que no estaba predispuesto a notar los matices de ese aire, todo era muy reciente.

Entró, siguiendo la cola de prisioneros que marcaban el camino.

22

Penal de Alhaurín de la Torre, Marbella.
Sábado, 08 de octubre
Tres días antes del hallazgo.

Consiguió una visita.

La pelirroja, pasándose como ayudante de Cristian, el abogado, consiguió una visita con el cliente.

Las visitas pasaban por un pasadizo externo vallado que daba a un área del edificio de reclusión. Los presos conocían las horas de las visitas y se entretenían viendo a las personas.

Al paso de la mujer los silbatos ordinarios y las numerosas apreciaciones salían de las ventanas.

Rita miró hacia el otro lado y aceleró el paso. Sintió vergüenza, entendió que era el peaje que tenía que pagar.

Se encontró con Bruno en la misma habitación. El italiano tenía menos ojeras, barba de varios días y pelo desordenado.

El frío cristal que los separaba partía en dos sus corazones, ya puestos a una dura prueba por la situación.

—¿Cómo has dormido esta noche?

—Resignándome del motero que tengo encima, que ronca más que una Harley Davidson.

La mujer movió los labios en un intento de sonrisa.

Los dos tenían las palmas apoyadas en el cristal. Con el pasar de los minutos, el calor de las extremidades comenzaba a calentarlo y sentían la energía del otro.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Hemos ido a buscar tu coche, se encuentra en el circuito, en los boxes.

—Gracias. Pedro, ¿se porta bien contigo?

—Bueno… —La mujer miró hacia el suelo—. Digamos que sí. Ha encontrado un detalle importante.

La pelirroja explicó con fotos el detalle de Porsche impostor que pasó por la autopista.

—Ves, ya te dije que saldré pronto. ¿Se lo has dicho y aún me tienen aquí dentro? ¿Cómo puede ser? Es un complot hacia mí —dijo levantándose.

—Por favor, Bruno cálmate y siéntate.

—¿Cómo puedo calmarme si mi abogado no hace lo que tiene que hacer? Y mi novia encuentra las pruebas y la policía no se las cree. Porque está claro, si se las creyera, yo estaría fuera de aquí. ¿No te parece? Creo que no has insistido bastante, no lo haces porque no estás tú aquí dentro, sino no pararías de buscar cosas para hacerme salir.

—¡BRUNO! —gritó la mujer retumbando en las paredes de la pequeña habitación como una explosión de dinamita—. ¡Siéntate!

Se sentó, sorprendido.

—¿Crees que para mí venir aquí es un plato de buen gusto ? Pasar delante de las ventanas con esos energúmenos gritándome y haciéndome señales obscenas. Sin dormir pensando en ti y en cómo estás, ¿antes de entender cómo estoy yo? ¿Crees que es fácil explicar en suiza qué hago sin poder estar pendiente de los casos sin teletrabajar? ¿Crees que es fácil ver que puede que no saldrás más de aquí? ¿Crees que es fácil saber que soy la única persona que cree en ti y en tu inocencia? ¿Crees que todo esto es fácil, Bruno?

El italiano la miró sin poder articular una palabra, mientras ella le devolvía una mirada felina, jadeando.

—Te lo diré claro y sincero, tal y como están yendo las cosas, necesitamos que alguien nos ayude, o no vas a salir de aquí. ¿Me entiendes?

Bruno se quedó callado sin entender.

—¿Quién?

La pelirroja levantó una ceja.

—No te entiendo.

—¿Quién podría ayudarte en este momento?

Bruno levantó los hombros, seguía perdido. Luego se encendió una idea, un recuerdo, una luz que iluminó la oscuridad de su perspicacia. Entonces arrugó las cejas.

—No. En absoluto —dijo moviendo la cabeza—. No le vas a pedir ayuda, todo menos eso. En absoluto, sería la última cosa que haría, antes me quedo dentro.

—¿Tan egoísta eres al no pensar ni siquiera en mí? Y ¿tan orgulloso de no pedir ayuda a una de las personas más expertas y que puede sacarte de aquí?

Bruno zarandeaba la cabeza mirando hacia el suelo.

—No, no en absoluto.

La mujer curvó hacia arriba sus labios, decepcionada.

Se levantó y le dio la espalda.

—Guardia. Hemos acabado.

—Rita, por favor, entiéndeme. Siéntate, por el amor de Dios.

Ella ni siquiera se giró. Esperó que la puerta se abriera.

Él se levantó.

—Por favor, amor, perdóname, estoy confundido, estoy cansado, no sabes qué es vivir aquí dentro. Por favor perdóname.

—Hasta pronto Bruno —concluyo la mujer sin mirarlo y desapareció detrás de la puerta.

Bruno quedó helado, se le cerró la garganta y apareció un dolor en el pecho. Comenzó a darse cuenta de muchas cosas, bajaron unas lágrimas de miedo. Sus ojos rojos abiertos como platos, no podían creer lo que acababan de presenciar. Pero la peor noticia era que no estaba soñando, todo era verdad y que la situación se estaba empeorando por días, con el agravante que estaba encerrado, sin poder hacer nada, y el juicio se acercaba.

23

Comisaria Puerto Banús, Marbella.
Sábado, 08 de octubre
Tres días antes del hallazgo.

Las pruebas las tenía delante.

No se trataba de instinto, sino de cordura, de sensatez, de espíritu crítico. No se sentía un superinspector, solo una persona que se esforzaba cada día más.

«Las apariencias engañan», le recordaba siempre su abuelo.

El día que vio por primera vez la película de Star Wars y el personaje de Yoda, fue un flechazo. Todos querían ser Luke Sky Walker, pero él no. Él quería ser el gran personaje de la fuerza, el pequeño y verde hombrecillo. El insulso personaje que nadie daba un duro por él y te levantaba aviones, fuente de la fuerza y con un gran interior fruto de la experiencia.

Cuando los parientes le preguntaban: «Víctor, ¿qué quieres ser de mayor?».

Él contestaba que quería ser un Jedi como Yoda. Luego entendió que no había en el planeta Tierra una escuela para eso, así que con el tiempo se le fue de la mente, pero no de su espíritu. Hasta que en la selectividad tuvo que tomar una decisión.

Las vivencias marcan nuestro presente y encarrilan nuestro futuro.

La muerte de su abuelo por un atraco en su casa, marcó esa elección y su rumbo.

Él siempre le decía: «Sigue tu corazón, nunca fallarás».

Los ladrones que en una lucha mataron accidentalmente a su abuelo, escaparon con los objetos más preciados de su humilde casa.

A las pocas semanas un inspector de la policía, un hombre bajito y mal cuidado, sacó de su escondite a los maleantes culpables de que Víctor perdiera su faro.

Quedó enamorado del hombre, pero más aún de su trabajo y de su astucia. Lo tuvo claro.

Pero a pesar de haber encontrado su camino, lo que más le dolió

fue que tuvo que morir su abuelo para saber qué hacer con su vida.

El juego de la vida es así, reparte las cartas en el momento que cree oportuno.

Entonces entraron las dudas cuando cursó la academia de policía. Todo era nuevo. Los que le rodeaban eran mucho más inteligentes que él, de linaje y astutos. Nunca habría superado las pruebas, hasta que se acordó de su abuelo. Para ser el mejor tenía que esforzarse mucho más que los demás, ya que él no tenía tanta inteligencia.

Fue uno de los mejores de su promoción. Su secreto fueron las horas de estudio, leer más que nadie y creer en sí mismo. Se perdió las fiestas universitarias, pero destacó fuera de ellas.

En ese momento, sentado en su escritorio en la comisaria, tenía delante las pruebas que trajo la pelirroja, en una carpeta. Miraba la pantalla del ordenador buscando información y buceando en internet.

—¿Qué haces? —preguntó el jefe

—Papeleo.

—¿Te queda mucho?

—Nada, creo que media hora y listo.

—Vete a casa pronto —dijo cogiendo la americana—. Nos vemos mañana.

El joven inspector saludó, levantó la mano sin decir nada más.

Sintió un alivio al marcharse el jefe, sintió libertad de hacer y de investigar realmente. Era una sensación que le oprimía en el pecho que, como por arte de magia, se esfumó.

El espacio abierto quedó desierto. Una chica al otro lado de la sala con el monitor abierto y él con toda la libertad que necesitaba. Nadie le preguntaría, ni le pediría explicación. Justo lo que necesitaba, el mejor momento del día.

El jefe creía que se iba en seguida, o por lo menos eso era lo que Víctor siempre le decía.

Abrió la carpeta de las pruebas y las puso encima del escritorio. Las fotos de la pelirroja eran claras, solo un miope no las vería ahora que estaban ampliadas y explicadas.

«No hay peor ciego el que no quiere ver. Solo un experto sabría ver estas diferencias. Seguramente yo habría caído en la trampa. No tenía idea que un coche tuviera estas peculiaridades», pensó.

—Aprende Víctor, aprende.—se dijo tocándose la cabeza.

Entonces se levantó.

—Clara, ¿quieres un café?

La mujer al otro lado de la sala sin decir nada levantó el brazo y movió el índice en signo negativo.

Se dirijo a la máquina, se sacó uno y volvió a la mesa. Movió el

ratón del ordenador e introdujo su clave.

En la pantalla aparecía un informe policial de hacía años de un asesinato en Gerona, donde por casualidad aparecía el nombre de Bruno Malatesta. Acabó leyendo todo el informe. Al final, el nombre de un inspector, un tal Jordi Roca.

Víctor se tiró hacia el respaldo, se rascó la cabeza y miró el reloj.

Era tarde.

«Bueno, el no ya lo tengo. Probemos».

Marcó el número de la comisaría de Gerona de los Mossos de Esquadra.

Pidió hablar con él, la mujer que contestó creía que había salido, aún así le pasó la llamada a su escritorio.

El teléfono sonaba, primer tono nada, segundo tampoco. Pasaron cinco y alguien contestó justo cuando iba a desistir.

—Roca.

El joven investigador se tiró de golpe hacia delante y casi se vertió encima el café.

—Ho hooola ¿Inspector Jordi Roca?

—Intendente Roca.

—Disculpe, en el informe del asesinato salía usted como inspector.

—¿Asesinato? ¿Cuál de los muchos que he seguido?

—Ehhh. —El joven buscó el número de expediente

—Mire no sé quién es usted pero me ha encontrado de milagro, me tengo que ir ¿puede llamarme mañana?

—Ah sí, sí. Disculpe, soy el inspector Víctor Ojeda, de la Guardia Civil, comisaria de Puerto Banús, por favor ¿puede concederme dos minutos de su tiempo?

—¡Dos! Ni uno más —dijo resoplando.

—Sí, claro. En el informe que redactó del asesinato del Señor Antonio Iriarte, aparece el nombre de Señor Malatesta. ¿Usted…?

—Bruno Malatesta, sí. Ahora me acuerdo del caso —Jordi cortó al joven—. ¿Qué le ha pasado a Bruno?

—Se encuentra en la cárcel por ser el presunto asesino de un hombre y por el intento de homicidio de una mujer.

—¡Imposible!

—¿Cómo dice?

—Lo que has oído compañero, imposible que Bruno esté implicado en tales sucesos. Le he conocido en unas situaciones poco ortodoxas y aunque fueron pocos días, apostaría lo que fuera que estáis en la pista equivocada.

El joven subió las cejas.

—¿Está usted tan seguro?

—Apostaría mi placa —dijo el Mosso de Esquadra, tajante—. ¿Algo más? ¿Estás casado?

—No yo… no, Señor Roca.

—Bien, entonces te tengo que colgar, si necesitas algo más me encontrarás en horario de oficina. Bruno no es un tipo de matar, te lo aseguro.

—Gracias por su tiempo.

—Por cierto, no cometas mi error, no te cases. ¡Sé listo! —Y colgó.

El joven miró con una sonrisa maliciosa a la compañera al otro lado de la sala.

Se apoyó en el respaldo, miró las pruebas, levantó los brazos y los estiró hacia arriba.

Se acordó de las palabras de la mujer: «Robo de identidad».

Levantó las cejas y, por momentos, se lo iba creyendo más.

«La gente quiere eso, vivir tranquila, o por lo menos que lo crea.» «¿Qué quieres hacer, perder el tiempo buscando un asesino que no existe? El verdadero está ya entre rejas», recordó también las palabras de su jefe.

Miró la pantalla, buscó en el navegador el tema, internet estaba repleto de casos. No era ciencia ficción.

Algo le olía mal, y no era él, era la situación.

24

Marguerita de Angelis.

Alias Rita.

Pasó por muchas situaciones en su vida, ninguna como esa.

Aparcó el Aston Martin en el parquin subterráneo del apartamento donde residía con el italiano. Cerró el coche y se dispuso a subir por el ascensor. Apretó el botón redondo de la planta y se puso en movimiento.

A los pocos segundos una presión en el cuello le hizo razonar, el instinto hizo apretar el botón del entresuelo. Las puertas se abrieron en el acto.

Salió, necesitaba aire.

Atravesó la zona ajardinada de la urbanización, un pequeño camino de tierra y llegó delante del mar.

El sol había acabado su jornada y ya se estaba refugiando detrás del horizonte para descansar. Las nubes rosas del cielo parecían algodón de azúcar. El salitre entraba en los pulmones junto al olor de pinos marítimos que decoraban la zona.

Era lo que necesitaba, paz. Alejarse del ruido, de la situación que estaba atravesando.

Se quitó los caros zapatos y los puso en el bolso.

La arena comenzó a realizar su terapia en las plantas de los pies, un suave masaje. Sin prisa, sin rumbo. Solo Rita y sus pensamientos.

La situación parecía que le superaba. Su cabeza, ya desentrenada, le había tendido una trampa, pensaba que nunca se había encontrado en una situación tan complicada.

«Cuando me equivoco, me dejo influenciar por mis propios miedos».

Las olas del mar, un sonido continuo y delicado, crearon un mantra, como una meditación que apaciguaba la mente. Caminar calmaba las ideas y el sistema linfático. Era justo lo que necesitaba.

La mente le quería engañar, como que lo que estaba viviendo era tan grande que no podía superarlo. Le inyectó miedo, la sensación que era mejor escapar de eso y volver a Suiza, en su territorio, en su zona de confort.

Pero el paseo comenzó a hacer efecto.

Se acordó de las operaciones peligrosas en los agentes secretos, por medio mundo, donde en numerosas ocasiones estuvo a punto de perder la vida, pero siempre salió victoriosa.

Se acordó del "vía crucis" de atravesar tres divorcios, de tres hombres violentos.

Se acordó de la enfermedad de su padre, que la llevó al extremo de la compasión y paciencia.

Relativizar.

Tampoco era tan dura la situación en la que estaba metida.

Guerras peores y más complicadas había superado.

«¿Por qué me dejo abatir por esto? Cuando yo soy capaz de mucho más», pensaba y se enfrentaba a sus miedos con la misma dosis y un poco más, para contrarrestarlo.

«Si el destino me ha puesto este problema en mi camino es porque está convencido de que puedo superarlo», se decía mientras se paraba mirando el horizonte.

La noche estaba desalojando los últimos resquicios de luz que quedaban.

La luna y las farolas en los bordes de la playa, mostraban las dulces dunas de la arena.

Siguió hasta encontrar una piedra donde sentarse, no dudó en arrugar el vestido que llevaba. Apoyó el bolso y se centró en las olas que rompían el silencio.

La paz comenzaba a entrar en su estado de ánimo, acallando los miedos y las inseguridades. Cogió la situación por el mango.

El paso siguiente era entender qué hacer. La próxima jugada.

Bruno, testarudo y cegado por el orgullo, no podía razonar con tranquilidad. La situación y el lugar donde se encontraba le impedían ver la realidad y, lo más probable, el camino correcto.

Lo acabó de entender. En esa tesitura, ella tenía que tomar una decisión por los dos. Arriesgada, pero firme. Contempló qué podría salir mal, pero era el riesgo intrínseco de tomar una decisión.

«No tomar ninguna decisión, ya es tomar una decisión».

Tenía que tomarla por Bruno, por ella, por la pareja.

Lo aceptó y se convenció.

Miró por los últimos momentos el mar, lo escuchó. En breves momentos se levantaría y arrancaría el plan. Consciente que quizás serían los últimos momentos sentada contemplando, los saboreó más, incluso fueron los más apreciados.

Suele ser así, los últimos minutos del masaje son los que más sentimos.

Se levantó y a paso tranquilo, marcó en la arena las huellas en el

sentido contrario a las que había dejado.

Entró en casa, apoyó el bolso. El rastro del paso de la policía seguía presente, pero ni siquiera lo vio, estaba centrada en el plan.

Sacó su ordenador, abrió la aplicación de los mapas y de las vistas del satélite. Buscó la dirección, pero no la encontraba. Entonces intentó recrear el camino que hicieron, del hotel hasta el domicilio, con esfuerzo y después de muchos intentos, lo consiguió. Habían pasado varios meses y no conseguía enfocarlo con exactitud. Un puente. Una autovía. Algunos detalles y el jardín delante del domicilio fueron determinantes.

Apuntó el dedo en la pantalla.

Tenía la dirección.

Acto seguido buscó en todos los motores de búsqueda hasta encontrar un teléfono del domicilio, no le parecía verdad.

Sacó del bolso su teléfono móvil y marcó el número.

Un hombre contestó al tercer tono. La sonrisa tomó el control de las facciones, hacía varios días que no lo hacía.

Se presentó, el hombre le saludó. Ella explicó la situación y que necesitaban su ayuda. Era urgente, muy urgente. Se cambiaron los números de teléfono móvil. Y colgaron.

El paso se había realizado, ahora era solo esperar. La providencia se encargaría del resto.

Se acostó en el sofá y se quedó dormida. La despertó un tono del celular.

Lo cogió y miró la pantalla. El mensaje decía:

«Mañana estaré en el aeropuerto de Málaga a las 10:30. He encontrado un asiento en el primer vuelo. Nos vemos mañana… gracias».

25

En algún lugar de España.

El día del hallazgo.

Siguió leyendo.

Cuanto más avanzaba páginas, más se sorprendía.

Al principio pensó que las líneas estaban escritas con tinta, con un bolígrafo común, pero pronto se dio cuenta que la verdad era mucho más profunda, rebasaba lo que veía en esas páginas. Páginas de dolor, de actos desmesurados nutridos por la esquizofrenia, por la inaceptación, por la soledad.

Se trataba de un diario, pero no uno normal, algo que nunca vio y que, sintió que ojalá nunca hubiese leído.

La mujer retrocedió unas páginas. Las referencias de los membretes denotaban una obsesiva precisión por dejar constancia de todo, en los días concretos.

Nada al azar, ni nada a los recuerdos, todo tenía que ser escrito.

«Estoy en mi cama. Piernas cruzadas. Antes de dormir, música relajante e incienso. Pienso y escribo. Vacío la mente y los recuerdos, para dormir y limpiar. Mañana puede que desaparezcan o se ofusquen, que la niebla del paso del tiempo, pierdan definición.

Estoy en un motel. Nadie sabe que estoy aquí, ni mi madre, solo el mentor.

He puesto todo en orden hace días, tengo todo bajo control. Esta mañana he concluido con la primera parte del plan. Me he colado en el apartamento del objetivo, una vez que la intrusa pelirroja se fue a hacer la manicura y la compra. Cada viernes lo hace, es tan previsible la gente común que los juegos de consolas son más difíciles.

He colocado los micrófonos, las cámaras y lo más importante, he recogido las huellas y materia orgánica de él.

En el lavabo, importante, y en la cocina. Pero los tesoros de verdad están en otro lugar, donde nadie piensa, donde todos subestiman.

La basura.

Los residuos que tiramos en una vulgar bolsa, eso es un supermercado de información y un almacén de materia orgánica de los individuos.

En la basura puedes saber qué come, qué productos usa, qué medicamentos tira y qué problemas ha tenido. Si usa drogas, qué tipo de café. Si practica sexo, cuantas veces a la semana y si con la misma persona. Los papeles que tira, si visita cines o museos, o tiene problemas alimenticios.

Si divide la basura en tipología o tira todo en la misma.

Todo.

Todo pasa por la basura».

La mujer se sintió identificada.

Levantó la vista al ambiente en el que estaba. Se dirigió a la cocina. En orden, como si nadie viviera allí desde años. Olor a cerrado, a mustio, a cocina de segunda residencia el primer día de verano.

Los agentes de la científica buscaban las huellas del individuo.

La mujer sacó un pañuelo y abrió la nevera. Las gomas de la puerta hicieron un intento de crujir, por rígidas, por viejas. Al abrir la puerta, la luz y el fresco salieron de la mano, junto al mismo olor que tenía la cocina, a cerrado y a comida putrefacta.

La nevera de los años setenta, contenía alimentos de los años setenta.

«¿Cómo se alimentaba este tío?», pensó la mujer.

Una botella de leche hinchada a punto de explotar por la fermentación interna, se encontraba en el estante de la puerta.

Verduras que se habían deshidratado por la exposición al frío.

Bandejas de platos precocinados industriales, caducados desde hacía meses.

Unos botes de cristal. Comprados con mermeladas y reciclados. Líquido transparente en su interior y con pequeños huesos, que daban la impresión de ser humanos.

La mujer los miró con desdeño, con asco, subiendo los mofletes y alargando la boca hacia los laterales.

Cerró el electrodoméstico y abrió las despensas. Estaban llenas de conservas y productos panificados secos.

Luego se dirigió hacia la pila y tiró de la puerta que justo se encontraba debajo.

Fue como pensaba, la sorpresa y la incongruencia se interseccionaban en ese espacio.

El cubo de la basura se encontraba vacío, ni un rastro de nada.

El tiempo le apremió y decidió tirar los residuos, sin embargo se acordó del diario de los pensamientos, fechorías y del plan.

Regresó al dormitorio, donde se encontraba el escritorio y la librería.

Abrió el diario y siguió leyendo.

«A veces he tirado cuerpos desmembrados, en pequeñas dosis en la basura y nadie se ha enterado.

Es secreto está en la dosis. Todo es cuestión de las cantidades».

La mujer se dio cuenta de que esa parte que estaba leyendo era importante porque fue escrita en rojo.

«Las drogas no son malas, es la dosis que te engancha o te mata.

Las balas no son malas, es la velocidad disparada por las pistolas, que las hace mortíferas.

Matar de vez en cuando, te hace invisible, solo si matas demasiadas veces.

Y, por supuesto, si tiras pocas cantidades de cadáveres en la basura, entonces nadie tiene la probabilidad estadística de encontrarte. Nadie. Y yo lo he comprobado».

La mujer tuvo un momento de desvanecimiento, la presión sanguínea bajó su intensidad. Se sentó, se sentía segura en la cueva del asesino porque estaba rodeada de fuerzas de la policía, si no hubiese sido así, habría tenido un desmayo por miedo, por auténtico y profundo pavor al individuo que por suerte no lo había llegado a conocer.

26

Aeropuerto de Málaga.
Domingo, 09 de octubre
Dos días antes del hallazgo.

Treinta minutos seguidos.

Eso fue lo único que consiguió dormir Rita, en el sofá esperando la respuesta. El resto de la noche fue insufrible, los nervios por el paso dado no le dejaron dormir. Desafió a la mente y a sus miedos y recibió como respuesta ansiedad e insomnio. A pesar de eso, sentía que estaba en la vía correcta.

Se preparó el café y el desayuno habitual, un batido proteico a base de fruta.

Pasó por una ducha bien fría y se vistió. Cogió el Aston Martin descapotable y se dirigió hacia Málaga.

Iba bien de tiempo pero la tensión comenzó a hacerse sentir. Venía una persona muy importante y los nervios comenzaron a ceder.

No se reconocía. Ella, que había superado pruebas más titánicas, se plegaba delante un momento así.

Comenzó a temblar.

Se dio cuenta que sus respiraciones eran irregulares y cortas.

Respiró profundo. Una y otra vez.

La carretera se encontraba con poco tráfico. Vio un área de servicio y se detuvo. El cuerpo reaccionaba a su manera, necesitó ir al servicio. No entraba en sus planes si no era extrema la situación y esa era una de esas.

Retomó la carretera y, más tranquila, fue directa al aeropuerto.

Aparcó el coche y se dio cuenta de que no se acordaba de su cara.

«¿Le reconoceré entre tanta gente?».

Entró en la terminal y miró el panel de las llegadas internacionales. El vuelo era puntual, aterrizaba en diez minutos, como estaba programado.

La terminal presentaba más actividad de la habitual, tenía que haber algún evento en la ciudad que vinieran tantos turistas. Era muy probable que el vuelo estuviera lleno. El billete le tenía que haber costado las ganas, pero era necesario y sobre todo urgente.

"Llegado".

Apareció en el tablero. Los nervios subieron de pronto, más que cuando se detuvo en el área de servicio.

Volvió a controlar la respiración. Desconocía la fuente de tanta ansiedad.

Los viajeros salían de la puerta automática después de recoger las maletas.

Se abrazaban amigos, familiares. Viajeros con sacas de Golf, recogidas por personas con carteles con sus nombres.

Ella no lo pensó, podía haberlo hecho. Pensándolo bien le pareció una falta de respeto, como si se hubiese olvidado de su cara. De hecho, era verdad.

Detrás de un grupo de turistas le pareció ver una cara familiar.

«¿Es él? ¿Y si me equivoco?».

La persona cruzó la puerta y se separó de los otros turistas. La mujer lo miró, el corazón se detuvo, tenía que ser él.

El hombre la miró y clavó sus profundos ojos en ella. Él la reconoció, la mujer no se había equivocado. Al mirarle se acordó del enorme parecido que tenían.

Los dos sonrieron y se acercaron.

El hombre era de media estatura, tejanos y un polo azul de mangas largas con una chaqueta negra de media estación. Una persona como muchas, con el arte de pasar desapercibido. Una maleta a forma de saca en la mano izquierda y en la derecha un periódico y una libreta negra. Pelo corto y espeso, casi militar. Negros bigotes y una expresión compleja. Transmitía seguridad, carisma. Pero sobre todo, sus ojos escaneaban el mundo a una velocidad superior a la normal.

—Rita —dijo él cogiendo con la izquierda los objetos de la derecha y con esta acercándosela.

—*Commissario* —contestó acercándose para darle un abrazo—. *Commisario Malatesta.*

El hombre no se lo esperaba y tuvo un momento interdicto, cuando reaccionó también la abrazó.

—Gracias por haber venido.

—Gracias a ti por haberme llamado, por un hijo se hace esto y más.

Se separaron y se miraron a los ojos.

—¿Tomamos un café? Lo necesito —dijo el hombre.

Se sentaron en una cafetería de la terminal. El líquido negro vendido por café provocó una mueca en el rostro del Comisario, debido a su acidez y una torrefacción equivocada, demasiado rápida.

La mujer optó por un té verde. Después de preguntas banales para romper el hielo, sobre el tiempo o el viaje, la mujer amplió la información adelantada la noche anterior por teléfono. Se explayó, entró en detalles importantes, tal y como solicitó el padre de Bruno.

Tomó otro café, atento y apuntando en la libreta toda la información que podía. Juntaba frases con flechas y recuadros con preguntas. La investigación del Commissario Malatesta había dado inicio.

La primera pregunta descolocó a la mujer.

—Rita, ¿y tú cómo estás?

La mujer se detuvo, pensó y se tapó la boca con una mano. Se derrumbó de una forma casi imperceptible. El hombre lo vio y acarició la mano de la mujer. Esperó el tiempo que necesitaba, no había prisa.

—No me esperaba esto.

—Dice mucho de ti, que te hayas quedado.

—Era lo que tenía que hacer.

—¡No! Es lo que has elegido hacer —confirmó mientras le acercaba una servilleta—. Esto dice qué tipo de mujer eres.

Hubo un silencio, cómodo, sin prisas, los mismos que te conceden los amigos en momentos de confesión.

El Comisario era uno que no juzgaba, observaba y reflexionaba. Para todo, para todos, menos para su hijo. Habían pasado muchos años del cisma que tuvo su familia, pero la sangre que llevaba Bruno era la misma del padre y no podía mirar hacia otro lado. Él, que ayudó a media provincia de Modena cuando resultó estar en apuros, no podía no acudir a ayudar a su propio y único hijo.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó él.

—Que es un malentendido, un cambio de persona. Bruno nunca haría eso, es más estuvo conmigo esa noche.

—Eso me lo imagino.

—Ya. Pero la policía no se lo cree, sin embargo hay un inspector joven que parece investigar el asunto.

—Entonces entiendo que hay quien no quiere averiguar más lo de Bruno —dijo él arrugando el entrecejo y apuntando en la libreta.

—Exacto.

—Creo que será nuestra segunda visita.

—¿A quién te refieres?

—Al inspector recién llegado. ¿Tiene un nombre?

—Víctor Ojeda. ¿Cómo sabes que es recién llegado?

—Hay dos tipos de inspectores, los eufóricos por contribuir a que el mundo sea mejor y los que el sistema engulle para que nada cambie. Imagino que…Víctor es del primer grupo.

Hubo un silencio.

—Bien. Visitaremos esta noche a Víctor, antes de que entre en casa.

—¿Cómo? ¿Puedes hacer eso?

El Comisario, que estaba escribiendo, miró a la mujer por encima de las gafas.

—En teoría ni siquiera podría estar aquí, pero de perdidos al río.

—¿Dónde conseguiremos la dirección personal de un inspector?

—Eso lo consigo yo, aún tengo amigos en Madrid.

El Comisario miró la libreta, repasó los apuntes, dio el ultimo trago al café y levantó la cabeza, se quitó las gafas y preguntó:

—Si me dices que Bruno, por lo que le conoces es una buena persona. ¿Quién quiere enterrarle durante veinte años en una prisión de máxima seguridad? ¿Quién puede ser tan maquiavélico o incluso tan rencoroso? Me cuesta entender que la rueda del azar haya parado encima de Bruno. —La mujer levantó los hombros—. En casi cuarenta años de profesión en la policía en Italia, jamás he tenido un caso donde tuve que doblegarme y admitir que la mera voluntad del azar fue el factor determinante de un caso. Siempre hay un motivo o un pasado que vuelve y derrumba la puerta del presente.

—Puede que alguien que tiene muy cruzado a tu hijo.

El Comisario movió la cabeza asintiendo lo que acababa de decir Rita. Luego cerró la libreta y concluyó.

—Podemos ir, ahora tengo el cuadro de la situación completo.

Los dos se levantaron y, una vez en el coche hacia su destino, fueron entrando en las sutiles capas de lo personal, intimando, conociéndose y aprovechando el tiempo que estaban compartiendo.

Muchas noches fueron las que se prometió que no ayudaría jamás a su hijo si se encontrara en apuros, pero en contra de todo pronóstico, se fundió como mantequilla a la llamada de ayuda de la pelirroja.

El Commissario Malatesta desembarcó en España con su bagaje de experiencia y de casos resueltos, con una misión que nunca hubiera imaginado, la de salvar su hijo.

El mismo que tenía que seguir con el linaje Malatesta en la policía y que optó por su camino, rompiendo los planes de gloria del padre y los profundos deseos de su abuelo.

27

En algún lugar de España.
El día del hallazgo.

Rita se tuvo que sentar.

Las consecuencias del mareo seguían.

Le llevaron agua y un sobre de azúcar para compensar la bajada de tensión, debida al miedo producido al leer las palabras del diario. Una extraña sensación de falta de equilibrio, de caminar sobre una pasarela emocional, le dio vértigo y desencadenó una reacción que no se esperaba.

Necesitó varios minutos hasta conseguir recuperar las fuerzas y centrarse.

Le producía repulsión y asco sentarse en una silla donde estuvo el asesino horas antes, pero necesitaba quedarse en esa posición.

Todos se preocuparon por la pelirroja, la persona que iba con ella fue la primera. Dejaron sus aceleradas tareas para arroparla.

No era fácil entrar en un lugar como ese, la cueva de un presunto asesino. La poca luz que entraba, los fuertes olores, la energía insana que tapizaba el ambiente, hacían que permanecer en las estancias fuera un esfuerzo, más para una mujer que siente más allá por un hombre.

Una vez que consiguió estabilizarse, siguió leyendo, sentada, necesitaba saber, necesitaban avanzar.

«Cuando entro en una casa que vive solo una persona nunca lo hago. En cambio, si viven dos o más personas no hay problema. Me llevo la basura. Cuando vuelven, nunca se preguntan: "¿Quién me ha robado la basura?" ¡Nadie! Siempre lo atribuyen a otro habitante de la casa y hasta lo agradecen. ¡Idiotas!

Me he llevado la basura de la casa, la he dejado en mi nevera para que no oliera, hasta su inspección. He colocado otra vez la bolsa azul en la

papelera, para no dejar sospecha.

Pero antes de irme he dejado en la casa todo lo que necesitaba. He colocado cámaras y micrófonos. Esa casa parece un árbol de navidad. El pasillo, la cocina, la sala de estar, la terraza, el dormitorio y el lavabo. ¡No se me va a escapar nada!

Además, he conseguido entrar en su ordenador e introducir el troyano que me dio el maestro, puedo ver contraseñas, activarlo a distancia, ver lo que hace en la pantalla y activar la cámara en remoto. Todo preparado para la traca final.

He salido de la casa como si nada hubiese pasado».

La mujer se tapó la boca con una mano y levantó la mirada. La casa en cuestión era la suya y estaba repleta de esos chismes. No se podía imaginar que estaba siendo vigilada por el asesino en su propio hogar, el lugar donde uno se siente más seguro.

Miró la fecha de la página y entendió que llevaban varias semanas espiados.

«Este tío ha hecho lo que ha querido con nosotros. Hijo de perra».

Volvió a leer. El tiempo le apremiaba de la misma manera que lo hacía la necesidad de entender de dónde venía y, sobre todo, a dónde iba.

«He vuelto a la habitación de mi motel, coloqué la basura en la nevera y comprobé todos los artilugios colocados. ¡Todo funcionaba! Entonces, solo era esperar y seguir con el plan. Era como estar en el Gran Hermano de Bruno Malatesta.

Mientras abrí las basuras y encontré todo lo que pensaba. Más restos orgánicos, pruebas de ADN de Bruno y de la zorra que vive con él. Tengo material para dejar en varias escenas del crimen. Ahora, tengo más información de la que habitualmente consigo.

Me siento satisfecho. No tengo problemas, el maestro me protege y vigila por mí y yo vigilo a Bruno, soy su ángel negro de la guarda. Escribo estas líneas en mi motel de Estepona, la sala de máquinas, el cuarto oscuro.

Me siento bien, mañana arrancaré el plan de la intrusión y cambiar para siempre su vida. No me sabe mal, al contrario, se ha liberado de una muerte lenta y dolorosa. Él y su chica. El maestro no quiere, no puedo fallarle, tengo que cumplir con los presagios y ordenes suyos.

Aunque le haría una obra de arte. ¡NO! ¡NO! No pienses en eso, como en la última vez que se te fue la mano y el maestro te regañó mucho.

Tengo que tranquilizarme, no puedo equivocarme. No se me tiene que escapar la mano.

¡CALLATE!

No deja de fastidiarme esa voz en mi cabeza. Quiere que me vaya, que

no mate más, tiene que callarse.

Es insoportable, es una voz que hace eco en mi cabeza y no me deja pensar claro.

No la tengo controlada, me hace enfadar. Me voy a cortar la cabeza, así callará para siempre. ¡BASTA!

He tenido que romper la botella contra la pared. He recogido los cristales rotos. Ahora voy a dormir. Hasta mañana».

Levantó la mirada. Rita seguía en shock por entender lo cerca que estaba de su vida, de su intimidad. Mientras se duchaba, mientras hacía el amor, mientras comían, o cuando discutían o sabiendo sus intimidades. Sintió repulsión, aún más hacia el individuo.

Pero algo cambió, no solo aumentó el asco hacia el asesino, el diario comenzó a engancharle, quería saber más, qué más había hecho y cómo había perpetrado la puesta en escena desde detrás del telón.

Giró la página y siguió leyendo, con los ojos desgranados, por las palabras que se iba encontrando.

28

Penal de Alhaurín de la Torre, Málaga.
Domingo, 09 de octubre
Dos días antes del hallazgo.

Lluvia.

Las gotas mojaban los techos de la cárcel, humidificando las esperanzas y penas de los que vivían en ella. El tiempo modificaba los estados de ánimo perdidos, de la misma manera que lo hace el viento con las mangas en las pistas de aterrizaje. A la merced del viento, de la lluvia, de los acontecimientos.

Así se sentía Bruno, a la merced de lo que tenía que pasar. Cuando el abogado le confesó que no tenía posibilidades de salir, su ánimo se hundió. Culpa del abogado y del entorno soporífero que destruía todo tipo de esperanza, por pequeña que fuera.

Bruno bajó los brazos.

Aceptó que pasaría mucho tiempo entre esas paredes y con la gente más difícil de la sociedad. Bruno se percató que entre las rejas existían dos tipos de condenados. El primero eran delincuentes reales, es decir, violadores, ladrones, traficantes, entre otros. El segundo, condenados jurídicos, es decir que la justicia por la razón que fuera les había atribuido una responsabilidad subsidiaria con la cual tenían que lidiar el resto de su vida.

Él era del segundo grupo pero, a pesar de todo, una parte se había resignado y otra no conseguía digerirlo.

Entendió que lo único que le servía era cansar el cuerpo. Cuando el cuerpo está cansado, el alma no se rebela, no piensa, no vibra.

Se levantaba pronto, meditaba, saltaba a la comba durante una hora, servía el café a los presos en el desayuno como gesto de humildad, se duchaba con agua fría y volvió a tomar el hábito de la lectura. Por la noche, antes de dormirse, se entretenía en escribir un diario, con sus pensamientos, sus miedos, sus preocupaciones. Leer.

Algo que dejó hacía muchos años, volvió a tantear, descubriendo un aliado que lo llevaba fuera del lugar inhóspito que se encontraba.

La lluvia azotaba los precarios techos de la estructura penitenciaria. Las nubes taparon el cielo impidiendo que la luz del sol entrara en las pequeñas ventanas del edificio. Daba la impresión que era de noche, aunque los relojes confirmaban que no lo era.

Esa mañana, Bruno se encontraba lidiando con los ruidos de los compañeros de celda y concentrándose con su libro, cuando fue llamado por el guardia. Tenía una visita inesperada, algo excepcional.

Dejó el libro y se apresuró a seguir al hombre. Intentó peinar su cabello corto, recién cortado en la barbería de penitenciaría. Se sacudió el uniforme, lo estiró hacia abajo, como si pudiese plancharlo para conseguir una imagen más presentable.

Se sentó en una de las salas habilitadas para recibir visitas, con un cristal en medio y agujeros para que las dos partes se escuchasen.

Bruno se sentó, se esperaba que el abogado con alguna excusa o novedad que le perjudicaría y complicaría su situación ya desesperada. Estaba preparado para todo, pero no para quien iba a entrar.

La puerta del otro lado del cristal se abrió. Entró la mujer en la habitación, llevaba una blusa negra y una americana elegante, tacones y unos tejanos que le daban un toque desenfadado. Pero lo primero que le llamó la atención a Bruno fue su expresión. Le resultó nueva, nunca la había visto en su rostro. Una mezcla entre felicidad y vergüenza, entre expectación y miedo. Rita entró sonriendo, arreglándose el cabello pelirrojo suelto detrás de la oreja, miró a su compañero y acto seguido al suelo.

Bruno afinó los ojos y giró unos grados la cabeza, no entendía el comportamiento de la mujer.

—Hola Bruno.

El hombre sentado al otro lado del espejo, arrugó el ceño, se percató que Rita no cerró la puerta, alguien más estaba fuera.

—¿Cómo dormiste?

El hombre se quedó en silencio.

—Hola Rita. ¿Qué te pasa? ¿Con quién vienes?

La mujer deglutió ruidosamente y volvió a mirar al suelo. Hizo unos pasos hacia él y continuó.

—Por favor, prométeme que no te enfadarás.

Bruno no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

Entonces por la puerta apareció la última persona que hubiese

imaginado. La misma que le hizo cambiar el rumbo de su vida y al no aceptar su decisión, su camino, su vida. La misma que creó un antes y un después en su rumbo. La misma persona que fuera de casa era una contribución y ayuda y dentro exigente e intransigente con sus decisiones familiares.

—¿Qué hace él aquí? —gritó Bruno señalando a su padre, levantándose de golpe y tirando la silla contra la pared.

—Tranquilízate Bruno, no te enfades —dijo la mujer intentando apaciguar la situación.

—¿Por qué le has llamado? No necesitamos su ayuda —siguió gritando.

—Bruno escúchame, él te quiere, ha venido en seguida, desde lejos, para ayudarte.

—No sabes nada, NADA, de este hombre.

El Comisario Malatesta no dijo nada al entrar ni al ver la reacción de su hijo. Se quedó callado, observándole al otro lado del cristal vestido de preso, gritando y violento como uno de ellos y contaminado por la ira del ego.

—¡GUARDIA! —gritó Bruno.

—Por favor siéntate, cálmate amor. Estamos aquí para ayudarte.

—¿Crees ayudarme de esta forma? ¿Llamando a la persona que no me quiso en su casa porque no estaba a la altura? ¿Por no seguir la estirpe de los policías Malatesta? —La saliva saltaba de los labios del preso, enfurecido—. ¿Pero no te ves? Eres ridícula al llamar a este hombre. ¡GUARDIA! Nuestra visita ha acabado.

Al otro lado de la puerta nadie abrió. Bruno se giró y golpeó la puerta con el puño, para que le abrieran.

El Comisario entró en la estancia y se sentó.

—Eres un desagradecido. Han pasado los años, pero veo que no has crecido —dijo mientras cruzaba las piernas, mirando el numerito que montaba su hijo. Entonces tocó el botón que más le dolía—. Tu madre no estaría orgullosa de ti, si estuviera aquí, ahora.

Bruno paró.

Se giró.

—No digas que haría mi madre, que siempre ha hecho lo que tú mandabas. Nunca has escuchado lo que quería ella, ni siquiera a tu único hijo.

La pelirroja adquirió la tonalidad de una hoja de papel. En medio de la discusión Malatesta, se arrepintió de haber activado esa situación. Quería que se acabara y que la tierra la tragara entera, a ella y a sus tacones.

—¿Cuántas veces has hablado con tu madre? ¡De adulto! Piénsalo. La

última vez que hablaste con ella con tranquilidad, creo que tenías dieciocho años, con el mismo rencor que ahora te corroe y alimentado por la distancia geográfica y el tiempo —dijo con sosiego, sin prisa, como si tuviese todo el tiempo del mundo. Con las piernas cruzadas, inamovible de su estado de ánimo, como un negociador que se encuentra delante de uno que se quiere tirar de la planta veinte de un edificio.

Bruno se quedó callado, sin argumentos, solo con la ira de la vergüenza y del ego magullado por el uniforme que llevaba.

—Por mí te puedes ir. No te has acordado de mí en todo este tiempo. ¿A qué vienes?

—Tienes razón, pero tú tampoco.

—Perdonadme que interrumpa, pero ¿podríamos mirar hacia delante y no hacia atrás con el rencor que tenéis?

—Tú cállate. ¿Por qué lo has llamado?

—No te permito que hables así a Marguerita. No sé qué ha podido ver una mujer tan inteligente y guapa en un… hombre como tú —dijo contundente el Comisario, cambiando de tono y poniéndose serio.

Bruno bajó la mirada.

Hubo un silencio sepulcral que se rompió al abrirse la puerta que había detrás de Bruno, era el guardia que había llamado.

—¿Han acabado?

Bruno giró la cabeza sin mover el cuerpo. Pensó.

—Por favor Bruno, si no quieres hacerlo por ti, hazlo por ella. Te quiere y no te quiere aquí, tu lugar es fuera y lo sabes —dijo el Comisario con voz de padre, tranquila, de negociador—. Te podemos ayudar, estamos aquí para esto. Siéntate. Por favor.

Bruno, con una expresión abatida, arqueó las cejas y su ego.

—Está bien, disculpe, ha sido un error. ¿Nos puede dejar?

El guardia sin decir nada cerró la puerta dándole un portazo de disconformidad, por haberle hecho perder el tiempo.

Bruno se sentó, luego la mujer también. El Comisario se acercó al cristal.

—Perdóname —dijo Bruno a Rita mirándola a través de la barrera acristalada.

—No te preocupes, te entiendo, no tiene que ser fácil estar aquí dentro.

El italiano hizo una mueca.

—Hijo, no creo que hoy sea el día de resolver los problemas del pasado, pero sí los del presente. Para esto he venido, para esto esta mujer me ha pedido auxilio, porque creemos en ti y te queremos al otro lado del cristal.

Bruno le miró como un hijo, dejando de lado el ego y el pasado. Mirándole como al padre que vino en auxilio a pesar de las cicatrices.

El Comisario, por su parte, dejó de mirarle como el hijo que rompió el linaje, sino como una persona de su sangre y que necesitaba la experiencia del Commissario Malatesta.

La mujer vio la tranquilidad después de la tempestad. Sintió que había valido la pena, sintió el calor del hogar Malatesta de Carpi que probó hacía meses aunque la madre no estuviera. Sintió ternura, sintió el amor bajo muchas capas de malentendidos y broncas nunca arregladas y oxidadas. Las mismas capas que se fraguaron por culpa de un asesino que envió detrás del cristal a su compañero. Pensó que lo más difícil lo había conseguido, sentar a los dos Malatesta, uno delante del otro, para resolver el caso que marcaría sus vidas, como familia y como inspectores. Sintió que todo estaba en el tablero del ajedrez, solo faltaba reanudar la partida y estudiar un jaque mate.

—Hijo, explícame cómo empezó todo —dijo el Comisario, sacando su libreta.

29

La cordura.

¿Qué es la cordura? ¿Quién podría explicarla?
¿Alguien que la tiene? ¿Alguien que no?
Y sobre todo… ¿cómo saber si la posee?
Entonces entraría la paradoja siguiente:
¿Quién es más loco, el loco o el loco que sigue al loco?

La sala de visitas estaba divida por un cristal que representaba la cordura. El mismo que representaba el límite entre la realidad con la apariencia, la libertad con la desesperación.

No hay escuela que explique cómo afrontar una detención penitenciaria. No hay nadie que te explique cómo afrontar una injusticia. La improvisación y la impulsividad son el viento que empuja las velas de un preso primerizo. La cordura es fácil perderla y complicado retenerla, aunque sea por momentos.

Bruno se vio superado por la situación, nadie le explicó cómo tenía que afrontarla, sin mentor, sin coach, sin justicia. Improvisó y sintió.

Sintió ego, cicatrices del pasado mal curadas, vergüenza, miedo, mucho miedo. Miedo a perder a su compañera, a perder su vida, a perder todo lo que había luchado en años y sobre todo, a olvidar el olor de su madre y que su sonrisa se desvaneciera en los recuerdos sumergida en la niebla de febrero.

La cordura llamó a la puerta y entró en la sala. El Comisario Malatesta la invitó a entrar y Bruno aceptó su presencia.

Una vez instalada entre los ellos, Bruno pidió disculpas a su novia, recibiendo una sonrisa como respuesta.

El hijo del Comisario explicó su versión de la realidad, enfocándola desde su prisma. Admitió que pidió un crédito hipotecario al difunto banquero del Banco Banús. Antonio Espinoza. Con la directora nunca tuvo ocasión de hablar. Se sentía una planta succionada por un torbellino.

—¿Por qué estás metido en esto?

—¿Crees que si lo supiera estaría aquí?

—Hijo, si me contestas con preguntas no avanzaremos.

Bruno se miró las manos con los dedos entrelazados y sudando.

—Tu situación no es… normal. Me gustaría que recordaras detalles, situaciones o personas que te puedan haber hecho esto.

—No lo sé, es muy difícil, no tengo ni idea —dijo estrujándose los ojos para recordar—. Papa, es la pregunta que me taladra la cabeza desde hace días. ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? —Silencio—. ¿Quién quiere hacerme esto? Y, ¿sabes la respuesta? —El Comisario lo miró sin moverse—. No lo sé.

El padre se rascó la cabeza.

—Yo creo que lo sabes, pero no admites saberlo para no remover el pasado o admitir que alguien te quiera tanto daño. —Bruno levantó los hombros—. Todos los detalles y las personas son importantes. Nada, nada, NADA es debido al puro azar. ¡Escúchame! Pocas veces hemos hablado como somos, de padre a hijo, pero en mi carrera de Comisario de policía nunca, JAMÁS —puntualizó moviendo la mano —, un asesinato y una recreación de un falso testimonio es obra del azar. Bruno, detrás hay alguien que tú conoces, solo eres tú quien puede saberlo. Nos podríamos fosilizar buscando personas y lo más probable es que llegaríamos demasiado tarde. Tú tienes la clave, seguro, me juego mi placa, la llave se encuentra en tu cabeza.

Bruno apoyó los codos en las piernas y se sujetó la cabeza con las manos, mirando al infinito.

—¿Quién? ¿Quién?

—Un proveedor, un amor, un enemigo, un compañero, un….

La voz de su padre comenzó a desvanecerse, de la misma manera que bajas el volumen de la radio. El cristal se hizo oscuro, desaparecieron el padre, Rita y la cordura.

La sala se esfumó a los ojos del preso. Todo se hizo oscuro, en un manto de humo, desapareció el tiempo y el espacio. Su físico se desplazó, voló en los recuerdos. Viajó en un tubo negro de recuerdos, sin espacio ni personas. La sensación fue de mareo, casi de desvanecimiento. Sintió la velocidad, la silla donde se apoyaba se trasformó en un asiento donde se abrochó con unos cinturones de la persistencia.

Jamás probó esa sensación, ¿qué le estaba pasando? ¿Se había desmayado? ¿Había muerto? ¿Estaba haciendo un viaje astral? ¿Directo a un gusano del tiempo?

Se asustó, comenzó a sudar de la misma manera que hacía en el gimnasio.

El asiento cogía cada vez más velocidad en el túnel negro, hasta aterrizar en la habitación de su casa. El aterrizaje fue tan precario,

como turbulento el viaje.

En la cama estaba él, haciendo el amor con una mujer.

¿Soy yo? ¿Con quién estoy? La mujer tenía el pelo corto, moreno y un tatuaje en la espalda. Sentada encima de él moviéndose y tocándole sus senos.

Jadeaba de placer hasta que los dos acabaron.

Bruno se vio en la cama sudado y gozando del acto sexual. La mujer se tiró a su lado apoyando la espalda, vio quién era, una mujer prohibida que pasó por su vida de puntitas y que no trascendió a más de un par de encuentros fortuitos y escondidos.

¿Qué quería decir eso? ¿Estaba muerto? ¿Tenía que revivir los últimos pecados de su vida? Se sentía atrapado en sus recuerdos que le presionaban, casi aplastado sin dejarle aire.

A los pocos segundos de ver la escena, el asiento donde sentía estar sentado se volvió a mover con la fuerza de un avión supersónico. El túnel negro apareció dejando en los recuerdos la cama con la mujer.

Sintió otra vez el mareo de la aceleración de los recuerdos, probó la fuerza sobre su cuerpo que le aplastaba en el respaldo, mientras el canal seguía por los recuerdos recorriendo su vida en una cascada de fotogramas, de personas y vivencias.

La silla tomó velocidad y volvió a pararse, esta vez regresó al pasado, pero a muchos años antes, al despacho del AOLAR Racing Team, recién montado. Él estaba sentado, sin canas, había una persona al otro lado del escritorio. No se movían, hablaban. El invitado entregó al Bruno del pasado un papel, hablaron y se apretaron la mano. Eran figuras de humo, sombras, espectros del pasado que representaban personas. Él le reconocía por la forma y el entorno, pero no conseguía entender a la otra persona.

¿Quién era? ¿Por qué estaba allí? ¿Qué quería decir todo eso?

Se sintió atrapado en su propio recuerdo, atado a un asiento del que no podía liberarse.

Los dos se levantaron y el Bruno del pasado acompañó al otro a la puerta, entonces se giró lentamente, como en cámara lenta a diferencia del frenesí de la sucesión de recuerdos que le arrolló.

Tuvo miedo de verle a la cara. Este se estuvo girando. Desconocía porque ese viaje le había llevado hasta ese fragmento de su pasado tan importante para revivirlo.

Entonces una sensación fuerte como un trueno le atravesó el cuerpo partiendo en dos la esperanza de que eso fuera un mero recuerdo aleatorio. Se acabó de girar el individuo y entendió todo, porque estaba allí, el viaje que su sexto sentido le llevó hasta ese momento y hacerle entender lo que hasta ese momento no había entendido.

Se asustó de haberlo entendido, un escalofrío atravesó su piel.

Era la persona que tantos problemas le había provocado en el pasado y revivía en su presente otra vez.

Lo vio y tuvo la peor de las sensaciones, que a pesar de la diferencia de espacio-tiempo, le miró, la maldad de sus ojos le atravesó y fulminó su presente. Las dos miradas se cruzaron e impactaron con la misma fuerza de un choque frontal de trenes mercancías cargados de plutonio.

El estallido emocional fue tremendo y la ola expansiva la notaron las personas de la sala.

Fue una décima de segundo y todo desapareció de la misma manera que apareció.

Bruno vio su cuerpo, se sintió primero mareado, luego perdido y por ultimo incrédulo de lo que había vivido. Rozaba la locura o la metafísica.

Levantó la vista, despacio, recobrando los sentidos de su cuerpo físico. Viendo sus manos y el cristal que regresó transparente.

La voz de su padre apareció desde debajo del silencio ensordecedor del viaje en el túnel de los recuerdos. Comenzó a subir el volumen y a sentir cada vez más cerca.

El cerebro fue uniendo lo que estuvo viendo con las percepciones auditivas.

—Bruno, Bruno, Bruno…

Los ojos del hijo aparecían espantados, el cuerpo recubierto de sudor y los pelos de punta, como escarpias.

La mujer golpeaba con los puños en el cristal para que el hombre, al otro lado, reaccionara.

Bruno movió la cabeza hacia la mujer y se percató de su presencia y sus gestos.

—Brunooo, Brunooo, Bruno… Guardia, Guardia.

—Sí, sí, estoy aquí. Estoy bien.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido una bajada de azúcar? ¿Estás bien? —dijo Rita ignorando que le había pasado por pocos segundos.

Bruno buscó las palabras para que no le tomasen por loco.

—No sé cómo explicarlo, sin que suene… raro.

—Sí lo sé, más de lo que te puedes imaginar… hijo.

Bruno dejó de mirar a su chica y miró a su padre.

—Creo que tienes razón —dijo descolocado y entonces soltó la bomba—. Creo que sé quién puede haber sido.

30

La mirada de un padre.

Esa mirada lo decía todo, hasta lo que nunca se dijeron. Sintieron complicidad, de la misma manera que alguna vez la tuvieron en la infancia de Bruno. Dejaron de hablar por muchos años, pero nunca dejaron de ser familia y algo les unía sin saberlo, más de lo que nunca se hubiesen llegado a pensar.

El padre sintió… porque él también sentía.

El padre entendió, porque él también vivía lo mismo que su hijo no podía explicar.

El padre probó, lo que jamás sintió, ver y vivir el sexto sentido de su hijo. Al lado de su asiento por el túnel del tiempo, por el espacio de los recuerdos, a su lado, viviéndolo como en primera persona, pero con la visión del hijo.

Nunca imaginó probarlo pero así fue, tan real como sus propias visiones.

El Comisario miró el reloj y este le certificó lo que acababa de pasar. Un minuto en la sala fueron casi veinte en el asiento reviviendo esos momentos.

Los dos hombres se dijeron muchas cosas con la mirada, el hijo se emocionó y se sonrojaron.

La mujer no entendía nada, optó por no meterse en medio, hizo lo más inteligente que podía hacer, un paso atrás y sentarse.

—¿Quién era la mujer? —preguntó el padre.

Bruno volvió a tener la misma sensación, un trueno le abrasó la espina. Sus ojos se abrieron de par en par, no daba crédito a la pregunta.

Hubo un silencio que rozó la eternidad.

—Una aventura.

El Comisario movió los labios y el bigote hacia un lado.

—¿Qué tipo de aventura?

La respiración del hijo aumentó.

—Una amante.

—¿Tuya? ¿Ahora?

—No, no. Fue hace muchos meses, antes de Rita. Un error.

—¿Por qué un error?

—Estaba, bueno, está casada.

—Y el marido no sabía nada.

Bruno movió la cabeza.

—Entiendo. ¿Se enteró de vuestra aventura?

—No lo sé, creo que no. Pero fue un error, nunca he ido con mujeres casadas, pero me sentía solo. Solo fueron pocas veces.

—Las suficientes. ¿Puede que haya sido el marido?

—No creo.

Bruno sacudió la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Verónica Fuentes —dijo y dictó el número.

—¿Qué es ese número?

—El de su celular.

El Comisario levantó las cejas y apuntó en su libreta el nombre y el número de teléfono. Mientras le dio tiempo a levantar la mirada y ver a Rita que le observaba, no tuvo el valor de cruzar con ella la mirada.

Hubo silencio, luego llegó la hora de la verdad.

—Y el chico, ¿quién era?

Otra vez el hijo se sorprendió.

—Alex.

—¿Alex? ¿Quién es?

—Un joven que se presentó en mi taller de Marbella y quería trabajar conmigo, sí o sí. Estaba dispuesto a trabajar gratis, hasta se costeaba los gastos él.

—¿Y?

—Le cogí. Me recordó a mí cuando fui a Stuttgart a trabajar con el mejor mecánico de Porsche clásicos, pero resultó ser un infiltrado de un empresario que quería matar a Jen de la Cruz. Manipuló la centralita del Porsche y mató a un piloto. Fue hace años en la Costa Brava.

—Y ¿qué pasó? ¿Le arrestaron?

—No, escapó y se esfumó, le siguen buscando. No se sabe dónde se encuentra.

—¿Y no sabías quién podía estar detrás de todo esto?

Bruno calló.

—Pero vamos a ver, ¿es que no sabes reconocer una mirada y una sonrisa de un desequilibrado, de un psicópata, de un perdido, de un asesino?

Bruno miró sus manos sudadas, y volvió a levantar la vista.

—No. Te lo repito, me vi en él.

—Viste lo que quisiste ver.

El Comisario giró página y siguió apuntando.

La pelirroja se quedó quieta, callada, sin entender lo más mínimo, pero tampoco era el momento.

Hubo otra vez un silencio.

—¿Tienes idea de dónde podemos encontrar a esta mujer?

—Por favor, papa, con discreción.

—¿Me lo dices a mí?

Bruno suspiró.

—En la tienda Gómez Pelayo peletería, en el centro de Marbella.

La conversación siguió entre los tres. Se despidieron y prometieron mantener a Bruno informado sobre todo lo que averiguaran. Los ánimos, y los tres, salieron de la sala de visitas del penitenciario diferentes, otras personas y con una relación más madura entre ellos.

Los dos visitantes salieron embriagados de tanta información, aunque la cabeza analítica del Comisario ya la estaba procesando y ordenando.

Entraron en el coche y antes de arrancar el Aston Martin, la mujer preguntó:

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

El Comisario miró el reloj.

—Creo que es hora de comer, bueno, casi de merendar, en Italia es hora de pan y Nutella. Llevo desde las cinco sin comer nada. Luego, decidiremos el próximo paso.

31

Le dolían los hombros.

El reloj mentía, no podía haber pasado un día entero, pensó hacia sus adentros.

El camino hacia casa era el momento perfecto para ordenar las ideas para el día después. Música rock, de los años ochenta, su preferida. Aunque no había nacido aún, su padre le enseñó a amarla, un viejo rockero de manual, que ya no estaba.

Víctor se imaginaba, por momentos, estar en los escenarios con un micrófono e inundando de su voz con el público enloquecido. Pelos de colores estrambóticos y chaqueta de cuero sin mangas. Guitarras, bafles Marshall y mucho whisky.

La carrera de cantante se detuvo en la vía de servicio. No llegó a entrar en la autopista de la vida. La influencia de su abuelo tubo más peso, aunque el rock se quedó siendo la banda sonora de su vida.

«El jefe es como el cliente, tiene siempre razón».

Se repetía mientras conducía. La frase que siempre acompañaba las respuestas de su jefe, el inspector Valbuena. En ese momento se percató de un detalle, siempre se lo decía a solas, en voz baja. Llevaba tiempo escuchándola, pero en ese momento fue cuando lo entendió.

Aparcó el coche a los escasos kilómetros de distancia del domicilio.

Cortó el río de música que estimulaba sus orejas, como el premio de la noche antes de entrar en su casa.

Las calles llevaban horas iluminadas por las farolas. Era tarde, su madre tenía que estar durmiendo, con un poco de suerte le había dejado un tupper en la nevera de alguna comida deliciosa que sobró del mediodía.

A lo lejos el camión de la basura arrancaba un turno de trabajo.

Llegó hasta la puerta de acceso al edificio, introdujo la llave y la giró en la ranura.

—Hola Víctor —dijo una voz detrás de él.

El joven inspector, desprevenido, saltó y se giró de golpe. Los

latidos de su corazón se dispararon. Fue sorprendido entre sus pensamientos, arrancado del piloto automático con el que estaba y devuelto a la Tierra.

El inspector se giró encogiendo el cuello. Eran dos personas. Enseguida no las reconoció, después de milésimas de segundo las fue enfocando y reconoció una de ellas.

—Disculpa, no era mi intención asustarte —dijo la mujer.

—Dios bendito, me ha dado un susto de muerte —dijo Víctor con la mano en el pecho.

Reconoció a la mujer, la pelirroja, pareja sentimental del arrestado por la presunta muerte del banquero. La misma que unos días antes declaró en la comisaria. La del guiño, de las fotos del Porsche y la teoría complotista. La misma a quien su jefe no quería escuchar.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo mirando a su alrededor por la calle en varias direcciones—. ¿Cómo me ha encontrado?

—¿Tiene un lugar más tranquilo para hablar?

—¿Sobre qué?

La mujer miró a la cara a su acompañante.

—¿Quién es? —dijo el inspector indicando con la cabeza.

—Es el padre de Bruno, el Comisario Malatesta.

—¿Comisario? —dijo arrugando las cejas

—Sí, de la policía de Italia —dijo la mujer y luego continuó, indicando la puerta—. Víctor, ¿podemos pasar?

El inspector repasó al otro hombre y miró una última vez a su alrededor. Empujó la puerta maciza del edificio y les dejó entrar en el rellano.

—¿Por qué habéis venido?

Rita, sin decir nada señaló la garita del conserje.

—Tranquila, no hay nadie, a esta hora duerme en su apartamento, en el primer piso. No os puedo invitar a mi casa, mi madre a estas horas está durmiendo.

El Comisario miró a su alrededor, estudió el lugar, las maneras de hacer del joven inspector. Qué decía, cómo lo decía, su atuendo y su reacción a la incomodidad de hablar con ellos.

—Señora De Angelis, usted no puede estar aquí. ¿Para qué han venido? ¿Sabe que estoy cometiendo una grave infracción al dejarle entrar en mi casa? Pero qué tonto, claro que lo saben si él es un Comisario de policía —dijo tocándose la frente.

—¿Ha podido verificar la autenticidad de las fotos que le llevé? ¿Ha considerado la posibilidad de que Bruno sea inocente?

—Saben mejor que yo, que no puedo hablar de esto con usted.

Un ruido de una planta superior atravesó el hueco de las escaleras y retumbó hasta el rellano de la entrada. El joven inspector se asustó, sacó las manos de los bolsillos y no supo ni dónde ni cómo meterlas.

Regresó a dar atención a la mujer y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no me cree? Es un error, no contemplar la posibilidad que no haya sido Bruno el autor de los hechos.

El joven no tuvo ninguna reacción al respeto.

Hubo silencio.

—Víctor, vengo de Italia por mi hijo. Yo, policía como tú. Comprendo tu silencio, es normal, pero ¿qué habría hecho tu padre por ti? ¿Comprendes? Necesitamos tu ayuda o mi hijo… —dijo el Comisario con un marcado acento italiano y acabó negando con la cabeza.

Ahora la pelota se encontraba en el tejado del joven.

Callaron, la negociación la habría ganado el primero que hablase.

Los tres se fueron mirando sin que nadie hablase.

—Lo entiendo, pero no puedo decir mucho.

El Comisario le regaló una sonrisa sin enseñar sus dientes. La conexión con el joven fue instantánea, tuvo buenas palpitaciones por él y, lo más sorprendente, es que fueron recíprocas.

—Hay muchos fallos en la investigación —dijo el joven, casi susurrando para que nadie le pudiera escuchar—. Creo que las incongruencias predominan sobre las pruebas, pero… —Entonces se detuvo un momento, dudando si continuar o no—. Mi jefe no tiene muchas ganas de investigar más, se conforma con lo que tiene.

Los otros dos se extrañaron.

—¿Qué quieres decir?

—Es como si mi jefe no quisiera sacar a la luz la verdad.

El Comisario se puso la mano delante de la boca.

—A sus espaldas he averiguado muchas cosas desde su declaración. El coche que atravesó el túnel de la autopista no es el de Bruno. Su nombre aparece en una investigación de un asesinato de un piloto en la Costa Brava y el inspector Jordi Roca dice que se jugaría su placa de que Bruno no ha sido. Estoy en más cosas, pero solo callejones sin salida, de momento.

—Y ante las pruebas, ¿qué dice su jefe?

—No quiere saber nada. —Sacudió la cabeza—. Hay algo debajo que no sé qué es.

—O no quieres admitirlo —dijo el Comisario rascándose el bigote.

El joven inspector calló y miró hacia abajo.

—Claro está. No te preocupes, la verdad saldrá por su propio peso —dijo el Comisario apoyando una mano sobre su hombro.

Víctor le miró como si hubiese dicho una fórmula mágica.

«Es lo mismo que decía mi abuelo».

En ese momento sintió algo, como una conexión más profunda, un punto de unión que le recordaba a su abuelo.

—¿Qué sugiere?

—Bruno cree en dos pistas: Un marido enfadado por la facilidad que tiene su mujer por levantarse la falda y un tal Alex, un exempleado, involucrado en el asesinato del piloto en Costa Brava. ¿Sí?

El joven arrugó el ceño.

—El marido infeliz tiene coartada, lo hemos comprobado hoy. Nos queda por investigar este tal Alex —concluyó la pelirroja.

—Creo que tendrían que hablar con Jordi Roca.

El Comisario asintió con la cabeza. El joven le apuntó en un trozo de papel el número de la comisaria de Gerona, su móvil personal y se lo entregó.

—También creo que se tienen que marchar, pero antes tenemos un problema —concluyó adoptando un tono de dramatismo y urgencia.

El Comisario y Rita se miraron a la cara.

—Tenemos dos días, hasta el martes, para presentar las pruebas que absuelven a Bruno, o en caso contrario comenzará el juicio rápido y, con mi experiencia de mi jefe y del fiscal que os ha tocado, será imposible.

—Sí claro —dijo Rita—. Lo entendemos, tenemos que espabilarnos.

—Escúchame. Sigue tu instinto. Acéptalo. Ten el valor de seguirlo. Aunque tu mente esté confundida, tu corazón siempre sabe la respuesta —dijo el Comisario.

Las palabras del italiano calaron hasta el fondo del corazón del joven y removieron las inquietudes que tenía, convirtiéndolas en certezas calladas.

Dejando de mirarle ni añadiendo una palabra más, el Comisario salió del portón.

—Estamos en contacto —dijo ella y siguió al padre de Bruno.

Los dos desaparecieron en la pesadez de la noche andaluza, dejando un rastro de preguntas y alguna pista común. Aportaron luz al dilema que tenía el joven inspector. Este, a pesar de no escuchar su instinto, tenía una innata facultad de saber hacia dónde tenía que dirigir la brújula de la verdad. Y a partir de la frase del Comisario, decidió seguirla, actuando.

32

Caminaban.

Atravesaron la calle, solos, acompañados de las ideas que satelizaban por sus cabezas analíticas. Las respuestas a sus preguntan estaban siguiéndoles, como sombras perpetuas que no soltaban la presa.

No decían ni una sola palabra.

La ausencia de la luna no contribuía a la escasa iluminación de las farolas. La oscuridad de la noche engullía a todos los elementos urbanos y las personas que pasaban. Los faros de los contados coches que pasaban daban una idea de la oscuridad que dominaba.

El vistoso coche de Rita se encontraba aparcado al lado de un parque, en el borde, justo delante de un banco de madera. El Comisario no se lo pensó y se sentó. Cruzó las piernas y se puso a pensar.

La mujer abrió el coche con el mando a distancia, pensando en largarse lo antes posible. No le acababa de gustar esa zona de la ciudad pero a pesar de la edad del Comisario, se sentía segura con él.

Cuando vio que el Comisario se sentó, se detuvo, cerró la puerta del descapotable y cogió asiento a su lado.

Se quedaron en silencio un buen rato, esperando que las ideas fueran aposentándose.

—¿Dónde has aprendido castellano?

—Es una larga historia.

La chica levantó las cejas y le miró, como si dijera: «¿Tienes alguna cita?».

—En Modena, en los años sesenta, hubo una invasión de carteristas que azotaban la población. La mayoría eran procedentes de Madrid y Sudamérica. Fue inevitable aprender este idioma. En caso contrario no podías entender, atrapar y sobre todo, adelantarte a estos maleantes.

—Entiendo —dijo Rita sin dejar de mirarle.

Observando al Comisario, encontró una gran diferencia de carácter con el hijo. Sin embargo, veía cada vez más a Bruno en él, en el parecido físico y en la gestualidad típica de su tierra de origen.

—¿Qué te ha parecido Víctor?

El Comisario emitió un sonido gutural.

—Tiene madera, pero aún no se lo cree —dijo él y continuó con tono de sermón—. “Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración”.

Rita le miró extrañada.

—Mateo 21:22

Rita levantó las cejas como si lo hubiese entendido.

—Es un chico que tiene miedo de lo que ha descubierto, no se siente lo suficientemente preparado para enfrentarse a las injusticias en su comisaría. Le entiendo, no es fácil, necesita experiencia o una persona en la misma que le apoye. Pero demuestra dedicación. Está en sobrepeso, a pesar de su joven edad. Dedica muchas horas a su trabajo, tantas que no tiene ni pareja sentimental. Tanta entrega le hace salir pronto por la mañana y volver tarde, en consecuencia descuida la alimentación. Come mal y rápido, sobre todo comida basura de alguna franquicia de hamburguesería por la zona. La manera que viste le hace sentir importante y respeta el trabajo. Sus zapatos son baratos, pero bien cuidados. Los encera cada mañana antes de salir, como en la academia de policía, sigue con la misma rutina además de muchas otras. El perfume que lleva es de baja calidad, a media mañana ya no huele casi, pero el traje está impregnado. Es posible que en la comisaría tenga alguna compañera a la que quiera impresionar. No fuma, pero su jefe sí lo hace y precisamente tiene que ser muy difícil resistir, pero lo está consiguiendo. Probablemente espera hasta tarde para marcharse, para seguir con investigaciones en las que no puede estar “el jefe” delante. Su lado más legal, no quería que estuviéramos allí, demostraba nerviosismo, porque se la ha jugado al hablar con nosotros, rompía con sus creencias inyectadas en la academia y por su jefe. Pero su otro lado, el de la intuición no nos hizo marchar ya que lo más probable es que sepa que Bruno no es culpable. Pero le cuesta admitirlo a un jefe que no quiere investigar, ya le va bien este final. ¿Por qué no quiere investigar? —concluyó y se giró hacia la mujer.

Rita estaba con los ojos desgranados mirándole sin dar crédito al análisis que hizo sobre el inspector.

—¿Qué te pasa Rita?

Ella sacudió la cabeza.

—Cómo sabes que come en un fast food, por ejemplo.

—¿No has visto las manchas en su corbata? Eran rojas y pequeñas, de kétchup. Solo en una hamburguesería comes patatas fritas con kétchup.

—Bueno es tarde, mejor que descansemos para mañana seguir. ¿Qué hacemos mañana?

—¿Qué te parece si llamamos a este Jordi Roca?

—Sí, buena idea, seguro que nos dará más detalles sobre este Alex. Pero, mañana es domingo.

—Para un hombre de la ley nunca es domingo —dijo mientras entraba en el descapotable.

El Aston Martin salió del barrio del inspector. Desapareció entre la oscuridad de la noche. Al día siguiente esperaban reducir el cerco del único sospechoso que tenían. Deseaban que fuera la pista buena y no perder el tiempo y los pocos días que quedaban para que se cerraran las pruebas antes del juicio. En la clepsidra de la justicia, bajaba inexorable la arena. El Comisario y Rita no podían perder tiempo y sobre todo, no podían equivocarse de hombre.

33

Cafetería Eva, Marbella.
Lunes, 10 de octubre
Un día antes del hallazgo.

El desayuno.

No soportaba gastar por un desayuno que no aprovechaba.

Prefería levantarse antes, caminar y de mientras ir a una cafetería cerca del hotel para tomarse un café con tranquilidad.

La mañana en Marbella presentaba un cielo límpido, listo para que el sol dominase el día con sus rayos y calentando el día de otoño.

La caminata le hizo quitar la chaqueta de media estación.

Entró en una cafetería. Pidió un café largo, un zumo de naranja natural y un bollo, lo único dulce que se permitía durante el día.

Empezó a analizar a los empleados. Se sentó en un extremo, pareciendo que no estaba haciendo nada, pero a distancia los observaba, los estudiaba. Lo hacía siempre desde que empezó en policía.

Una chica joven entró con sueño, seguía con las legañas enganchadas, tenía que haber estirado la noche marbellí, ya eran varias mañana igual. De vez en cuando, paraba y leía un libro gordo, tenía que ser una estudiante y de noche pagarse la universidad trabajando en dos lugares el fin de semana.

Otra empleada siempre tenía una expresión triste y algo huraña, el ligero bronceado en su cuerpo, menos en una franja del dedo anular, marcaba que hacía muy poco que se había divorciado y la nueva vida sin su marido no era la que se esperaba.

Y por último el chico, encargado, algo alocado. Escrupuloso y perfeccionista, sensible y lleno de vida. Eufórico. Las ojeras y el continuo consumo de café podían destacar que el hombre tenía un flamante novio y que las tardes y las noches se hacían cortas.

El Comisario recogió su bandeja y degustó su desayuno en un rincón,

observando su entorno. Repasaba sus apuntes en la libreta, con avidez y persistencia. Giraba páginas, seguía las líneas con los dedos y miraba hacia el techo, recordando y descifrando la situación.

Llevaba un buen rato sentado, el desayuno ya estaba casi digerido, cuando entró por la puerta Rita. Saludó a distancia al Comisario, cogió un café con su termo reciclable de una famosa franquicia americana de café y se sentó.

—¿Cansada?

—Llevo muchos días que no consigo dormir bien —dijo ella dando un buen trago al café—. ¿Y tú?

—Yo llevo años durmiendo solo cuatro horas por noche.

—¿Has probado con medicamentos?

El Comisario se ríe.

—Mi mujer ha probado a darme unas gotas, algo como flores de Bach, creo, pero no me sirven para nada.

—¿Qué estás repasando? —dijo ella señalando la libreta.

—Hay algo que no me cuadra. ¿Cómo es posible que un individuo entre en la urbanización de golf del banquero y no salga en ninguna cámara?

—Así es, las comprobé yo en la garita, solo conseguí encontrar grabaciones en las carreteras, que era justo donde quería que las encontrásemos.

—Ya —contestó pensativo—. Algo se nos escapa. ¿Quién es este Alex?

—¿Llamamos a Jordi Roca?

—Sí, déjame que coja otro café y le llamamos.

El Comisario se levantó y se dirigió a la chica joven. Esta, medio dormida, se encontraba en la máquina de café. Le indicó lo que quería y esta mientras posicionaba la taza debajo de la máquina de café, fue cobrando al hombre. La taza no se encontraba bien puesta y el café comenzó a chorrear por el borde, ensuciando la taza, justo por el lado del asa.

El Comisario se dio cuenta y mirando la taza chasqueó los dedos.

—Claro —dijo el Comisario mirando el café que salía por el borde.

La chica se giró y se vio el error.

—Ay qué tonta, jolines. Disculpe, le pongo otro.

—Sí, no te preocupes.

La chica, detuvo la máquina, volvió a cargarla y le sirvió el café en condiciones. Este lo coge y se vuelve a su mesa.

—Rita, cómo no lo he pensado antes. El perímetro.

—¿Cómo dices?

—La respuesta es el perímetro. Me concentraba en el interior, pero

no, es el perímetro la respuesta. Alex tiene que haber dejado fuera del perímetro el coche y haber entrado. Seguro que conocía la zona, todas las cámaras internas y haberlas evitado. Pero alguna tiene que haber por fuera, incluso en el lugar donde aparcó, con un poco de suerte.

La pelirroja asentaba con la cabeza.

—Tenemos que ir allí —dijo el Comisario. Luego intentó beber el café, pero seguía demasiado caliente, hasta para él que le gustaba hirviendo—. Pero antes tenemos que hablar con Jordi Roca.

—Roca.

—Buenos días, me llamo Marguerita De Angelis, le llamo referente a un caso que ha investigado hace meses durante el Rally Costa Brava. Su número me lo ha proporcionado el inspector Víctor Ojeda.

—Sí, me acuerdo. En qué puedo ayudarle señora De Angelis.

—Mire, creo que tiene que saber que soy la pareja de Bruno Malatesta y aquí conmigo que le escucha, se encuentra su padre el Comisario Malatesta.

—Encantado de saludaros y decirles que lamento mucho lo sucedido. Espero que esta situación se pueda clarificar.

—Gracias inspector —contestó el hombre.

—Necesitaríamos una información señor Roca. ¿Quién es Alex Gutiérrez?

—Alex no existe. Es un seudónimo que no sabemos quién es. Llevo meses buscando e investigando solo he deducido que puede ser originario de la zona de Madrid. No he podido saber más. Me he obsesionado en encontrarle, desde que se nos escapó en el aeropuerto de Gerona. Pero nada, un fantasma.

—¿Tienen una foto?

—Tenemos varias fotos de cámaras de seguridad. Lamento deciros que todas son nefastas menos una, donde se ve una parte del rostro.

—¿Sería posible recibirla?

—Claro, dígame un correo electrónico y se las mando.

—¿Las…?

—Sí, una del rostro y un par de la complexión física.

Rita le dio la dirección de su correo personal en un servidor suizo encriptado que no estuviera controlado por Alex.

—Perfecto.

—Sobre todo, yo no os he enviado nada. ¿Entendido?

—Cierto, puede confiar.

—Por cierto, y lo más importante: Es un tipo peligroso, si se ve acorralado, no dudará en mataros, aquí dejó varios muertos a sangre fría. No tomar iniciativas sin comunicarlas a las autoridades. Creo que es bipolar, inestable y con una fuerte carga de agresividad. De todos

modos, mantenedme informado.

—Gracias, lo tendremos en cuenta. No queremos robarle más tiempo. Que tenga un feliz día, intendente.

—¿Comisario?

—¿Si?

—He conocido a su hijo y estoy convencido que no ha hecho nada y tiene que estar muy orgulloso de él. Ojalá mis niñas tengan la mitad de valores y valentía que el suyo. A mi parecer, hubiera sido un excelente detective.

Al Comisario se le pusieron los pelos de punta y movió la boca hacia un lado.

—Gracias —contestó el padre.

—Adiós y suerte.

—Adiós.

El Comisario evitó cruzar su mirada con la de Rita y ella lo entendió. Le tocó la mano y él sonrió detrás de su negro bigote. Bebió el café, ya frío y se levantó. Ella cogió el termo.

—Vamos a buscar a este “figlio di sua madre”.

34

Eco mental.

Las palabras del Comisario Malatesta retumbaron en las paredes del cráneo del inspector como un Flipper. Sintió por fin alguien que confirmaba sus peores presagios. Llevaba demasiado tiempo viendo situaciones extrañas o que incluso no compartía.

La inexperiencia, en ocasiones, es una desventaja pero se puede trasformar en una ventaja cuando no tienes los vicios adquiridos. Lo que le enseñaron en la academia podía tener la diferencia intrínseca de la teoría contra la práctica. Pero su sentido común o su sensatez chocaba frontalmente con su jefe. Su manera de abordar y su influencia en decisión en ciertos casos, no era normal y justa.

Las palabras del Comisario le sacudieron, alimentaron en su interior esa vela que nunca se apagó, convirtiéndose en un incendio de proporciones bíblicas.

Se acordó de un comentario de un informador que tenía, que pasó por alto, creyéndolo falso, nacido de la envidia o de la venganza. Al final podía ser cierto. No había tenido el valor de escucharlo, de creerlo.

Llamó a esa persona, le dijo que la próxima vez que fuera donde trabajaba que le llamara. No era broma, que podía tener razón. No dejó escapar la oportunidad, eran meses que sucedía y que nadie hacía nada, el mundo tenía que saberlo.

Al colgar con el informador, Víctor se sintió liberado, más ligero, más orgulloso de sí mismo. Hizo un paso hacia el crecimiento, por una vía que no tenía vuelta atrás.

Se sintió libre, más fiel a sus convicciones y a su juramento.

El plan comenzó, había esperado demasiado, pero nunca es demasiado tarde para tomar la vía de la justicia.

* * *

Aparcaron el coche.

Rita aguantaba en mano una Tablet con el mapa de la urbanización vallada. Recorrieron el perímetro por fuera.

El Comisario Malatesta seguía a la mujer que abría paso. La vegetación cuidada en el interior del Golf, de un profundo verde menta, se diferenciaba mucho de los arbustos autóctonos, secos y con pocas hojas.

—¿Cuánto hace que te has divorciado? —preguntó el hombre que iba dos pasos por detrás de ella.

Esta se detuvo y el Comisario, como si nada, siguió caminado a la misma velocidad, la superó. Entonces ella aceleró el paso, para ponerse a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—No hace falta ser Albert Einstein para entender que una mujer guapa como tú se había casado, además me lo acabas de confirmar.

Rita lo miró perpleja mientras avanzaban por el perímetro del Golf.

—El anillo —afirmó el hombre.

—¡No llevo anillo!

—Cuando conduces, o mejor dicho, detenida en un semáforo, sigues buscando el anillo para juguetear con él.

Ella se rio.

—De mi tercer marido dos años. Entonces vino solo un período de reflexión y asco a los hombres, hasta que en una fiesta en Mónaco apareció un bello y atractivo italiano que me robó el corazón —aclaró, levantando un poco los brazos, dando a entender que no lo había buscado.

El Comisario dejó de preguntar y se centró en el paisaje.

La excursión de los dos “detectives” avanzó hasta llegar a un lugar diferente al que habían recorrido hasta ese momento. Una pequeña explanada con cubos de basura, una puerta de servicio y un camino de gravilla que atravesaba el campo de Golf. Este, según el mapa, llevaba hasta la casa club, centro neurálgico y logístico de los golfistas y muy cerca de la casa de la víctima.

Los dos se miraron y analizaron el lugar. El Comisario estudió todos los ángulos.

—Dijiste que las cámaras no grabaron nada, ¿no?

—Exacto.

—¿Y las externas? —dijo señalando un chalet muy cerca del lugar que se encontraban.

Rita vio la cámara a la que se refería el comisario y cuando se giró para mirarle, este ya caminaba hacia el chalet.

—Espera, déjamelo a mí —dijo ella.

Él se detuvo y le hizo una señal con los brazos dejándole el paso.

Tocó el timbre, habló por el interfono y a los segundos abrieron la puerta. Esta, entró.

Pasaron varios minutos, el Comisario siguió mirando la zona y apuntando en su libreta.

Fue mirando el reloj. Llevaba más de media hora en el domicilio. El Comisario notaba el sol del medio día en su cabeza.

Envió un mensaje de texto a Carla, su mujer. Esta esperaba en casa, ansiosa de noticias y preocupada de que su hijo saliera de la cárcel.

De repente, se abrió de nuevo la puerta del domicilio y salió Rita con un DVD en mano. La expresión era victoriosa.

—Las cámaras las instalaron hace solo unos días, así que Alex cuando vino a hacer un reconocimiento no las vio porque no estaban y ya no se fijó en ellas.

—¿Y qué sale?

—¿Que qué sale? Has dado en el blanco, en el centro de la diana. Aparcó aquí, al lado de las basuras —dijo indicando con la mano—. Bajó del coche, el mismo que pasó por la autopista, miró el móvil, casi como si hubiera recibido un mensaje, luego cogió una mochila oscura y entró saltando la valla.

—Excelente, eres una detective de manual.

La mujer levantó las cejas.

—Ahora nos queda un paso, averiguar cómo se llama.

Rita sacó el teléfono y llamó.

—¿Víctor, puedes hablar? Tenemos novedades.

35

La libreta negra.

Era el elemento más importante de la investigación.

El Comisario apuntaba todo en ella, diálogos, impresiones, tareas, números de teléfono, nombres, todo. No se escapaba nada de su libreta. Las tenía numeradas, podía haber abierto una biblioteca con todas las que tenía. Era un patrimonio que residía en cajas a su vez ordenadas y numeradas en el garaje del domicilio Malatesta.

El Comisario tenía ya una edad. Al volver al coche, acalorado y deshidratado, se metió en el descapotable con el aire acondicionado.

Rita descargó el video del DVD al ordenador y las fotos que había enviado Jordi Roca.

Empujó el asiento del conductor hacia atrás y con el ordenador en las piernas, enseñó el material gráfico al Comisario.

Entonces el móvil de Rita vibró. Apretó el botón verde y seleccionó la opción de altavoz.

—¿Qué has averiguado, Víctor?

—Estoy hablando con la compañía de teléfonos en la otra línea. Hemos conseguido triangular las celdas y de todas las actividades en ese momento hemos tenido suerte. Justamente un teléfono recibió un mensaje en ese preciso momento. Es un número de prepago de una compañía low cost.

—¿A qué nombre está registrada la línea? —preguntó Rita.

—Me lo están averiguando.

—Fantástico.

Hubo silencio. Rita y el Comisario se miraron a la cara.

—Mientras esperamos, ¿me permite decirle algo señor Malatesta?

—Claro Víctor.

—Gracias por las palabras de anoche. Han sido inspiradoras, era justo lo que necesitaba escuchar. De verdad, no sabe cuánto han calado en mí.

En la boca del Comisario se desvela una mueca de satisfacción.

—Te equivocas Víctor, lo sé. Lo sé perfectamente… es más se ve y lo siento.

Entonces se escucharon unas voces por el otro lado, hubo unos momentos de silencio.

—Tenemos el nombre, un tal Juan Gómez Pelayo. ¿Os cuadra?

Los dos "detectives" se miraron a la cara, desilusionados.

—No Víctor, puede que no sea él, a lo mejor nos hemos equivocado con la triangulación en el Golf, puede que sea otro móvil.

—Ok, seguimos mirando.

—Espera Víctor —dijo el Comisario—. ¿Tienes las grabaciones de Alex en Gerona? —preguntó el hombre a la pelirroja.

—Sí, ¿por qué?

—Víctor, a ver si consiguieras las grabaciones de las cámaras del establecimiento donde se compró la tarjeta de celular y compruebas con las que te ha enviado Rita, con las características físicas o del rostro.

—Muy buena idea, ahora lo miro.

—Otra cosa Víctor, mira si pueden darte las coordenadas de las llamadas efectuadas desde Marbella y zonas alrededores. Tanto en salida, como en entrada. A lo mejor podemos encontrar un lugar donde ha realizado más actividad con el móvil y coincide con algún lugar que nos podría sorprender.

—Qué bueno, dejarme un rato y os cuento.

—Perfecto, esperamos tu llamada Víctor —contestó Rita y colgó.

Los dos se miraron, el comisario añadió:

—Nos hemos ganado una buena comida.

Ella asintió con la cabeza, guardó el ordenador y entraron en la casa club del golf. Se sentaron en la cafetería y pidieron algo de comer.

* * *

Recién acababan el primer plato que el móvil de Rita sonó.

Se limpió la boca con la servilleta, miró la pantalla y contestó.

—Víctor, ¿hay novedades?

—Calle de los Olivos, 34, Benalmádena.

—¿Qué es?

—Es un motel, el dueño dice que el chico de las grabaciones de

Gerona está alojado en su hotel y ha pagado por adelantado dos meses la habitación y no ha devuelto las llaves.

Rita abrió los ojos de par en par, sintió miedo, pero esperanza. Se levantó. Miro al Comisario asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Por la actividad de llamadas y datos consumidos en la triangulación de las celdas, allí hay solo un motel, campo y fábricas.

—Eres un fenómeno.

—No, la idea ha sido del Comisario.

—Cogemos el coche y nos vemos allí.

—Ya estamos de camino con las fuerzas especiales. Llegaremos en 10 minutos.

—Dime algo cuando llegues.

—Claro —confirmó el joven inspector y colgó.

—Creen que tienen a Alex, saben dónde está. Las fuerzas especiales están de camino. Nos vamos —dijo extasiada Rita.

El Comisario con toda la tranquilidad que lo caracterizaba, se limpió la boca con la servilleta, bebió el ultimo trago de agua con gas, limón y hielo, cogió la libreta y se levantó.

Rita no se aguantaba. Quería correr hacia el coche.

El Comisario, en cambio, fue con la velocidad de la experiencia, dando casi a entender que iba aún más lento. Entraron en el coche y fueron hacia su próxima parada, una casilla inesperada, donde les esperaban muchas respuestas.

36

Los neumáticos chirriaban.

El asfalto caliente se quejaba de la velocidad con la que circulaban los vehículos. El convoy estaba formado por una patrulla que abría paso, dos furgonetas de las fuerzas especiales, dos patrullas más y el modesto coche del inspector Ojeda con una sirena azul en el salpicadero.

Los vehículos pasaban con prioridad por las calles de la provincia, con las sirenas que anticipaban la presencia y advirtiendo a los otros coches que circulaban. Dos motos de la Guardia Civil les esperaban a las afueras de Benalmádena para atravesarla cortando el tráfico.

Los pasantes miraban el convoy estupefacto, como si fuese una operación contra algún narcotraficante importante.

El joven inspector seguía a los vehículos oficiales y se repetía en su interior que todo iba a ir bien. Había pasado por encima de su jefe para hacer esa intervención, si salía mal o fuese una falsa alarma, el plan se hubiera ido al traste y con él, su carrera. Aprovechó el domingo porque el jefe no estaba en la comisaría. Era habitual, a pesar que era un día festivo, de vez en cuando, sin decir nada a nadie, se desvanecía por motivos varios. La coincidencia quiso que ese fuera un día de esos y Víctor lo aprovechó. Deglutió, se hizo el signo de la cruz y llamó al juez para tener el permiso de entrar.

Dejó abierta la ventanilla. El aire salpicaba la cara refrescándola. No era un refrigerio, era un soplo de responsabilidad, de libertad, de madurez. Aire que auspiciaba independencia de todos los lastres que hasta ese momento le anclaban en el suelo. Equivocarse era parte del plan, pero comprendió que si no actuaba, no sería la persona que prometió ser a su abuelo.

A pesar de estar concentrado en la conducción, le vino un tremendo impulso de sacar la cabeza por la ventanilla y que el pelo se mezclara con el aire. Le recordaba la libertad, cuando lo hacía en los asientos posteriores los domingos cuando iban a la playa, sin que su padre se

enterase. Era su momento preferido, hasta que le veía y le regañaba. El baño de aire que acariciaba su rostro y movía su pelo, era libertad. En ese momento lo habría hecho, con todas sus ganas, con todas sus ambiciones.

Las sirenas del convoy le devolvían a la carretera, donde retomó el control del volante dejado en mano de su piloto automático.

Faltaban pocos kilómetros y el convoy salió de la ciudad, adentrándose en la periferia profunda. Atravesó los edificios populares con fachadas de cemento, con ropa tendida en las ventanas. Construcciones de los años setenta desgastadas por el paso del tiempo y la falta de mantenimiento.

Después entraron en un polígono industrial, lleno de agujeros en el asfalto. Apagaron las sirenas, la llegada al Motel tenía que resultar sigilosa e inesperada.

Los coches del convoy aparcaron en la parte trasera. Las furgonetas no acabaron de detenerse que los hombres del grupo especial de operaciones, salieron dispersándose por el perímetro del edificio. En cuestión de segundos ya estaban colocados.

Las indicaciones del propietario del motel fueron las siguientes:

«Ha dejado pagado dos meses. No sé si sigue allí. Es un tipejo raro, no quiere que limpiemos la habitación. Se encuentra en la numero 17. Primer piso, la puerta da a la fachada principal».

Así actuaron, entrando desde la parte trasera.

Víctor se posicionó como un espectador privilegiado. La operación le situaba en primera línea y con la cabeza en la guillotina. Una vez aparcado el Seat Ibiza, se acercó al edificio. Dejó la gabardina y la americana en el coche, cambiándolos por un chaleco antibalas sobre su corbata.

Los hombres del cuerpo especial esperaban el visto bueno del capitán del comando. Este, en el rincón del edificio que daba a la fachada principal. Casco, gafas con lentes amarillos, traje de asalto y mucha adrenalina en las venas.

El edificio presentaba una forma de “U” y de dos plantas. La parte principal se encontraba dentro de las dos alas de la construcción. En un extremo la entrada a la recepción y justo después, las escaleras para subir a la primera planta. En esta, las puertas se sucedían con las ventanas, una por cada habitación. En medio, la habitación número 17, en la cual esperaban encontrar al presunto asesino.

En el cielo, un dron grababa y daba información valiosa al capitán del comando.

La situación parecía tranquila.

—Luz verde —dijo por la radio del comando— entremos en el nido.

Los hombres, casi sin respirar, comenzaron a propagarse por el edifico con la misma velocidad que se propaga el aceite en el agua. Los primeros hombres, con ametralladora en mano, subían las escaleras. Detrás, uno con un ariete.

Víctor, a distancia, siguió el grupo con su pistola.

Se detuvieron delante de la puerta con la placa 17.

Los dos primeros hicieron un gesto con la cabeza al que le seguía. Este, se puso delante y con toda su fuerza estrelló el artilugio metálico contra la puerta. La puerta saltó como si hubiese sido de papel de fumar. Al acto, este retrocedió y entraron dos agentes gritando.

—¡QUIETOS, POLICÍA. AL SUELO!

Fueron apuntando con los respectivos puntos rojos a lo que hubieran encontrado.

Hubo instantes de incertidumbre, no había respuesta, solo ruidos del interior, sin interpretar. Pasaron segundos interminables, al joven inspector comenzó a dolerle la cabeza.

Un agente especial salió con la ametralladora en la mano izquierda, apuntando hacia abajo y el brazo derecho con el codo plegado y el puño hacia arriba.

—DESPEJADO.

En ese momento, a Víctor le cedieron las piernas.

¿Qué quería decir eso? ¿No había nadie? ¿El hombre que estaban buscando había pasado por allí? ¿O tenía que replantearse buscar trabajo fuera del cuerpo de la policía?

La inseguridad del inspector novel tomó el control.

Él no fue, pero las piernas comenzaron a caminar, yendo hacia la habitación. Un reflejo, su deber o incluso la curiosidad, pero el cerebro no dio esa orden.

Se acercó a la puerta, cerró los ojos y entró.

La ventana se encontraba cerrada por una persiana que no dejaba entrar ni un solo rayo de luz. Con el primer paso en su interior, trozos de madera crujieron debajo de sus zapatos.

El polvo que desprendía la moqueta color naranja y el olor a cerrado entristecían el ambiente. Las paredes se encontraban recubiertas por láminas de madera. La cama hecha, con las sábanas bien estiradas. En la pared, al lado de la entrada, una silla y un escritorio, una pequeña nevera de poco más de medio metro. Un mueble con un cajón central con un televisor de la misma época a la de la decoración con un decodificador apoyado encima. Un ventilador de pared, un armario para guardar ropa y una mesita de noche con los

mandos a distancia. Un cuaderno de apuntes con la marca del motel y un bolígrafo. Los muebles y la decoración eran del mismo período de la construcción del edificio, años ochenta y jamás renovado.

Víctor entró, había varios objetos personales desperdigados por la habitación, uno le llamó la atención, el que le aligeró el peso de la guillotina en la cabeza. En el suelo se encontraba una maleta con objetos habituales de ladrones para acceder a domicilios cerrados. Era la señal, con un poco de suerte no se había equivocado. Si no era el hombre que buscaban, otro maleante había estado en esas cuatro paredes. Abrió el armario con los guantes para no alterar las huellas, en su interior había más objetos personales y vestidos oscuros, inquietantes.

En ese momento un policía le llamó.

—Inspector, hay un hombre y una mujer que preguntan por usted.

Arrugó el ceño. Se acercó a puerta para ver quiénes eran. El cordón policial cerraba el perímetro del motel, ya con curiosos al otro lado del cerco.

Reconoció a Rita y al Comisario.

—Dadles unos kits y dejadlos entrar.

37

Valiente.

Valiente era la palabra que se repetía en su cabeza el Comisario Malatesta.

Su vida pasó entre investigaciones, delincuentes y compañeros. En los años de su brillante carrera policial, pocas veces se encontró con compañeros valientes y pocos con una edad temprana como la de Víctor.

Se pusieron los kits para no contaminar las pruebas. Bata de plástico blanco, bolsita en los pies, guantes de látex y gorros.

Colocada la indumentaria, entraron en la habitación.

El Comisario entró segundo, después de Rita.

Le costó entrar. Sintió como una barrera de negatividad que tuvo que atravesar. Densa, como una burbuja de espuma. El ambiente le recordó muchos otros momentos de su carrera, que pasaron por su mente a la velocidad de los fotogramas cinematográficos.

Vio a distancia el espacio, observando todos los objetos, uno a uno. Analizando porque se encontraban en ese lugar, su uso y finalidad.

La cama, el armario, el techo, los objetos y su disposición en la mesa, la persiana cerrada. La energía negra del ambiente, le empujaba a salir con la misma insistencia que tenía el Comisario por encontrar la verdad.

—Por favor, entre Comisario —dijo el joven inspector.

Este hizo unos pasos hacia el armario donde se encontraba.

—Mire, esto creo que lo dejó. —Señaló la bolsa de los artilugios.

El Comisario ni siquiera miró en su interior, apoyó su mano en el hombro del inspector y dijo:

—Has sido valiente, mucho.

Víctor dejó de apuntar con el dedo y observó al Comisario, al comprender sus palabras sus ojos tomaron un ligero color rojizo.

—La valentía no es mi fuerte —contestó mirando al suelo.

—Tampoco admitir tus logros… —confirmó el Comisario, guiñándole el ojo—. Sé lo que has hecho, ya verás que irá todo bien, más de lo que te esperas.

Esas palabras le sentaron como agua de mayo. Calaron en su

interior. Calló, ya no supo qué decir.

—¿Me permites? —continuó el Comisario señalando la nevera y pidiendo permiso para abrirla.

Víctor apretó los labios y le hizo un gesto con la mano.

Rita le cogió el brazo y le regaló una sonrisa que el joven le devolvió.

La puerta del minibar se abrió.

En su interior se encontraba agua, una ensalada preparada con el envoltorio hinchado, latas de sardinas y una botella de leche.

El Comisario agarró la ensalada, la miró, leyó encima y la volvió a colocar justo como estaba. Hizo lo mismo con la leche y lo volvió a colocar.

—Hace un par de días que se ha marchado.

—¿Cómo dices?

—Mira. La leche fresca tiene 10 días de caducidad, dos de transporte hasta el supermercado, pon un par de días a la venta, añades días aquí abierta. Faltan tres a la caducidad. Hace un par de días que se ha marchado. —El joven no dijo nada—. Y me apuesto que no encontrarán ni un rastro de huellas, ni un cabello —dijo el Comisario señalando a los forenses haciendo fotografías.

Luego, abrió la pequeña compuerta del congelador. Blanca, de plástico, desde fuera se notaba que el viejo aparato generaba más hielo que frío. Dentro encontró la sorpresa.

Cuando lo sacó, tanto Rita como el joven inspector que jamás había presenciado nada semejante, apartaron la vista ante tanto horror.

La sorpresa estaba congelada, dentro de una bolsa de plástico trasparente con cierre y repleta de hielo. El Comisario la levantó a la altura de su vista, mirándola a contraluz, todo apuntaba a ser lo que se imaginó. En la bolsa se encontraba un dedo índice, seccionado justo en la base. La sangre que salió por el dedo, se congeló en la bolsa y se convirtió en una inquietante materia granizada de color rojo cereza.

El estómago de Víctor se quejó creando arcadas que no abocaron en nada.

El espectáculo era dantesco.

Aun así, se encontró en una dicotomía moral. Por un lado, se horrorizó por lo encontrado, pero por el otro, sintió que todo había valido la pena.

—¿Víctor? —dijo el Comisario, el joven no reaccionaba, solo miraba con una expresión asqueada que delataba que no estaba presente—. ¡Víctor!

El joven sacudió la cabeza y bajó la mano que tenía tapando su boca.

—Si miras en esa bolsa de instrumentos, es probable que

encuentres unas tenazas que partieron este dedo y, a pesar de haberlo lavado a fondo, el metal tiene poros, siempre conserva micro partículas de sangre que ya sabes a quién pertenecen.

El joven se giró hacia el armario que contenía la bolsa.

El Comisario sacudió la cabeza.

—Se ha ido, pero… ¿Por qué? Esto no estaba en sus planes. Dejó el trabajo a medias. Alguien como este asesino, no deja las cosas a medias si no es por algo muy importante.

El Comisario volvió a introducir la reliquia en la nevera y la cerró.

Rita necesitó un poco de aire fresco y salió de la habitación, el Comisario siguió mirando.

El joven no dejaba de estudiar cómo y qué hacía el Comisario.

Entró en el lavabo, viejo, vetusto como el resto del motel.

Le llamó la atención el cuaderno encima de la mesita de noche.

No había apuntado nada. La informática era un territorio inexplorado e inhóspito para él. El Comisario era un inspector de la vieja escuela. Siempre se decía lo siguiente:

«Ver, observar, retener, deducir». «¿Qué tengo que deducir de aquí?».

Él había nacido en la calle y no detrás de una pantalla de un ordenador. Solo sabía leer los correos, ni siquiera se esforzaba en responder. El móvil era un objeto para recibir y enviar llamadas, como máximo había aprendido enviar algún mensaje de texto.

Cogió la libreta, la levantó y miró a contra luz. Había unos surcos, extrajo de su libreta un lápiz y coloreó con la punta de forma oblicua la parte donde aparecían unas líneas. Una vez que toda la hoja presentaba líneas grises y delante de la mirada curiosa del joven, apareció un texto.

Dr. Javier Cuenca Gil
12:45, sábado

—“Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá”. Mateo 7:7.

—Es una cita médica.

—Doctor Javier Cuenca Gil, trabaja en el departamento de oncología del hospital universitario infanta Leonor de Vallecas —dijo por detrás Rita, recuperada.

—Esta cita es de ayer —dijo el Comisario

—Ya sabemos por qué no concluyó su trabajo, lo dejó a medias por esto. Tiene que haber sido algo importante para dejar el trabajo a la

mitad.

—…o alguien importante.

—Claro.

—Alguien muy importante para su vida, desde luego.

—A lo mejor su novia o un hijo.

—¿Estás pensando con tu cabeza? Me da que no —confirmó el Comisario—. Ya sabes Rita, creo que nos acaban de regalar una excursión a Madrid.

En ese momento sonó el teléfono de Víctor, miró la pantalla, pidió permiso a los otros dos y contestó en la terraza externa.

—Ojeda.

—Víctor, soy Gloria.

—¿Sí?… ¿Ahora?

—Sí, se ha despertado.

Hubo silencio, el inspector miró a su alrededor.

—¡Desde luego podía elegir otro momento para despertarse! —pensó—. Tardaré media hora en llegar, ¿me esperas?

—Te espero, pero espabila policía.

El inspector suspiró y entró de nuevo en la habitación.

—Me tengo que ir, es urgente.

El Comisario sonrió.

—Es tu momento, no lo desperdicies.

El joven inspector abrió los ojos y se le erizó el vello.

—Nosotros nos vamos a Madrid, la libertad de mi hijo pasa por allí. Estaremos en contacto —dijo el Comisario y le cogió con las dos manos los hombros—. Eres un buen policía, sigue tu corazón y cuando dudes, escúchalo más fuerte sin que te contamine tu cerebro, tus miedos… tus superiores.

Víctor escuchó, retuvo, pero no entendió, pensó que no era importante, hubiera entendido las palabras del Comisario en otro momento.

Los tres salieron por la puerta, Rita le dio un beso en la mejilla que le hizo sonrojar, después tomaron sus respectivos destinos, con la intuición de que no se volverían a ver jamás.

38

Modena.

Varias décadas antes.

Nunca estaba en casa.

El Comisario Malatesta era originario del sur de Italia.

Entró en la escuela de policía por vocación y por tradición. Su padre, es decir el abuelo de Bruno, ilustre miembro del cuerpo de la policía nacional italiana, fue uno de los creadores del cuerpo en la época moderna. Ayudó a hacerlo crecer y llevarlo a lo que era en ese momento.

Entró en el cuerpo sin recomendaciones, sin tener un carril preferencial, aunque lo podía haber aprovechado. Se mimetizó entre los compañeros, como uno más, pero con la responsabilidad de un apellido en los hombros.

La dedicación fue total, su familia eran sus compañeros de armas. Con ellos se relacionaba todo el tiempo y no había nadie más que ellos. Hasta que uno quedó herido, un criminal salió de un atraco de una banca disparando de la misma forma que lo hacían en las películas.

Lo llevaron al hospital de Modena y una doctora le salvó la vida.

El cruce de miradas entre el Comisario Malatesta y la Doctora Carla, fue un cortocircuito para sus vidas.

A los pocos meses fueron a vivir juntos. Luego nació Bruno y formalizaron la familia.

El Comisario Malatesta se planteó muchas cosas desde ese momento, pero a pesar de no poder estar mucho por la familia, la quería, a su manera.

Carla cogió una excedencia para criar al pequeño Bruno, pero la ausencia persistente y reiterada del padre pesaba sobre los equilibrios familiares de la pareja.

Seis años.

Edad en la que un niño empieza a mostrar su personalidad.

Abandonó las pistolas de plástico y las plumas de jefe indio para entretenerse cada día más con los coches. Hasta que, por su cumpleaños, le regalaron un Scalextric. Fue el regalo más bonito que recibió y por años no lo superó nada.

El joven Bruno pasaba horas mejorando la pista, desmontando y montando los coches. De vez en cuando, el padre se presentaba en casa con algún coche nuevo y los ojos del hijo se llenaban de alegría, ahogando la carencia afectiva y de tiempo con el padre.

Los años pasaban sin pedir permiso a nadie de los dos.

El hijo se entretenía con el juego, pero quería compartirlo con el padre. Este llegaba a casa por la noche cansado y solo con las fuerzas justas para cenar, sentarse un rato en el sofá y dormirse. Bruno, de una forma silenciosa e involuntaria se sintió solo, sin las atenciones vitales de un padre.

Los domingos iban a cenar a casa de amigos y el Comisario jugaba con los hijos de sus colegas delante de Bruno. Este no entendía por qué no hacía lo mismo con él. Por qué no le daba a él las mismas atenciones. Acciones involuntarias que cambiaron la relación entre padre e hijo.

Bruno se encerró en sí mismo, rodando en su pista de Scalextric, ahogando en ella las faltas de cariño paterno.

Más adelante, entendió que la misma falta de cariño se convirtió en necesidad de protagonismo, de ser el mejor en todo lo que hacía para tener aplausos sociales, para rellenar esas carencias infantiles.

Bruno creció, igual que la distancia con su padre, hasta que tomó la decisión de irse de casa.

A pesar de la distancia entre ellos dos, el destino tenía un plan de repuesto para sus vidas y ese plan comenzó cuando Bruno tuvo que ponerse en el traje de inspector y, de forma paulatina, se fue acercando a su padre, sin que él se diera cuenta.

Descubrieron que tenían más puntos en común de los que jamás hubieran imaginado, los mismos que les abrieron los ojos.

La situación que vivieron los dos, uno en la cárcel, aceptando la ayuda del padre y el otro ayudando al hijo casi repudiado por no seguir sus huellas, los fue acercando.

A pesar de la distancia, sus vidas se fueron acercando y lo más importante: que se regalaron, a pesar del pasado, una nueva oportunidad.

39

Hospital Costa del Sol, Marbella.
Lunes, 10 de octubre
Un día antes del hallazgo.

Hospital Costa del Sol.

Un bonito nombre, a pesar de ser para una estructura hospitalaria.

Era un edificio de color beige, en lo alto de un pequeño montículo. Se accedía por una carretera que se desviaba de la provincial. A lo lejos, el bloque se dividía en cinco pisos, cada uno se identificaba por unas franjas, toldos azul claro y por ventanas, algunas de estas con luz en su interior.

Majestuoso, aposentado en un lugar privilegiado, dominando la zona y demostrando que estaba preparado para cualquier eventualidad.

El joven inspector salió de la provincial con la esperanza de tener respuestas, las mismas que no buscaba otra persona en su mismo departamento. Las palabras de su abuelo resonaban en su cabeza con la misma fuerza que bombeaba su corazón.

«Justicia y ser buena persona».

Su maestro de vida, le había enseñado el camino luminoso, su jefe le enseñó el de la oscuridad. Tentado por ese, más fácil y magnético, recordó de dónde venía y por qué era inspector.

Las palabras del Comisario Malatesta fueron un tsunami. Despertaron su misión, reactivando la visión del abuelo.

En su viejo Seat Ibiza, se dio cuenta que había retomado las riendas de su vida, aprovechando las olas creadas por el Comisario y decidiendo surfearlas en la misma dirección del propósito con el cual se hizo inspector.

Dejó el coche en la explanada, donde indicó un chico que se dedicaba al aparcamiento a cambio de monedas. La policía no tenía una zona reservada. Salió del coche

—¡Cuídamelo! —le dijo al chico y le acercó una moneda.

Este le miró con expresión de asqueado por el viejo Seat.

Arrancó a caminar hacia la puerta principal, recordó las palabras de la mujer que le llamó, su contacto en el Hospital General.

En la breve caminata, le apareció la misma escena de hacía pocas semanas. Su jefe aparcó en el mismo aparcamiento y en lugar de dar una moneda al chico, le enseñó la placa.

«Que no haya ni una rallada, ¿me has oído "gorrilla"?».

Las palabras de su jefe resonaron en su cabeza, entonces Víctor se sintió orgulloso, sintió el camino de su abuelo, de la justicia, de la igualdad.

Respiró a pleno pulmón antes de entrar en el hospital. Sintió el Terral, el viento que llegaba del sur, pero sobre todo la responsabilidad de lo que le estaba esperando esa noche. El aire llevaba matices de libertad, de vida. El mismo aire que en su ADN llevaba un mensaje mucho más profundo, esa noche marcaría un antes y un después en su vida y en las vidas de muchas personas.

Se detuvo delante de las puertas, estas se abrieron de forma automática. Volvió a respirar, y entró.

El chico en la recepción le indicó dónde le estaban esperando. Cogió el ascensor y subió dos plantas. Cruzó el pasillo, hasta encontrar el mostrador debajo del cartel: Unidad de Cuidados Intensivos.

—Hola Gloria.

La mujer levantó la cabeza y dejó de escribir lo que parecía un informe. Tenía unos cincuenta años, gafas con montura de pasta negra y un cabello de rizos oscuros estilo afro.

—Víctor, ¡qué rápido!

—He venido en seguida.

—Vamos —dijo la responsable de planta.

—Chicas, quedaros aquí, me voy un momento con este señor.

La mujer dio la vuelta al mostrador y siguieron por el pasillo.

Las enfermeras se repasaron al esbirro y él hizo como si no lo viera.

—¿Señor? Me haces muy viejo.

—Estoy casada Víctor.

La miró de reojo.

—Jamás te tiraría los tejos Gloria.

—Eso espero.

—Gracias por llamarme a mí primero.

La mujer tosió y contestó.

—¿Cuándo van a enviar a tu jefe, a uno de esos museos de dinosaurios policiales?

El chico se rascó la cabeza y contestó:

—No lo sé, eso no lo puedo decidir yo —dijo malicioso.

—Te estaba esperando. Mi turno finalizaba hace media hora, pero como que me dijiste que era urgente…

—Lo es, y mucho.

Caminaron hasta la habitación número treinta y siete.

Se detuvieron delante la puerta, Gloria miró por la pequeña ventana y se giró otra vez hacia Víctor.

—Escúchame bien. En teoría teníamos que esperar hasta mañana, pero es una excepción. —Le apuntó con el dedo y continuó—. Me debes una y gorda.

—Tranquila, no pasará nada.

—Bien. La mujer lleva poco tiempo consciente, solo podemos estar dentro pocos minutos. No insistas, no provoques, no la alteres, no acuses, no la canses, no digas algo fuera lugar…

—Vale, vale, ya me lo sé —interrumpió el joven.

La responsable de planta refunfuñó, le dio una última mirada que escondía el resto de recomendaciones y abrió la puerta.

—Hola Ana. ¿Cómo estás? —dijo entrando en la habitación.

La habitación olía a flores. En la mesa, al otro lado de la cama, había un ramo de rosas y una caja de bombones. Fue lo primero que vio el joven inspector siguiendo a la anfitriona. En la cama, un rostro de dulces y armónicas facciones, desfigurado debajo de un cabello rubio. Los moratones maculaban la cara blanquecina o pálida de la paciente.

Estaba incorporada, con tubos que entraban en su cuerpo, y aturdida.

Al lado izquierdo, su marido, el señor Vega, le tomaba la mano sonriendo, con los ojos rojos de haber llorado de felicidad, lo más seguro porque la mujer estaba viva, había conseguido salir del coma.

—Te ha venido a ver Víctor, el inspector de la policía —dijo Gloria, amablemente y tranquilizando a la paciente—. Solo te hará unas pocas preguntas. Son importantes. ¿Te parece? ¿Sí?

La paciente movió la cabeza e hizo una mueca rápida con la boca.

El inspector se acercó.

—Hola Ana, que sepas que en cualquier momento que quieras parar, pararemos. ¿De acuerdo? —La mujer asintió y Víctor acabó de hacer los últimos pasos hasta la cama, por su lado derecho. Por el otro el marido seguía cogiéndole la mano.

—Te enseñaré unas fotos y verás a varias personas, que no tienen nada que ver entre ellas y alguna puede que sea la persona que te ha hecho esto.

La directora del banco, giró la cabeza hacia su marido, cerrando los ojos.

—No insistas —dijo la enfermera cogiendo por un brazo al joven inspector.

—Ana, es muy importante. Hay muchas personas que se encuentran en una situación difícil y otras que podrían sufrir lo que tú estás pasando. Otras mujeres, otras madres, otras esposas. Si le pudieras señalar, podrías ayudarnos a coger al hijo de perra que te ha hecho esto. ¿Lo entiendes? Y evitar que haga más daño.

La mujer no dijo ni una palabra.

Respiró profundamente y se llenó de coraje. Giró la cabeza hacia el inspector, otra vez, y asintió.

—No hace falta que lo hagas… —dijo el marido.

La directora con la expresión de su rostro endurecida le enseñó la mano, como diciendo que sí podía. Sintió que la fuerza de la venganza despertaba con las palabras del joven inspector, como las campanas del domingo que llaman a los fieles a misa.

—De acuerdo.

Le enseñó la primera foto y la mujer negó con la cabeza.

—¿Segura? —Ana asintió, mirando a los ojos al policía que no se había quitado la gabardina color caqui—. Muy bien, seguimos.

Cambió la foto y Ana volvió a señalar, sin emitir un solo sonido, que no era.

Así sucedió para las primeras tres fotos.

La cuarta, el policía se la acercó, para que la viera mejor. La directora volvió a negar.

—¿Está segura Ana? Por favor, mire bien esta foto.

Ella regresó su visión de la cara del policía a la foto. La cuarta representaba la imagen de Bruno Malatesta vestido de presidiario y con un número de identificación.

Confirmó que no era él.

—Bien, genial. Gracias Ana. Ahora me gustaría que te concentraras en esta última fotografía. Es la más importante. Estás haciendo un trabajo extraordinario, eres muy valiente, pero ahora llega la última.

Ana Vega asintió, el marido arrugó el ceño.

El inspector sacó despacio la quinta foto después de la de Bruno. Era una imagen capturada por una cámara de seguridad, aparecía un hombre de lado, con una gorra, mirando de reojo y una expresión inquietante.

Ana primero no entendió bien lo que veía, no era tan clara como las otras. La agarró. Abrió y cerró los ojos varias veces, hasta que algo en su cerebro identificó algo.

Inspiró y expiró varias veces, con ganas de hablar, soltó la mano del marido y señaló al hombre que estaba retratado.

Entró en hiperventilación. Se levantó incorporándose e intentando

bajar de la cama. La máquina que marcaba los latidos comenzó a sonar con una alarma de emergencia. Las palpitaciones de la mujer se dispararon.

Comenzó a vocalizar sonidos guturales sin sentido aparente, hasta que Ana soltó la instantánea como si estuviese quemando, tirándola al suelo. Se giró buscando cobijo en su marido.

—Ya está bien, vete afuera —dijo la responsable de planta y le echó de la habitación.

El joven inspector salió y cerró la puerta detrás de él.

Miró la instantánea que recogió del suelo antes de salir, era la foto de Nicolás. Sintió tristeza por la mujer, pero un tremendo alivio, tenía la respuesta que buscaba.

Esperó, hasta que la jefa de planta saliera.

—¿Sabes que me podrían echar de este hospital por lo que acaba de pasar?

—Eres una gran profesional, nunca te van a echar.

—¿Por eso? —dijo señalando la habitación—. Es verdad tienes razón, me podrían echar por mucho menos. Me debes una muy gorda chaval.

—No, te equivocas. Quien te debe una son todas las mujeres y hombres que ya no va a matar este asesino —dijo, siguiéndola—. Yo te puedo invitar a una cerveza.

—Menuda generosidad y compensación —dijo mientras chasqueaba la lengua—. Vete ahora policía.

—Gracias —dijo haciendo el saludo militar con dos dedos—. Nos vemos pronto Gloria.

—Espero que no —contestó sin mirarle y sentándose detrás del mismo mostrador en el que estaba antes de que apareciera el policía —. Y no me saludes así, no soy tu jefe.

El joven inspector caminó hacia el coche, se detuvo en la escalera que llevaba al aparcamiento cuando sonó su móvil. Sacó su teléfono, miró la pantalla y apretó el botón verde.

—Ojeda.

—Soy yo.

—No me jodas… ¿tú también esta noche?

—¿Cómo dices?

—Nada, déjalo.

—¿No querías tu oportunidad? ¡Está aquí! Ahora… o vete a saber cuándo.

—¡Maldita sea! —Hubo silencio, miró a su alrededor y continuó—. De acuerdo, voy.

—Te veo en la puerta de atrás.

—Roxana…
—¿Qué, esbirro?
—Gracias.
—Espabila. —Y colgó.

El inspector dio un puñetazo en la barandilla de la escalera y aceleró el paso.

Víctor tenía la primera respuesta de la noche y pronto llegaría la segunda.

¿La suerte estaría de su lado?

40

Despeñaperros.

Un parque natural de una belleza sofocante.

La carretera hacia Madrid atravesaba el espacio verde. El Comisario Malatesta observando toda esa hermosura por la ventanilla del copiloto. Quedó en silencio, contemplando cómo el cielo azul se hundía en el valle que la carretera serpenteaba por las montañas incontaminadas.

Botella, lima, menta, turquesa y el casi fluorescente de las puntas recién brotadas de los pinos. Esos eran los verdes de los árboles que inebriaban al italiano. Todos enroscados en vertiginosas e inhóspitas rocas adecuadas solo a la vida de cabras salvajes.

En el cielo, majestuosos halcones escrutaban el terreno eligiendo su próxima presa.

La infraestructura le resultaba colosal al italiano. La carretera, a trescientos metros sobre el fondo del valle, se notaba que era de reciente construcción.

—Tardarían veinte años para construir un puente como este en Italia.

La pelirroja se giró y le sonrió.

—Seguro, antes se tenía que pasar por esa carretera de allí —dijo ella señalando abajo, a una línea que zigzagueaba la montaña—. Entonces sí que se hacía pesado pasar por aquí.

Los dos siguieron alternando cómodos silencios y futilidades para conocerse más.

El Comisario, en uno de los momentos largos sin hablar, recordó las innumerables veces que llegaba a casa cansado de trabajar y Bruno le invitaba a jugar con el Scalextric. Él no era bueno en eso, le daba apuro jugar a algo a lo que era un desastre. No quería aburrirle o que se riera. Se arrepintió de no haber jugado más con él.

—¿Tienes hijos Rita?

—No —contestó seria.

—¿Nunca has querido?

—Nunca encontré a alguien adecuado. —Se aclaró la voz y siguió —. Bueno, sí que tuve la ocasión pero no llegamos a tenerlos. En parte es mejor así.

—¿Por qué?

—Porque con mi trabajo y el del padre girando por el mundo, habría tenido una infancia difícil. —Los dos se callaron—. Creo que habría sido una mala madre.

—No lo creo. Un hijo te cambia y te cambia la vida, pero no modifica tu esencia.

La mujer subió las cejas sin quitar la vista de la carretera.

Una vez pasado el paraíso verde y la conexión celular fue más estable, Rita llamó a Almudena, la compañera de Víctor en la comisaría de Puerto Banús, la misma que indicó que les podía ayudar mientras él estuviese fuera con otro asunto.

—¿Almudena? Soy Rita De Angelis. Tu número me lo dio Víctor.

—Sí sí, estaba a punto de llamarte yo.

—¿Qué ha pasado?

—Buenas y malas noticias.

Rita y el Comisario se miraron a la cara.

—Decirte que tengo puesto el manos libres en el coche, el Comisario Malatesta te está escuchando.

La mujer rio, denotaba una joven edad.

—Sin problemas. Mirad, he conseguido averiguar quién es la mujer de la visita, una tal María Gutierres. —Entonces comenzó a leer—. María Gutierres García, 74 años de edad, ama de casa, viuda de José Antonio Martínez Pérez, jubilada con una pensión mínima, piso en propiedad en Vallecas, madre de Nicolás Martínez Gutierres.

Rita y el Comisario se miraron con los ojos fuera de sus órbitas, sintieron que tenían el nombre del individuo, a lo mejor del presunto asesino.

—Espera Almudena. —Rita interrumpió la lectura de la chica— ¿Dónde estás leyendo esta información?

La chica, al otro lado del teléfono, dudó.

—Eeeeeee, desde el portal de Hacienda.

—Ok, mírame a este tal Nicolás. ¿Qué hay sobre él?

—Dame un minuto y te lo miro enseguida. —Hubo un silencio largo—. A ver, aquí. Sí. Nicolás Martínez Gutierres, 345746739-N, nacido en Vallecas, padre tal y madre tal. Estudios de la Eso y un curso de grado superior de mecánica, acabado hace años. Menos de un año de nóminas en un tal Taller AOLAR Racing en Marbella. Luego ya no hay rastro de él. Un fantasma, no hay más señal. Ni un domicilio modificado, resulta empadronado en el domicilio familiar, sin cuentas corrientes a su nombre, ni teléfonos, ni propiedades, sin multas, sin

deudas, sin nada y sobre todo sin actos delictivos grabados. Como si hubiese muerto o desaparecido del mapa.

—Es justo lo que necesitaba, que fuera un fantasma. Estamos delante de un joven profesional del delinquir —añadió el Comisario—. No hay dudas, es él.

—¿Has averiguado la naturaleza de la visita con el médico?

—Sí. He hablado con el médico.

—Excelente —dijo el Comisario, susurrándolo.

—Tuvieron una visita porque le acaban de encontrar un tumor maligno a la mujer, con metástasis. Le quedan pocos meses, incluso pocas semanas. ¡Ya me entendéis!

Hubo silencio.

A pesar de poder ser la madre de un asesino, una noticia así sacude los cimientos de la consciencia y de la sensibilidad.

—Necesitamos la dirección de la señora.

—Claro, te la paso por mensaje de texto.

Rita recibió la dirección y la aplicó en el GPS del móvil.

—Estaremos allí en unas tres horas, para cenar. Hay tráfico de entrada en Madrid.

—¿Qué sabes del móvil de Alex? ¡No! …de Nicolás.

—He hablado con la compañía de teléfonos. Está todo el rato apagado. La última actividad fue de esta mañana en la zona de los Monegros, Zaragoza. Por allí no hay nada, solo la autopista AP-2.

—*Vaccaboia, puttana miseria* —esputó el Comisario.

La pelirroja se giró, hasta ese momento no le había visto así.

—Buen trabajo Almudena. Vamos hablando. Gracias por tu ayuda, en cuanto salgamos del domicilio de la madre, llamaremos a Víctor.

—Tened cuidado, ese Nicolás no me parece de los que se vayan a detener por nada.

La conversación se acabó.

Los dos “detectives” se dirigían hacia Vallecas a toda velocidad.

Rita sentía que echaba de menos a Bruno, pensaba que si hubiese estado allí, estaría volando con su coche, como un piloto descabellado por la autopista. Sus sentimientos la alimentaban del mismo modo que su coche necesitaba gasolina para avanzar. Soñaba volver con volver a su vida de antes. Antes de que Nicolás alterase el orden creado y tirase porvenir por la borda. Asustada por lo que podía pasar, procuraba pensar lo menos posible en ello, dando más peso a la esperanza, que alimentar los miedos infundados que generaba su cabeza.

El silencio del Comisario era habitual, era una persona mucho más reflexiva, callada. Apuntaba en su agenda todo lo que pasaba, con una

maniaca voracidad. No importaba lo que sentía, si miedo, venganza o justicia, solo se ceñía a los datos y las pistas, apartando los sentimientos. Era lo que solía hacer con sus casos pero con la desventaja de que, si en esta ocasión se equivocaba, en la cárcel se quedaría su hijo.

El tiempo para demostrar que Bruno no fue el asaltante del chalet. Se convirtió en una carrera a contrarreloj para perseguir al verdadero asesino.

41

Cambió su atuendo.

El camino hasta el lugar que dijo Roxana fue un martirio.

La cabeza le decía que fuera sensato y que volviese, que no siguiese. De no tirar todo por el retrete con esas acciones sin vuelta atrás. Su instinto y su corazón alimentaron la fuerza que empujaba el pie a pisar el acelerador y seguir hacia la dirección confirmada.

Le sudaban las manos y las axilas, dejando el volante húmedo y manchas en la camisa. La garganta se le cerró y las palpitaciones aumentaron cuanto más se acercaba al punto establecido.

«¿Qué me está pasando? Tranquilo. Tranquilo. Respira».

Su respiración se alteró, haciéndose irregular e incrementando la ansiedad.

Lo que iba a hacer, jamás se lo hubiera imaginado pero nació de un sentimiento de justicia y alimentado por las palabras del Comisario Malatesta.

No se sentía listo para esa decisión.

«Nunca lo estamos. Siempre tiene que haber una primera vez».

Avanzaba con su coche, bajando por la nacional. El tráfico de la tarde era intenso, los camiones abundaban y se detenían en las varias estaciones de servicio, camino a Murcia, a Barcelona o directos al resto de Europa.

El GPS le avisó que a los trescientos metros tenía que girar, puso el intermitente. Buscó un aparcamiento en el parquin polvoriento. Aparcó detrás de un tráiler, lejos. En el centro de la enorme explanada y en frente a la carretera nacional, un edifico de varias plantas y una insignia gigantesca y luminosa que decía: El Oasis.

Roxana esperó al lado de los contenedores de las basuras, justo al lado de la puerta trasera.

Los camiones entraban y salían, levantando el polvo del solar, creando una neblina que se enganchaba en las carrocerías, en las lonas, en los cristales de los vehículos. La noche bajó de la misma manera que un actor entra en escena, quitando protagonismo al polvo

en suspensión y convirtiéndolo en un actor segundario que, de todas formas, su comparsa atribuía un toque inquietante a la situación.

Víctor se sintió presionado por sus pensamientos, derivados de su estado de ánimo. El aparcamiento le pareció un callejón de la Londres de Jack el destripador. Aunque no se sentía un destripador, ni un asesino, sino un cirujano de la justicia.

Vestía tejanos oscuros y camiseta negra de manga larga. A los pocos minutos de esperar en el lugar indicado, Roxana apareció, puntual.

Los dos no se miraron a los ojos, el joven inspector sintió su presencia, pero no se giró.

—Eres puntual esbirro.

—Siempre lo soy.

—¿Estás seguro de hacerlo?

—¿Crees que habría venido hasta aquí a perder el tiempo?

—Que estés, no quiere decir que estés preparado… —La prostituta se tomó un momento mirando al horizonte más allá del parquin—. O convencido de hacerlo.

—Es hora que amputemos una parte de la sociedad putrefacta.

—Carai, hablas como si vinieras de una serie americana.

Víctor se giró y entonces la miró.

—Tengo las mismas ganas que tú de pillar a ese cerdo, ¿o me equivoco?

Roxana rió mirando el suelo.

—Años. Largos años que siento y no hablo, sufro y lloro, veo y trago, maldita jodienda—contestó la mujer con los ojos rojos de rabia —. ¡No te puedes imaginar cómo son mis ganas! Ese cerdo me ha hecho tantas putadas que todo lo que le puedas hacer nunca saciará mi sed de venganza. Pero no quita que es un paso sin retorno, si nos sale mal nos podemos arrepentir mucho y tú tienes un trabajo estatal seguro, yo tendré que huir. Y eso, no lo voy a permitir. Ya lo he hecho bastante en mi vida. Así que más vale que te salga bien la jugada, esbirro.

El joven inspector arqueó las cejas hacia abajo y le dijo.

—Te entiendo, no vamos a equivocarnos, te doy mi palabra de que no lo voy a permitir. ¡Confía en mí!

La mujer de más de cincuenta años, rió con cinismo.

—¡Pero si eres un crío! Antes te hubiera ido bien que alguna compañera te hubiera hecho un apaño. —Se giró hacia la puerta y entrando concluyó—. En fin, vamos o llegaremos demasiado tarde.

Los dos entraron en el edificio.

Atravesaron las cocinas en pleno bullicio, entre ruidos metálicos de sartenes y vahos de cocciones. Salieron por la puerta lateral de los

camareros, atravesaron un vestíbulo privado de servicio y acabaron en una escalera.

La mujer abría paso mirando al suelo. A los dos metros, el joven inspector miraba por todas partes, con una visión voraz.

En el primer piso, la mujer asomó la cabeza por un pasillo, comprobó que no viniera nadie e hizo el gesto al esbirro que se espabilara. Aceleraron el paso y cruzaron el pasillo, pasando por delante de varias puertas, en una de ellas se oía un gran ruido, bullicio, risas y gritos, música. El joven se giró y miró la placa sobre la puerta, ponía: “Oasis Presidencial”.

Al final del pasillo, abrió una puerta fea, de servicio, se metieron y se encontraron en una habitación oscura.

Roxana se adentró conociendo al dedillo el camino entre trastos, polvo y muebles abandonados. El joven encendió la linterna del móvil y la siguió.

La tensión subía por las arterias del joven inspector, de la misma forma que la respiración al compás de su ansiedad. Nunca hizo algo así ni siquiera se hubiera imaginado estar en las habitaciones internas de un burdel siguiendo a una mujer que trabajaba allí.

Roxana Gonsalez.

Aterrizó en España desde Guatemala, engañada por un hombre mucho mayor que ella. Tenía las facciones marcadas por el sufrimiento provocado al ser forzada a una vida que no eligió.

Se paró delante de otra puerta que se encontraba al fondo del trastero. Se giró y mirando a Víctor alineó su índice a la nariz.

—Sshhhh. No digas nada ahora.

Giró la maneta y con extrema cautela abrió la puerta y entraron.

La segunda habitación era estrecha, larga como la habitación de la que salían las voces festivas. Estaba iluminada por la luz que venía de la habitación contigua, escapándose por fisuras y agujeros camuflados por el decorado interno.

El sonido era perfecto, se podían escuchar todos los diálogos. El olor a cerrado se mezclaba con las colonias que venían de la habitación.

Víctor asomó la vista por una fisura y vio unas mujeres con pechos desnudos y un hombre. Movió la cabeza para mejorar la vista, pero la mujer le tocó el hombro y le hizo señal de seguirle.

Fueron hasta el final de la estancia. El joven subió una escalerita de madera de tres peldaños polvorientos y se asomó.

Allí tenía otra visual, se veía todo por un agujero, le dio la impresión que estaba hecho adrede.

Entonces, encima de la escalerita, con vistas sobre la verdad,

presenció la escena que nunca quiso ver, pero que deseaba de corazón. Se sintió un impostor, un cotilla, un abusivo, un policía de la misma especie que le habían enseñado a ser en los últimos meses y que no quería ser.

El mismo que le enseñó a saltarse la ley, estaba a punto de recibir la misma moneda. De la misma manera que le hizo el entrenamiento más duro de vida, estaba en la habitación Oasis Presidencial. Delante del joven inspector, desnudo y rodeado de prostitutas. Allí, se encontraba Pedro Valbuena, el jefe inspector.

En ese momento su vida cambió y el plan se ponía en marcha, de una forma irreversible.

42

Vallecas, Madrid.
Lunes, 10 de octubre
Un día antes del hallazgo.

Llovía.

Las calles mojadas daban la peor impresión de la zona desolada.

El dispositivo satelital los llevó hasta su destino, hasta el lugar más inhóspito de la ciudad. San Diego, uno de los peores barrios de Vallecas. El barrio daba la impresión de haberse abandonado a sí mismo. La policía entraba por esas calles solo por estricta necesidad.

La lluvia que mojaba un paisaje olvidado por el mundo, solo acentuaba más la sensación que tenían los dos forasteros. El vistoso descapotable de Rita despertaba revuelo por las calles, los dos se sintieron observados, el plan se podía ir al traste.

Cambiaron de dirección y llegaron a un parquin subterráneo. Aparcaron el coche lejos de las vistas más indiscretas y cogieron un taxi hasta la puerta del edificio indicado por la policía.

Las calles presentaban remiendos en el asfalto. En los bordes, coches humildes estaban aparcados, algunos con ventanillas reventadas, sin ruedas y apoyados en ladrillos. En las aceras, hileras de árboles sin hojas, caídas por el otoño prematuro. Los edificios de ladrillo color terracota, vigas grises y ventanas blancas, aumentaban la sensación de lugares populares y casas de protección civil.

Desde el taxi, los dos detectives sentados en los asientos traseros, sentían tristeza por el lugar donde vivía la madre. La infancia de un niño determina su futuro, así como el entorno puede ser el gatillo de un asesino. Los dos, se miraron a los ojos y se lo dijeron todo.

El Comisario pagó al conductor y bajó. Abrió el enorme paraguas, color verde inglés del coche de Rita, con el logo de las dos alas y la fue a buscar al otro lado del taxi.

Ella se arrimó al Comisario y le dijo:

—Ahora entiendo de dónde Bruno ha aprendido tanta caballerosidad.

El Comisario enrojeció, ante el estupor de ella, que hizo como si no viera su reacción.

Llegaron a la entrada del edificio, un enorme cuadro gris de timbres marcados con números y nombres.

El Comisario comprobó el de la señora y apretó uno que no era. Rita arqueó las cejas.

—¿Sí, diga?

—Correos.

—¿A estas horas?

—Señora, mucho trabajo, solo ahora he podido.

La señora resopló.

—Vale, dame un minuto. Espérame abajo, apago el fuego y voy.

—Ok —contestó.

La señora abrió el portón.

Rita le miró a la cara.

—Es mejor que la madre de Nicolás no tenga tiempo de pensar.

Los dos entraron y cogieron el ascensor. Las puertas se volvieron a abrir en el piso de la madre.

En el rellano se encontraban cuatro puertas y un fuerte olor a puchero de lentejas y ajo. Rita, sin abrir boca indicó la que buscaban.

El Comisario apretó el botón del timbre y a los segundos se oyó una voz molesta en su interior.

—Voooy.

Los pasos se acercaron a la puerta hasta que el cerrojo al otro lado se abrió.

—¿Quiénes sois?

—Somos amigos de Nicolás.

Hubo un silencio incómodo.

—Nicolas no está, no sé dónde está.

Los dos detectives se miraron a la cara.

—Sabemos que ha estado aquí, nos ha dicho que la llevaría al médico. Lamentamos mucho su situación —comentó Rita.

Desde dentro no hubo respuesta.

—Creemos que su hijo está en un grave peligro, pero confiamos en que le podremos ayudar —añadió el Comisario.

—Ustedes no saben nada de mi hijo.

—Escuche, por favor solo queremos hablar con usted cinco minutos, ¿nos podría abrir? Creemos que podemos ayudarle, de veras, se lo digo como padre, antes que hombre.

La mujer gruñó.

El ambiente se notaba tenso, de incertidumbre.

De golpe los cerrojos se desbloquearon. Primeros los de arriba, luego los de abajo y, por último, el central.

La puerta se abrió, la mujer era delgada y baja. Llevaba un vestido de flores sintético, medias elásticas para las varices y unas pantuflas rosas. Su rostro parecía azotado por el tiempo y sus latigazos. Las profundas arrugas le cruzaban los labios y la frente. El pelo gris, recogido hacia atrás con una cola. De ojos apagados, como el barrio en el que vivía.

Les hizo pasar y los acompañó hasta la sala de estar.

El Comisario comenzó a hacer una radiografía, como un escáner móvil policial. Todo lo que le rodeaba, tanto muebles, como la decoración, la cocina y los alimentos, la ropa de la señora y el lenguaje no verbal.

Necesitaban saber dónde estaba su hijo, a dónde se dirigía pasando por Zaragoza. Necesitaban entender y lo más probable era que la señora no hablase. Si no conseguían crear un vínculo sin equivocarse en el tono, la madre se cerraría como un erizo.

Tenían que probarlo y el paso más difícil era justo entrar, y ese ya estaba hecho.

43

Jaque mate.

El corazón le apretó la garganta.

Se detuvo el mundo.

Solo existía ese momento.

El planeta bajó de velocidad, entrando en ralentí.

No tuvo delante una escena dantesca, sino la oportunidad de su vida. A pesar de que tenía a su jefe en jaque mate, era crucial que jugara bien sus cartas. En caso contrario, el tsunami que había provocado le enviaría a dirigir el tráfico de alguna escuela en la España profunda y despoblada.

Sacó la cámara, la colocó y apretó el botón de grabar.

Mientras, iba haciendo fotos con el móvil y algún vídeo. El sonido era perfecto, se oía todo. Llegaron justo a tiempo, estaban calentando motores.

La habitación "Oasis Presidencial" estaba tapizada con terciopelo rojo brillante por las paredes. En el suelo, una moqueta negra hacía resaltar más el resto de los muebles. Varias camas repartidas por el espacio, juguetes sexuales de todo tipo, tamaño y color en una mesa. En el centro una cama roja, redonda, con cuatro mujeres a pecho desnudo y braguitas de lingerie.

Pedro Valbuena se encontraba jugueteando con ellas. Delante de una mesa con botellas de espumoso francés y finas rayas de polvo blanco, que todo apuntaba que fuera cocaína. Las mujeres iban consumiendo la droga entre besos, sorbos de champán y besos con el jefe.

De repente, entró alguien por la puerta. El joven inspector subió los hombros haciendo desaparecer el cuello. Se giró hacia Roxana y ella le tranquilizó con un gesto rápido de su mano.

—¿Dónde estabas? Estas señoritas te estaban esperando —dijo el jefe al hombre que se presentó en albornoz.

—Perdona, pero ya sabes cómo es el juez nuevo, es un toca huevos y se cree que va a salvar el mundo.

Los dos se rieron ruidosamente.

Entonces Víctor desgranó los ojos, reconoció al hombre que ya se

había quitado el albornoz quedando desnudo. Era el fiscal, el más conflictivo de Puerto Banús. Armando Llinares en persona. Siempre tuvo sospechas, pero nunca se hubiera imaginado de encontrarlo en ese festín inmoral, en una orgía depravada con el jefe de los inspectores de la comisaría.

Los dos hombres, rodeados de las prostitutas, comenzaron a hablar entre ellos mientras iban consumiendo drogas y alcohol.

Todo tenía sentido, o por lo menos para Víctor cobraba más sentido por momentos. Mientras veía la escena y se estaba grabando, en su cabeza rebobinaban escenas, casos, injusticias y sobre todo incongruencias inexplicables, que el jefe justificaba con: «Es lo que hay Víctor, así es la vida, no todo va como nos gustaría que fuera. Más vale tener tranquila la población que tener desorden en las calles. Tienen que creer que están seguros allí fuera. ¡Ese es nuestro trabajo, ese es tu trabajo!».

Recordó casos que no entendió, pero la luz de esa habitación oscura hizo que los hilos se conectaran. En ese momento entendió que todos los casos "misteriosos" estaban vinculados con el mismo fiscal general, el mismo que estuvo de las manos del jefe y que estaba en la bacanal delante de él.

—Nuestro benefactor ha sido generoso.

—Tienes toda la razón, hemos hecho bien en complacerlo.

—Total… uno más o uno menos de nuestro listado, no venía de aquí.

Los dos hombres en la habitación se reían a pleno pulmón, ya bajo los efectos de las sustancias.

—Ese italiano no sabe por dónde le ha bajado y no se va a mover de donde está por mucho tiempo.

—Tengo que decirte que cada año eres más hábil, mi viejo amigo —dijo el fiscal.

—Te dije que haciendo estos… —El jefe osciló la cabeza para buscar la palabra.

—¿Atajos?

—¡Recortes! …a la sociedad, todo sería mejor.

—Te propongo un brindis —dijo el fiscal levantado la copa de espumoso.

El jefe levantó la suya y las cuatro mujeres a las que iban tocando el pecho y besuqueando también brindaron entre gritos.

—Por ti, por nuestro nuevo benefactor y por tu ayudante.

—¿Mi ayudante? —dijo el jefe bajando la copa como si se le hubiera bajado la libido.

—Claro, también para él, es parte del plan.

—Ese es un memo, nunca llegará a nada. Es un medio tonto, trabaja mucho y nunca entenderá cómo funciona el mundo real y que

no se ve.

—¿Nunca has pensado que algún día podría estar aquí con nosotros? Antes o después te jubilarás.

—De momento no me voy a jubilar, y el memo déjalo donde está, de momento que calle y otorgue —dijo el jefe y volvió a levantar la copa.

Los puños de Víctor se cerraron con fuerza, estuvo tentado de saltar dentro y dejarles las caras como cromos, pero no era el momento, el plan habría saltado en pedazos y puesto a Roxana en una situación no deseada.

«La venganza se sirve en un plato frío», se dijo Víctor.

Recordó a Rita de Angelis delante de él, con sus fotos del coche de Bruno y de su teoría complotista. El fiscal que le encerró era precisamente el que tenía delante. Todo comenzó a cobrar sentido.

Los dos hombres comenzaron a fornicar con las mujeres, la cámara grababa todo momento, de vez en cuando enfocaba en posturas bizarras con accesorios negros con tachuelas.

Los tenía.

La presión en los hombros de Víctor, comenzó a ser libertad, satisfacción, orgullo. Pero nada estaba hecho, eso era solo el primer paso del plan, en cuanto saliera de allí, empezaría el verdadero plan que desencadenaría en la venganza del “memo”, el pequeño saltamontes que arrastra el maestro, el aprendiz empoderado por el viejo Comisario que venía de lejos.

44

Vallecas, Madrid.
Lunes, 10 de octubre
Un día antes del hallazgo.

La lluvia incrementó.

La insistencia en los cristales salpicándolos y tamboreando las gotas en la superficie trasparente, parecía que pidiese que le abrieran, para asistir al encuentro.

El olor a lentejas que encontraron en el rellano, se intensificó al entrar. Desde la cocina se oía el burbujeo del puchero en el fogón.

El apartamento era modesto, vetusto, lleno de polvo incrustado en las superficies horizontales y en los cristales de las vitrinas. En el suelo, mugre fosilizada. La pequeña casa trasmitía tristeza, de la misma manera que la señora lo hacía hacia los dos detectives, sentados en el sofá. Este, de terciopelo verde pino, con el respaldo cubierto por una manta, desprendió una nube de polvo al sentarse los dos visitantes. En frente dos butacas, una vieja del mismo estilo del sofá y una nueva, que usaba la señora. Impoluta, con un sistema mecánico que alzaba la estructura para ayudar a levantarse.

En la pared, una televisión plana de gran tamaño. El resto eran objetos de decoración años setenta, con tanto polvo que no se apreciaba el color original. Las cortinas naranjas agregaban un toque quiche al espacio, absorbiendo la poca luz que entraba por las pequeñas ventanas.

La dueña de la casa, a pesar de haber abierto, demostraba pocas ganas de hablar y lo que es peor, se sentía incómoda con la decisión que acababa de tomar.

—No tengo mucho tiempo —comenzó la señora marcando el compás de la conversación.

—Gracias por abrir las puertas de su casa —dijo Rita.

La señora levantó los pómulos y gruñó.

—Como le decíamos antes, estamos buscando a su hijo, creemos que le podemos ayudar.

—Mi hijo no necesita la ayuda de nadie.

—Sabe dónde está, ¿verdad?

—¿Por qué le buscan?

Los dos "detectives" se miraron a la cara, no quisieron decir la verdad.

—Los amigos se ayudan en las dificultades.

La mujer volvió a gruñir.

—No, no sé dónde está.

—Mire, entiendo su situación…

—¡No! Usted no sabe nada —interrumpió la mujer—. No sabe cómo ha sido mi vida y la vida de mi hijo. —Al finalizar apretó los labios, se dio cuenta que había hablado más de la cuenta.

—Su marido murió hace años, tiene que haber sido un duro golpe quedarse sola.

—¿Mi marido? Tampoco sabe nada de él. Ojalá, nuestro señor se lo hubiese llevado antes, mucho antes —contestó desafiante.

La señora levantó los hombros y miró hacia otro lado.

Rita se vio en un callejón sin salida, empezó mal la conversación y el Comisario sintió que se encontraban a un soplo de que se levantara la señora y les echara.

—Yo tengo un hijo señora —arrancó el Comisario—. Le he impuesto mi voluntad desde pequeño, es un buen chaval, siempre se ha esforzado y casi le pierdo para siempre. Es más, he perdido sus mejores años por ser adicto a mi trabajo. Le entiendo señora, más de lo que cree.

—Yo también he perdido muchos años de la vida de mi hijo, ¿qué se piensan? Y de la mía.

—Me lo imagino —replicó el Comisario—. Pero estamos aquí para ayudarlo. ¿Me comprende?

La mujer sonrió maliciosa, mezquina.

—Casi me lo creo, ustedes son malas personas, no van a ayudar a nadie, vete a saber qué le quieren hacer a mi hijo. ¡Canallas!

—Señora Gutierres, por favor confíe en nosotros.

—¿Son estafadores? ¿Malas personas? ¿Matones?

Los dos "detectives" se miraron a la cara otra vez, extrañados. Entonces el Comisario entendió que tenía que cambiar de tercio.

—Tiene razón señora, nos ha pillado. Queremos ofrecer un trabajo a su hijo. Nos han dicho que es muy bueno en ciertas facetas y tenemos algo para él. No le encontramos. ¿Sabe dónde podemos encontrarle?

La mujer giró la cabeza y le miró de reojo. Abrió la boca y cuando iba a hablar, se acordó.

«Vendrá gente a buscarme, no le digas a nadie dónde estoy, a nadie, ¿entendido?».

Volvió a cerrar la boca y pensó.

—¿Dónde podemos encontrarle? ¿Nos puede ayudar? —al decir esas palabras el Comisario se dio cuenta que había insistido demasiado y el efecto fue el contrario.

—Ya se lo he dicho. ¡No sé dónde está mi hijo!

—Pero vino hace unos días para acompañarla al médico.

Esa frase fue el detonante, ya no supo qué decir la señora, se puso a la defensiva y tomó una decisión.

—Ya les he dicho todo lo que sabía, por favor váyanse.

El Comisario pasó a la fase que como la llamaba él, "el plan donut" o "el plan salvavidas".

La señora accionó el mecanismo desde el mando y el sillón se activó para ayudarla a ponerse de pie.

—Por favor váyanse, ya les he dedicado bastante tiempo.

—Señora venimos de lejos, me permite ir al servicio. Tengo la próstata maltrecha, necesitaría ir urgente.

La señora le miró, gruñó y se apiadó del hombre.

—Ese pasillo, la puerta de la derecha —dijo de malas ganas.

—Gracias, vuelvo en seguida.

—…¡Y no ensucie!

Rita comenzó a hablar de las lentejas y de su receta para entretener a la señora.

El Comisario se detuvo delante de la puerta del lavabo. Miró el dormitorio de la señora, era la siguiente puerta del pasillo, comprobó una vez más que Rita la estuviese distrayendo y entró en esa habitación.

El espacio tenía el mismo decorado de los años setenta que el resto del piso. Muebles de madera, una cómoda con espejo de color sepia con estrías negras. En la pared, un crucifijo enorme y la cama de matrimonio fue substituida por una cama individual de hospital.

El espacio estaba muy recargado de muebles. El Comisario miró rápidamente en los cajones y en medio de la ropa. No vio nada.

Entonces se le ocurrió una idea.

Retrocedió al pasillo y se colocó detrás de la señora, haciendo gestos a Rita. Esta, en cuanto le vio, improvisó.

—Bueno señora me voy —dijo Rita acercándose a la puerta.

—…¿Y su compañero? —dijo la señora acercándose a Rita ayudada por su bastón.

Mientras la dueña de la casa se movía unos pasos, dejó el espacio justo para acceder a la cocina.

El Comisario se escabulló. La luz de la campana extractora resaltaba en la oscuridad la olla de las lentejas que infestaron de olor a

ajo toda la planta del edificio. Comenzó a mirar a su alrededor, tenía poco tiempo hasta que algo llamó la atención del viejo inspector.

A los pocos segundos, el Comisario apareció por detrás de la señora.

—Muchas gracias señora, no hubiera llegado al coche —dijo el Comisario dándole después dos besos sin que ella pudiera reaccionar —. Volveremos señora, por favor dé recuerdos a su hijo —dijo desde el rellano después de apretar el botón del ascensor.

Rita saludó como pudo, improvisando y no entendiendo bien lo que estaba sucediendo.

La señora no tuvo tiempo de reaccionar, se quedó con la boca abierta en el umbral de su casa viendo cómo los visitantes se iban.

Las puertas del ascensor se cerraron y terminó la función.

—¿Has encontrado algo? —dijo Rita desorientada.

—Creo que sé dónde está el cabrón de su hijo —dijo el Comisario.

Y mientras lo decía, sacó algo de la chaqueta que substrajo de la cocina.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Para ir aquí, hay que pasar por Zaragoza.

45

En algún lugar de España.
El día del hallazgo.

Nada es lo que parece.

«¿Por qué un asesino tenía que escribir eso?», pensó Rita.

A lo mejor tenía alma, Nicolás. Podía ser una alucinación, un presagio o peor aún, un farol.

«¿Un farol? Son sus pensamientos, no pueden ser, son sus pensamientos».

Se levantó la detective. Habría seguido leyendo, pero le llamó la intención que unas páginas estaban escritas en rojo y algunas en azul.

Eran diferentes. Rita no era una psicóloga pero se dio cuenta de algo que pasó por alto. Solo hasta ese momento la casualidad hizo que abriera el diario olvidado por las páginas escritas en rojo. Sin embargo habían más, muchas más. La recopilación de pensamientos, acciones y anhelos era extremadamente más compleja.

Las páginas en rojo.

Dibujos. Bordes garabateados. Puñales. Sangre dibujada que goteaba y en el centro texto. Los pensamientos más profundos de una mente insana e inestable. Escritos en cursiva, repleto de tachones y correcciones. Algunas, una vez escritas, tachadas por completo. Pedazos de papel arrancados a mordiscos. La huella de los dientes y la saliva seguía en el papel, destiñendo el texto.

Las páginas azules.

Cada diez de las otras, una azul. Escritas en cursiva, bien escritas, sin errores. Limpias, impolutas. Sin dibujos, sin nada más que no fueran textos con una caligrafía perfecta. El contenido era otro, parecía otra persona y ciertamente lo era. Se cuestionaba cosas, todo lo que se escribía en las otras páginas, los hechos, los pensamientos,

las rabias. Proponía acciones, dejarlo, cambiar, pero las últimas palabras solían acabar con largas líneas acabando la página.

Rita giraba las hojas tan trabajadas que crujían. Emitían sonidos rígidos, casi quejándose al ser movidas por lo que contenían, por lo que podían despertar.

«¿Son dos personas?».

La respuesta era no. Era Nicolás, solo él, con un avanzado y desbordante caso de personalidad bipolar.

Avanzaba y retrocedía las hojas.

«Enfadarás a mamá. Dejémoslo, estamos a tiempo. No lo hagamos, por favor. En el fondo somos un buen chico. Volvamos a casa. Estamos a tiempo». Eran las frases de alguna página escrita en azul.

«Eres una nenaza. El maestro nos ha dado la vida y la prosperidad. No podemos fallar al maestro. ¡CALLATE! Te voy a extirpar de mi cabeza. Eres como un cáncer. Le voy a matar y tú vas a venir conmigo. Vas a ver cómo le voy a arrancar el corazón y comérmelo por desayuno. Nos llevaremos el dedo. JAJAJAJAJAJA». Frases que se repetían y abundaban en las páginas rojas.

Rita seguía con el miedo en la piel. Temía encontrarse con el asesino. Que pudiera salir por algún lugar de sorpresa, de un armario, de alguna puerta que la policía no hubiese mirado.

Se acercó al Comisario, este seguía mirando a su alrededor, el apartamento aséptico, nada que ver con lo que trasmitía el diario que tenía en sus manos.

La mujer se dio cuenta cómo estaban escritas las páginas.

Las rojas hablaban en primera persona e insultando *al otro* Nicolás.

Las azules hablaban en plural, como si se sintiera incluido en el problema, pero que podía ayudar al hermano gemelo, la bala perdida que no conseguía convencer y que le atemorizaba.

El Comisario se acercó para ver el reparto más interesante del apartamento. La pelirroja se lo entregó.

El Comisario en el momento que lo recibió en sus manos, lo soltó al suelo, sin poderlo sujetar. Apartó las manos de repente, como si le hubiere electrocutado un cable de alta tensión.

La mujer se sorprendió.

—¿Estás bien?

El hombre no contestó. Se quedó perplejo mirando el objeto en el suelo.

Acto seguido intentó cogerlo, ya precavido. Lo agarró fuerte y lo regresó a la altura de su pecho. Cerró los ojos. Sus facciones trasmitían dolor. Movió numerosas veces las pestañas cerradas. A la mujer no le gustaba esa situación, comprobó que los policías no se hubiesen ido. Estos seguían en la habitación buscando huellas y haciendo fotos.

Duró varios minutos.

El Comisario sostuvo el diario entre sus manos, moviendo las pupilas tras los párpados. Hasta que se incorporó y abrió el diario en una página, al principio.

Se lo acercó a Rita, sin mirarlo, con una expresión preocupada.

Ella lo agarró y vio que la página era la tercera, escrita con bolígrafo rojo.

Comenzó a leer.

—Rita, en alta voz por favor.

La mujer le miró asustada.

El Comisario le hizo un gesto con la cabeza para respaldarla.

Ella respiró y regresó la vista al diario.

—Hemos visto al maestro. Nos ha encargado la siguiente misión. La venganza ha comenzado. Primero tenemos que encontrar al cerdo, luego…

46

Los faros de los coches le molestaban.

A pesar de llevar las gafas para conducir, a Rita los faros nocturnos le alteraban su visión normal. La desventaja de tener el color del iris del mismo fondo del mar, tenía sus inconvenientes.

Dejaron Vallecas atrás, sin embargo, la lluvia les seguía. La carretera nocturna, con la lluvia y las numerosas horas que tenían delante no era el mejor panorama para la pelirroja.

Echaba de menos a su italiano. Se imaginaba cómo podía estar, llevaba demasiadas horas sin saber nada de él.

«Estamos muy cerca amor», se decía en su interior.

«Cómo te echo de menos. Ya verás que pronto todo esto será solo una pesadilla que nos habrá acercado».

«Estamos en la estela del hijo de perra que te ha hecho todo esto. Aguanta amor».

El camino era largo, pero no podían esperar. Tenían que llegar esa misma mañana, todo segundo valía oro. Sorprender al asesino podía ser cuestión de minutos, o incluso de segundos.

Decidieron conducir un rato cada uno, primero Rita, luego el Comisario.

El Aston Martin descapotable recorría las mismas huellas dejadas por el asesino. La desventaja era que necesitaba correr más, pero Rita no sabía, no se atrevía, no era Bruno.

—Hay algo que no entiendo —dijo la chica.

El Comisario en el puesto del copiloto se giró.

—¿El qué?

—¿Por qué no ha vuelto Nicolás a Marbella a acabar la misión, después de dejar a su madre?

—Es una buena pregunta. A lo mejor porque tiene algo más que concluir. Porque le dio por no volver. ¿Cambió de repente sus planes? ¡No! Este tío es muy listo —se contestó a sí mismo—. Le estoy dando vueltas, pero no tengo idea. Es probable que algo más cambió sus planes. Pero la gran pregunta de ahora es la siguiente. —Y entonó

solemnemente—. ¿Cuál será la próxima jugada de Nicolás?

Hubo silencio en el coche.

—Estoy pensando en la madre —siguió el Comisario—… Pobre mujer. Sentía que no tenía ni idea de a qué se dedica ni qué ha hecho su hijo para poder comprarle los regalos.

—¿Regalos? —preguntó la pelirroja.

—Regalos sí. ¿No los has vistos? Deslumbraban en medio de todo. La butaca donde se sentaba la madre, era nueva, es un regalo de él. Un sillón de varios de miles de euros no se lo puede permitir una señora con la jubilación y pensión de viuda. Luego la televisión. Un modelo reciente, con una pantalla de gran tamaño. Seguro que su valor es superior al resto de todos los otros muebles. En su dormitorio quitaron la cama de matrimonio y pusieron una cama de hospital, para personas mayores. Todo regalos que Nicolás habrá hecho a su madre.

Los limpia parabrisas cortaban el silencio entre las conversaciones de los dos detectives. La conductora concentrada, no quitaba su visión de la carretera.

—El apartamento, no habían ceniceros ni olores a humo. Sin embargo, la madre tenía hondas arrugas en la comisura de los labios, que denotaban haber fumado mucho en su vida. ¿Qué podía tener esa señora? ¿Setenta, setenta y cinco años? Las facciones de su rostro parecían que tuviese casi noventa. Tuvo una vida dura, repleta de preocupaciones, económicas y emocionales, incluso me atrevería a decir de maltrato de género.

—¿Su marido le pegaba? Por eso dijo que ojalá se lo hubiese llevado antes…

—Exacto. Ha perdido el sentido de la vida, o mejor dicho, se lo hizo perder su marido. Sus vestidos, su pelo largo, mal cortado por ella misma, los pelos negros del bigote del labio superior. El fantasma de otra mujer. —Esperó—. En su dormitorio hay una foto de su boda. Se veía una mujer hermosa, con una sonrisa, alegre, feliz. Un espectro de un pasado olvidado.

Los carteles pasaban rápidos. El descapotable con paso firme surcaba la nacional dos, apartando el agua de los charcos que se formaban. Las líneas que le seguían dibujadas por los neumáticos en el asfalto mojado, se perdían por el retrovisor.

—Es una mujer sola. A pesar que se arrepintió de habernos abierto, necesitaba de compañía. Es la única razón por la que nos ha dejado pasar, rellenar cinco minutos de una soledad insaciable. La mesilla de noche se encuentra repleta de medicamentos. La vida dura le ha

pasado una factura muy cara que la ha pagado con su salud, desde hace años.

—¿Eso es lo que ves?

El Comisario se giró hacia la mujer.

—¿A qué te refieres?

—Cuando entras en una casa, tu sistema reticular escanea el espacio, analizas detalles, objetos, movimientos, todo tipo de matiz. Con las personas eres igual, las analizas y las estudias. Lo que son, lo que eran y lo que pueden ser. ¿Qué más ves en mí?

El Comisario esperó, miró fuera de la ventanilla como si buscara la respuesta entre las montañas del paisaje. Mientras el coche serpenteaba por las calles de la meseta oscura y bajo la lluvia.

—Creo que es más interesante la sombra, que el mismo objeto. La oscuridad tiene más información de la que creemos. Es más, la experiencia de saber qué sobra en el mundo, en lugar de buscar lo que falta. No sé, no lo sé —concluyó levantando los hombros.

Hubo silencio.

—Sabes, una vez tuve un maestro. Este me enseñó todo lo que sabía. Me despertó. Me enseñó su técnica y, desde entonces, procuro aplicarla en mi vida investigativa. Ver, observar, retener, deducir.

—Entiendo. ¿Y yo?

—¿Cómo dices?

—Yo, ¿qué más ves en mí?

—Creo que eres un perfil de mujer…

Cuando justo fue a responder el Comisario, sonó el teléfono.

La mujer miró la pantalla y apretó el botón verde.

—Por favor, denos buenas noticias.

—Hemos reducido el cerco. Estamos de camino —contestó el Intendente Jordi Roca de los Mossos de Escuadra de Gerona.

—¿Qué habéis descubierto?

—Empezamos con el código postal que habéis encontrado en la casa de la madre de Nicolás. 17520. Luego pedimos que nos identificara alguna llamada en esa zona realizada por el móvil que nos indicasteis. Se hizo solo una, hace unos meses, dentro de las celdas en unas montañas muy cerca del pueblo. En esa triangulación solo hay tres masías. Un caserío, y dos granjas.

—Inspector, soy el Comisario Malatesta.

—Dígame Comisario.

—Después de lo que ha hecho en Marbella, le digo que vayan con extrema cautela, es un individuo muy peligroso.

—Lo sé. No se preocupe, vamos con el cuerpo especial de asalto de los Mossos. Entrarán ellos, tres equipos en las tres masías a la vez, para reducir los peligros. Pero gracias por decirlo. Conocemos a

Nicolás, estamos preparados para todo. ¡Esta vez le vamos a coger!

—Gracias Jordi —contestó Rita.

—A vosotros, llevamos varios años buscándole, espero que esta noche sea la noche que le podamos coger. En cuanto sepa algo les llamo.

Y colgó.

Los dos detectives se miraron con una expresión de preocupación.

«Me parece demasiado fácil», pensó el Comisario, pero confió en la providencia que si le había hecho encontrar la postal enganchada en la nevera, era probable que encontraran también a Nicolás, mientras dormía.

El Comisario miró otra vez la postal. El paisaje impreso era de un lugar no identificado, unas montañas verdes, con un cielo despejado y unas vacas que comían la hierba verde menta.

En el dorso, un sello, con el código postal que indicaron a Jordi Roca y la dirección escrita en azul, en cursiva, escrita perfectamente, sin errores.

En el espacio donde la gente normalmente escribe textos, solo aparecía un dibujo, una mano azul que saludaba, nada más. Ocupaba todo el espacio.

Seguía mirándola, estudiándola, hasta que el Comisario se durmió.

* * *

El teléfono sonó otra vez, era el intendente Jordi Roca.

—¿Ya? Qué rápido ha sido —dijo el Comisario, hasta que miró su reloj, marcaban las seis de la mañana.

—Me he dormido. ¿Por qué no me has despertado? —dijo a la mujer.

La pelirroja le miró y le dijo.

—A ver qué novedades tiene…

Apretó el botón verde y en el habitáculo se conectó la llamada. Se escucharon las sirenas de los vehículos de emergencia y un helicóptero.

—¿Jordi?

La conexión era mala.

—Sí. Tengo dos noticias, una buena y una mala.

47

La noche.

La noche confunde, a veces te pierde. En ocasiones entristece, pero pocas veces consigue dilucidar. Solo los magos, los predestinados, los habilidosos de las tinieblas, consiguen aprovecharse de la naturaleza de la noche y sus tentáculos.

Lo que parece de día pierde sus formas y funciones de noche.

El mundo es diferente de día.

El mundo, es otro mundo de noche.

Dos en uno mismo.

No cambia solo la luz y sus efectos.

Víctor nació de día, era un hombre de sol, no de luna. Sin embargo, el instinto de supervivencia le despertó un mecanismo de superación adaptándose a la noche, sin remedio, sin elección, sin alternativa.

Víctor avanzó, a pasos agigantados para sobrevivir en el camino de la luz, a pesar de atravesar la noche.

La noche es traicionera.

Como su gente.

La noche confunde, como el jefe que el camino le puso para aprender. A pesar de tener la naturaleza que tenía, fue un maestro oscuro, que pronto tomaría una nueva dimensión.

La noche tiene consecuencias, inesperadas y, en muchas ocasiones, irreversibles.

La noche que podía cambiarlo todo había subido el telón dando espacio a sus reglas. La función comenzaba, en silencio, pero inexorable.

* * *

Aparcó en el garaje, como de costumbre.

Pedro Valbuena vivía en una urbanización residencial a las afueras de Marbella. Un congregado de casitas adosadas, bonitas, familiares, de clase media. No era producto del duro trabajo del policía que la familia Valbuena pudiera permitirse vivir en ese lugar. En cambio, la esposa del inspector creía que sí.

Esa noche estaba eufórico. Seguían en sus venas residuos de cocaína y alcohol que, gracias a la actividad sexual salvaje y bizarra que había mantenido, se limpiaron considerablemente.

El coche entró en el aparcamiento subterráneo, debajo de su domicilio. Pedro subió por las escaleras y entró por la puerta del comedor. Las luces del salón se encontraban encendidas, a pesar de la hora.

Había avisado a su mujer que llegaría tarde, que no lo esperara despierta.

A pesar de su recomendación, esa noche lo había esperado despierta.

Estaba hablando, con alguien, sentados los dos en el sofá, riendo, con una voz de fondo que no entendía. Los dos miraban algo en el celular del hombre. Al cerrar la puerta, la esposa y el individuo se giraron.

Víctor se encontraba al lado de su esposa. Ella en bata de noche, peinada, feliz, con una sonrisa que hacía tiempo que no le veía.

—Hola cariño, ¿qué tal ha ido tu reunión? —preguntó la mujer sin levantarse del sofá.

—Sí, Pedro, ¿qué tal ha ido la reunión? —dijo Víctor bajando su móvil.

«¿Tú? ¿Qué haces en mi casa maldito mocoso?», pensó el jefe abriendo los ojos de par en par mirando al joven aprendiz de policía.

Dejó de mirar a su esposa. Entró en un efecto túnel viendo solo al compañero de policía que no tenía que estar allí, menos con su mujer, menos en su sofá, menos de noche y menos aún en su ausencia.

Primero se sintió desubicado. Luego sintió rechazo y, por último, rabia por el compañero que había invadido su casa. Apretó los puños, si no hubiese sido por la presencia de su mujer, le hubiera gritado como un energúmeno y saltado encima, o incluso le hubiera disparado. Su casa y su familia eran sagradas.

Las preguntas mentales comenzaron a acribillarle. No entendía la situación, que se volvía más embarazosa por momentos, cuanto más lo pensaba el jefe.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al compañero hablándole fijamente como si de un fantasma se tratase.

—Víctor ha venido porque te buscaba, porque tiene algo urgente que decirte. Mientras, me ha enseñado las fotos y los vídeos de las fiestas del apartamento —contestó por el joven, interponiéndose entre los dos hombres—. Nunca me enseñas esas fotos, ¿a ver si tengo que llamar a Víctor para que me las enseñe?

Comenzaba el plan de verdad, Víctor se dio cuenta y las palpitaciones se dispararon, controló su respiración, justo en ese momento no podía equivocarse, había soñado con esa situación por mucho tiempo y no tendría otra oportunidad.

El jefe inspector no quitó ojos del joven, de la misma forma que en el Oeste, entre dos cowboys.

—Carmen, por favor, ¿nos puedes dejar solos?

—Voy a preparar un té.

—¡NO! —espetó y la esposa se detuvo—. Sube al dormitorio, ahora Víctor se irá y subiré en seguida.

—¿En serio que no queréis un poco…?

—¡CARMEN!

—Sí sí, me voy, sí —dijo levantando las manos—. Adiós Víctor, adiós. Ven cuando quieras.

La esposa subió las escaleras desapareciendo por la rampa.

Los hombres se miraban. El jefe con desafío, el joven con valentía.

—¿Qué haces aquí? —esputó Pedro.

El joven se levantó del sofá y se sentó en la butaca delante de él. Luego cruzó las piernas.

—Siéntate por favor, haz como si estuvieras en tu casa —dijo enseñando con una mano el sofá.

—¿Quieres decirme qué demonios haces en mi casa a estas horas con mi mujer? —dijo con rabia, apretando los dientes.

—He venido a esperarte.

—¿Y no podía esperar a mañana tu información tan urgente? —contestó irado, pero bajando la voz para que no le oyera su esposa, mientras se acercaba al sofá.

—No, es una información de importancia vital.

—¿Ah, sí? A ver qué ha pasado mocoso. Acabemos esto rápido y te vas en seguida de mi casa.

—He estado en el hospital y la banquera ha despertado.

—¿Y tienes que venir a estas horas para decirme esta bobada? ¡Que le jodan a la banquera!

—Ha reconocido al asesino.

—Y que me importa a mí, el asesino se encuentra entre rejas… o te

olvidas.

—Por favor Pedro, siéntate, no te va a gustar lo que te voy a decir.

—¡Que te den! Vete de mi casa —contestó señalando la puerta.

—No tan rápido… jefe —dijo con retintín—. La mujer ha reconocido a un hombre que no es Bruno Malatesta; un tal Nicolás.

—Me la repampinfla —dijo sentándose en el sofá, viendo que el joven no se iba.

Luego abrió la botella de whisky en la mesa de delante, se sirvió un vaso abundante, se lo acercó a la boca y dio un trago muy generoso. El licor quemó su garganta y reactivó los excesos de la noche.

Víctor le miró mientras se servía y, obviamente, el jefe no le ofreció nada.

—Sabes… jefe. Te voy a decir qué vas a hacer mañana.

El último sorbo de whisky se le atragantó y comenzó a toser, sin poder interrumpir el monólogo irreverente y estrafalario del joven.

—No te sofoques, que ahora viene lo mejor —dijo irónico—. Mañana llamarás a tu "amiguito" el fiscal y vais a poner en libertad a Bruno Malatesta, por falta de pruebas.

Mientras Pedro escuchaba las palabras que le parecían surrealistas, seguía luchando contra el whisky que pasó por el lado equivocado de la garganta.

—Luego… ¿estás bien? —dijo disfrutando del momento y girando a su alrededor—. Pedirás la jubilación anticipada, te irás de la comisaría, con la cabeza bien alta, con casi cuarenta años de servicio intachable colgándote del pecho. ¿Qué te parece? Es un buen plan. ¿No?

—¿Qué has fumado Víctor? —dijo mientras recuperaba el aire—. Se te ha ido la olla. Me estas insultando en mi propia casa, te estás ganando una paliza por faltarme al respeto en mi casa. Esta no te la voy a pasar así como así, chaval.

—Ohhh, sí que me escucharás. Es más, te aconsejo que sea esto lo que hagas mañana o todo tu castillo de naipes —dijo Víctor mientras miraba su casa— caerá con tan solo apretar un botón.

Los dos se miraron a los ojos, sentados en el sofá, ahora Víctor ocupando el lugar de la esposa.

—Te lo recomiendo, si no quieres…

—¿Qué dices mocoso? —preguntó preocupado—. Conozco esa mirada. ¿Qué tramas?

—Me gusta que me lo preguntes, es más me gusta que por una vez en tanto tiempo me prestes la atención que merezco.

Víctor extrajo su móvil, entró en "galería" y, justo antes de apretar el botón del play, añadió.

—Por supuesto que una amiga periodista tiene ya unas copias y si por casualidad me pasara algo… ya sabes, un seguro de vida. Ya sé cómo funcionas Pedro —dijo y apretó el botón.

Las imágenes de sexo sucedían por la pantalla, las mujeres copulando con el inspector y con el fiscal, en medio de purpurinas, cocaína y alcohol. Los gemidos eran agudos, y el jefe tapó el móvil para que no llegasen hasta el piso superior donde estaba su familia descansando.

—Esto solo es el inicio. ¡Lo tengo todo grabado! Obviamente no es lo que le he enseñado a tu mujer, tengo un código ético, no como tú. Pero quién sabe, algún día que me vuelva a presentar aquí… ups me podría equivocar de video. Quién sabe. —concluyó levantando los hombros y las cejas.

El rostro del inspector Valbuena adquirió una tonalidad roja de pura rabia. Hubiera estrangulado al joven con sus propias manos. Las venas del cuello comenzaron a hincharse marcándose, incluso todas las que nunca había visto Víctor.

—Jaque… mate… ¡Cabronazo! Esta es por todas las que has hecho, y nunca vas a pagar, si haces lo que te he dicho —dijo y se levantó del sofá.

El jefe se quedó sin palabras, sudando, siguiendo con la vista al joven policía. El yunque de la verdad se cayó de golpe en su espalda y aplastando sus planes.

—Acuérdate: Bruno Malatesta y jubilación anticipada, y no quiero verte mañana en la oficina. Cualquier cosa que quieras intentar, saldrás escaldado. Cualquier otro plan, estos vídeos llegarán en el mismo momento a todas las redacciones nacionales y a tu mujer. Ahora te deseo que descanses y tomes la decisión más adecuada para ti y para tu familia —dijo señalado el piso superior.

Acto seguido, cerró la puerta de entrada, suavemente.

Víctor bajó los cuatro escalones que llevaban a la altura de la carretera. Miró la luna, esa noche era llena, enorme, un faro en el centro del firmamento. Un faro, como su abuelo. Sintió alivio, se sintió grande, una persona diferente a la que había entrado en la casa.

Respiró el aire de libertad, de la justicia. El exceso de adrenalina en sangre comenzaba a bajar, con los pasos que le llevaban hasta el viejo Seat Ibiza.

La noche confunde, sí, pero a algunos, no a todos. Algunos encuentran en la noche los equilibrios que de día, a pesar del Sol, no se encuentran.

La noche es otro mundo, hay que saber vivirla y sobre todo

caminar por ella.

Víctor dio sus primeros pasos anfibios, a caballo entre los dos mundos, para que estos tuvieran el equilibrio necesario.

El día que les esperaba llevaría cambios, pero como decía Darwin: «No es el más fuerte de las especies el que sobrevive, tampoco es el más inteligente el que sobrevive. Es aquel que es más adaptable al cambio».

48

Puigcerdà, Gerona.
Martes, 11 de octubre
El día del hallazgo.

Frío y húmedo.

Así era el valle en el Pirineo.

El Aston Martin recorrió el caminito de cabras que llevaba al caserío. El inspector de los Mossos de Escuadra envió a Rita la ubicación donde dirigirse.

El viaje fue largo, la mujer no soltó el volante, solo para repostar sigilosamente sin que el Comisario se despertara.

Las montañas húmedas resaltaban el verde de los pastos de otoño. Al acercarse al caserío, se percató del cansancio que acumulaba. El brebaje energético enlatado, comprado en la gasolinera, combinado con los cafés nocturnos, hizo una mezcla química que impidió que a Rita se le cerraran los párpados.

—Mira, están allí —indicó el Comisario con su mano.

El caserío se encontraba infestado de furgonetas y coches de diversos cuerpos policiales. El helicóptero seguía volando, controlando desde una visual privilegiada.

Tuvieron que identificarse en la entrada del camino, cortado al tráfico por una patrulla de la Guardia Civil.

Acercándose, se acordaron de las palabras de Jordi Roca.

«La buena noticia es que hemos encontrado su guarida. La mala es que se ha marchado hace horas».

Los neumáticos del descapotable crujían sobre la gravilla que saltaba a su paso como palomitas en una sartén.

El edificio era de piedra. Los antiguos muros transmitían solidez. Las pequeñas ventanas tenían unos porticones abiertos de madera clara. Las escaleras, en la fachada, llevaban a una puerta de un piso superior, como si la casa estuviera dividida en dos. Encima de la

puerta de la planta inferior un cartel daba la bienvenida al “Caserío Manel”.

Les esperaba el intendente, con el gorro oficial debajo del brazo.

Aparcaron el coche en una zona que no estorbara y bajaron.

—¿Jordi? —preguntó Rita.

—Encantado de conocerte Marguerita.

—Igualmente. —La mujer apretó con decisión la mano del policía y continuó, dirigiéndose hacia el padre de Bruno—. El Comisario Malatesta.

—Un honor.

Los dos se saludaron con el saludo militar, y el Comisario chasqueó los talones.

—El honor es mío.

—Por favor llámeme, Jordi. Me he informado sobre usted y es una leyenda viva de la policía de Italia.

—Nada, nada, tonterías.

—Por favor… Jordi, ¿qué habéis encontrado?

El intendente comenzó a caminar hacia el edificio y los dos detectives le siguieron.

—Los de la científica están revisando todo el apartamento del sospechoso. Los exdueños del caserío no tenían ni idea de quién vivía en la casa.

—Jordi disculpa, ¿por qué exdueños?

Pasaron delante de agentes de los Mossos de Esquadra con la capucha y trajes de fuerzas especiales. Guardaban sus equipos en las furgonetas, después de haber completado la misión y comprobado la zona antes de retirarse.

—Veréis. Hace unos años, los herederos de esta masía vendieron el inmueble a una empresa, dicen que no se acuerdan de dónde eran. Dicen que tuvieron problemas con hacienda porque el dinero llegó de un paraíso fiscal… en fin. Vendieron toda la propiedad, pero firmaron un contrato privado con usufructo del caserío por cincuenta años. Los señores continuaban con su trabajo, manteniendo limpia la zona y alguien, vivía arriba. —El agente se detuvo y concluyó—. ¿Os podéis imaginar que en más de un año, nunca han visto la cara de este individuo? No saludaba, casi no salía, se escabullía de la presencia de los señores.

—¿Y nunca han llamado a la policía?

—No. Informaron al contacto en Madrid de la empresa y ellos dijeron que investigarían. Pero nada ocurrió.

—Qué raro —añadió Rita.

—Un fantasma. Ahora, cuando entréis, entenderéis por qué.

Los dos detectives le miraron y Jordi reanudó sus pasos hasta el primer piso, donde vivía el presunto asesino.

En el rellano se detuvieron, se colocaron los atuendos blancos para no contaminar el escenario y entraron.

Los dos detectives y el intendente entraron en fila india.

La planta era un bullicio de policías. Haciendo fotos, buscando huellas y desmontando los muebles.

—¿Tenemos la matrícula del coche que ha huido? —preguntó Rita

—Los señores del caserío no la recuerdan, mis compañeros están buscando por las cámaras de la zona.

—¿Tampoco sabemos dónde ha huido?

Jordi Roca movió la cabeza.

—Si lo supiéramos te lo hubiera dicho.

El Comisario contestó con un sonido gutural.

Mientras, el Comisario se adelantó y comenzó a adentrarse por la planta.

Rita le siguió. Ella pasaba desapercibida. Su belleza, detrás de un gorro que contenía su precioso cabello rojizo y una máscara quirúrgica, no suscitaba fervor entre los policías que iban vestidos igual. Le fascinaba ver al Comisario que escaneaba la zona.

Al Comisario Malatesta le llamó la atención que no había olores, le recordaban a la morgue, aséptica, sin vida.

La planta se dividía en dos realidades que convivían en el mismo ambiente. La furia que había removido objetos en un intento de huida desesperada y furtiva; con la obsesión milimétrica del orden, de los objetos en cada sitio adecuado. Todo tenía una marca y un lugar indicado. La posición de los objetos tenía unas líneas que la marcaba y cuando no estaba, su ausencia dejaba un espacio vacío. Delante, absolutamente todo tenía una tira de plástico con su nombre, escrita con la máquina Dymo. Las luces, los cuadros eléctricos, los armarios, todos los espacios con una función o con un almacenaje, tenía un papel explicando qué había y qué hacer.

Denotaba que Nicolás se había ido de esa instalación con prisa, cogiendo lo que pudo.

«Pero, ¿Dónde has ido?».

Se preguntaba el Comisario.

«…y peor aún, ¿qué vas a hacer donde vayas?».

Mientras se preguntaba eso, al Comisario le sorprendió un escritorio, delante de una estantería repleta de libros. Ordenado y con bolígrafos en su superficie. Resaltaba su uso, un lugar donde trabajaba a

menudo. Le dio la vuelta y se colocó donde se sentaba el presunto asesino.

—¿Han comprobado estos cajones? —dijo el Comisario para que le oyeran.

—Sí, están limpios —dijo uno de la científica.

Con sumo cuidado abrió el primer cajón. Efectivamente estaba vacío.

Tranquilo por llevar puestos los guantes, abrió el segundo, también vacío. Lo cerró.

Se dispuso a abrir los cajones de la izquierda, pero algo le sorprendió.

De los cuatro cajones, dos a la derecha y dos a la izquierda, la maneta del último que había abierto, era la más gastada. Llamó la atención del Comisario.

Volvió a abrirlo, lo primero que pensó fue que lo que había dentro se lo llevó, pero desde fuera el cajón parecía más grande. Había una diferencia volumétrica entre el exterior y el interior.

Lo cerró.

Lo miró.

Lo volvió a abrir.

Parecía como si hubiese un doble fondo.

Lo golpeó con el dedo y sonó a hueco. Sin fondo.

Cogió un abrecartas que estaba en la mesa e hizo palanca en los laterales. Fue aplicando más fuerza, probó en varios puntos y en los lados, hasta que una plancha de madera saltó.

«Vaccaboia».

Quitó la fina plancha de madera y apareció el premio. Un diario rojo.

—Jordi, Rita, venid a ver. Mirad lo que he encontrado.

Se acercaron. Cuando estuvieron delante, el Comisario se lo pasó a Rita que lo abrió y comenzó a leerlo.

«He vuelto a matar.

No me lo puedo creer, lo he vuelto a hacer.

…»

49

Escalofriante.

Las palabras del diario provocaron horas de angustia a Rita.

Se sintió desmayar, se recuperó y siguió.

El Comisario durante ese tiempo estuvo viendo y sintiendo la cueva de Nicolás. Escaneó el apartamento hasta que entendió que lo único que les serviría se encontraba en las manos de la pelirroja.

Le indicó que mirara en una página y la leyera en voz alta. Rita así lo hizo.

—«Hemos visto al maestro. Nos ha encargado la siguiente misión. La venganza ha comenzado. Primero tenemos que encontrar al cerdo, luego tenemos que buscar un alojamiento cerca y estudiar todos sus movimientos. Nos sentimos orgullosos de que el maestro siga confiando en nosotros. Cuando sepamos los movimientos tenemos que robar contraseñas y toda la información de ordenador. Colocar cámaras y micros en su casa. Luego tenemos que matar a alguien relacionado con él y, mejor, si tienen un conflicto. Da igual el que sea, solo tiene que parecer que Bruno haya matado. El maestro dice una, si son dos o tres mejor. No, mucho mejor.

Jordi Roca y el Comisario se pusieron delante de Rita escuchando el relato que ella leía.

—«Colocaremos en su casa el dedo de una de sus víctimas, para que le enganchen bien. El maestro se ocupará de la policía, de no sé qué, no lo hemos entendido. Creo algo de burocracia, de algo así, no sé. El cerdo irá a la prisión y se quedará. Le robaremos los ahorros, su trabajo, su jodida libertad, todo. Pero el plan del maestro no se acaba aquí. Hay el último paso, en la cárcel le arrebataremos también…».

Rita se colocó una mano delante de la boca, se detuvo y miró el Comisario.

Jordi cogió el diario y continuó leyendo él.

—«…Su familia… le arrebataremos a su familia. Sí, tiene una novia y, sobre todo, a sus padres. El maestro nos ha dicho que se

encuentran en Via dei Fossoli, 34, Carpi, Modena. Tenemos que matarlos. No, ha dicho que tienen que sufrir, no solo matarlos, también colgarlos en la fachada de la casa. Que los vecinos sepan que han parido un cerdo».

El inspector de los Mossos paró de leer y miró al Comisario. Este se encontraba descolocado.

—El plan no contemplaba que yo viniera. Nicolás se dirige a Italia para matarme a mí y a mi esposa.

—Comisario, sabemos dónde quiere ir y dónde estará. Tenemos ventaja. Es una buena noticia.

El Comisario le miró y respondió:

—¿Cómo estaría usted si estuviera a mil kilómetros de casa sabiendo que un asesino profesional se dirige allí para liquidar a su mujer? ¿Estaría tranquilo?

Jordi bajó la mirada.

—Rita, ¿qué tardaríamos si salimos ahora?

—Diez horas, si apretamos, ocho.

El Comisario zarandeó la cabeza, se sentó y pensó. Se aisló del mundo, pero las ideas no fluían.

El móvil de la pelirroja sonó, miró la pantalla, era Víctor. Se disculpó y se apartó para hablar con él.

Mientras, el Comisario mirando a la mujer hablando por teléfono, se giró hacia Jordi y dijo:

—Tengo una idea.

50

Silenciosa.

Así se presentaba la calle.

La determinación de acabar con la misión sobrepasaba el miedo a lo desconocido. Era la primera vez que actuaba por prisa, por instinto, guiado por su estómago, el segundo cerebro, y no por la preparación. No era un tipo de impulsos, trabajaba con sensatez, con precisión, con previsión, estudiando las variables y el espacio.

Los planes cambiaron, tuvo que improvisar y, cuando alguien improvisa, suele cometer errores a los que no está acostumbrado.

Alex, el chico que entró en el taller de carreras AOLAR Racing Team, murió en los Pirineos, en una masía en un retiro de crecimiento para reiniciar su vida, su método y estar preparado para la siguiente misión.

Alex ya no existía. Y Nicolás, ya no era el mismo Nicolás.

Bajo un falso nombre exigido por el Maestro, se puso en manos de un psicólogo que solo lo confundió más de lo que le ayudó.

Miró entre las montañas, salía de noche para hacer deporte sin que nadie pudiera verle, camuflado. Un fantasma entre las montañas. Un asesino. Una máquina de guerra que vivía de una forma camaleónica en un caserío. En el último punto del mundo. Un lugar sin cámaras, sin rastro, casi sin internet, ni vida moderna para rastrearlo. Sin embargo, quien lo rastreó fue el destino y condujo hasta su misma guarida a la justicia.

El tiempo transforma, pero no cambia la esencia.

Un chico calvo que seguía los protocolos militares como un refugiado. La providencia y la improvisación hipotecaron unos años perfectos borrando indicios, sin dar pistas a nadie de dónde vivía. Solo el maestro, sabía. Hasta que su madre, su lado más débil enfermó, desencadenando un efecto dominó.

Aparcó lejos, vestido de negro, como era habitual. Comía compulsivamente un chicle.

No había comprobado la posible presencia de cámaras de vigilancia, no había tiempo.

El fresco aire otoñal de la noche le daba en el rostro. Se subió la capucha que le cubría la cabeza esférica, sin pelo, para resguardarla del frío.

Atravesó una calle entera, luego, acercándose al objetivo, se desvió y entró por los jardines de las casas adosadas. Saltaba muros y se abría paso por las vallas con una tenaza.

Era un salto al vacío, no sabía dónde se metía y eso le producía un nivel de ansiedad que no era normal en él.

Arrancaba y seguía, solo para cumplir con el plan del maestro. Los acontecimientos imprevistos le forzaron a adelantar etapas del plan.

Su corazón latía con el mismo ímpetu de las carreras nocturnas por los Pirineos.

Alcanzó la casa, el objetivo estaba cerca. Se abrió paso por el jardín, el punto GPS era el adecuado, era el que marcó el maestro en su momento.

«No podemos fallar».

«Nicolás, estamos a tiempo de retirarnos, no lo hagas, son unos pobres abuelos».

—¡CÁLLATE! —dijo, a regañadientes, a su lado más pueril que le molestaba—. Tenemos que cumplir con la misión —continuó en voz baja—. Tenía que haberte dejado en el coche maldito mocoso aguafiestas.

—Nuestra madre no estaría contenta al saber lo que haces —dijo el lado bueno de Nicolás de una forma dulce.

—No hables de nuestra madre, déjala fuera. Ella no sabe nada. El maestro, solo el maestro tiene que saber y sabrá —contestó el otro lado rabioso—. Ahora ¡cállate! y déjame hacer lo que hemos venido a hacer.

Nicolás recorrió el perímetro de la casa, hasta que vio la entrada que consideró las más óptima, una puerta trasera de hierro que daba al garaje.

Se agachó, mirando a su alrededor, en la profunda noche solo algún perro lejano rompía el silencio de la zona.

Extrajo de la mochila unos artilugios que le permitieron abrir la puerta. Los removió en la cerradura hasta conseguir desbloquearla. Rió y los guardó. Acto seguido, entró cerrándola de nuevo a su paso.

Sigiloso, ya estaba en el garaje.

Se detuvo a escuchar.

Nada.

Todo era silencio.

Avanzó por el garaje hasta la puerta que daba a las escaleras. El

espacio tenía unas manchas de aceite en el centro, el coche de casa perdía del motor. No estaba.

Se sorprendió. Pensó que estaba aparcado en la calle.

El plan cambió cuando descubrió que el padre de Bruno no estaba en casa. Eso era un problema. O una oportunidad: que la mujer estaría sola, un blanco fácil, limpio.

Las gafas nocturnas permitían ver un ambiente verde y seguir a pesar de la oscuridad de la casa.

Subió las escaleras, sigiloso, tenso.

Los peldaños de mármol no delataban de la presencia del asesino.

Entró en la sala de estar, todo seguía quieto. Miró a su alrededor, todo parecía familiar y tierno. Sintió envidia de Bruno por haber nacido y ser criado en una casa y familia como esa.

La envidia se trasformó en ira.

La ira en venganza.

Cogió la pistola del bolsillo lateral de la mochila y apretó hacia el tambor. El ligero ruido resonó en la planta.

Vio las escaleras que subían al primer piso. Comenzó a subir.

Los pies de Nicolás crujían en los peldaños de madera. Uno tras otro. Disminuyó la velocidad para reducir el ruido.

Sigiloso.

El ritmo cardíaco seguía subiendo, la tranquilidad de la meditación no hacía efecto.

Todo se juntó en la escalera, un presentimiento, la voz del Nicolás que le decía que volviese, la improvisación, la ansiedad. Algo no iba bien, pero no podía parar.

Llegó delante del dormitorio principal.

Cogió la maneta. Sintió el frío del metal. Abrió la puerta.

Las viejas bisagras emitieron un silbido casi imperceptible. Desde la puerta, Nicolás vio la cama de matrimonio.

La habitación, de color ocre, olía a franela y a lavanda. Se acordó de su abuela materna en la casa del pueblo de Toledo, cuando iban a finales de verano. Se estremeció por los recuerdos olvidados que aparecieron y que no entendió.

A los dos pasos, en la habitación reconoció un bulto en la cama de matrimonio.

Solo había una persona durmiendo.

Miró los objetos de la mesilla de noche y le quedó confirmado que era la mujer, el hombre no estaba. El programa era matarlos a los dos. Fue como un cisma en el plan, pero a pesar de los contratiempos tenía que seguir.

Por el lado de la ventana, la silueta de la madre estaba allí, delante, quieta.

Nicolás sonrió.

Viendo el panorama se relajó. Solo era matarla, dejar un mensaje en la pared con la sangre de la madre de Bruno y colgarla por la fachada, tal y como quería el maestro.

Pasó por los pies de la cama del matrimonio Malatesta, por delante de unos armarios enormes y dejando la puerta, con una cómoda, a la derecha.

Se colocó delante de la silueta de la mujer, levantó la mano con la pistola equipada con el silenciador y en ese momento le cayó una gota de sudor de la frente. No tenía tan claro lo de continuar con el plan.

Cerró los ojos, pensó en su benefactor y en todo lo que había hecho por él y por su madre.

En el momento que apretó el gatillo, vio delante de él a todas las personas que ya había matado, pasaron una por una, como si el tiempo casi se hubiera parado, como si fuera más lento.

Apretó otra vez.

El arma solo emitió un pequeño silbido.

En el instante en que las balas tardaron en alcanzar el objetivo, las personas que mató en su breve carrera como sicario, le pasaron delante, en fila india, mirándolo. Una con la cara con sangre, otro quemado, otro degollado.

Pronto habría otra en ese carrusel.

Los proyectiles desaparecieron en el punto que había apuntado.

Bajó el arma, jadeando, lo más arduo estaba hecho, cuando detrás de él una puerta del armario chirrió y se oyó:

—Estos han sido tus últimos disparos, hijo de puta.

La voz le resultó terriblemente familiar.

Al mismo momento escuchó un ruido metálico inquietante, una pistola se cargó apuntándole en la nuca. Y justo después oyó el peor sonido que una persona puede oír: el de un disparo.

51

Una fisura.

Como una oportunidad.

Miró entre las dos puertas del armario al depredador que esperaba.

Tardó más de lo que imaginaba. Las piernas le comenzaron a flaquear, pero la sed de venganza era más fuerte. En cuanto oyó las bisagras de la puerta entendió que había llegado el momento. No se estaba abriendo una puerta, sino la lucha final.

Solo podía quedar uno, y él iba a vender muy cara su piel.

«La familia è la familia», se dijo en sus adentros.

El temor de llegar tarde y de no poder atrapar al homicida, hizo que llegara ansioso, más de lo que pudiese estar un hombre dentro de un armario esperando a un asesino a sueldo.

Dentro el armario le vinieron mil pensamientos, esperándole, pero el más fuerte era el de venganza, aunque triunfó el de la justicia. Estaba allí para la justicia y como decía su padre, «estamos para restaurar el orden que los maleantes alteran».

Recordó esas palabras y fueron su mantra, la piedra millar que aguantaba el arco de lo que era su furia.

Vio pasar una sombra, era él.

No se percató de su presencia.

Se detuvo delante de la cama y escuchó los dos silbidos metálicos de los disparos. Esos fueron la señal de que era el momento de salir del armario.

Abrió la puerta sigilosamente.

Apuntó con el revólver que tenía escondido su padre hacía años en un paño blanco, escondido de su madre y de todos. La misma pistola que le mostró de pequeño. Cuando el Comisario no estuviera, él tendría el cargo de defender a su madre.

Entonces, justo en ese momento, las ganas de apretar el gatillo apuntando su cabeza casi le pudieron. Sintió la fuerza de su padre que le apartaba la pistola, hasta la clavícula derecha, lejos de todo órgano vital.

Respiró y dijo como un proyectil:

—Estos han sido tus últimos disparos, hijo de puta.

Y luego disparó.

El estruendo provocado por la vieja pistola fue ínfimo contra la ola que generó el proyectil y todo lo que significaba, todo lo que alteraba en los planes del sicario.

Nicolás cayó al suelo, soltando su pistola, dolorido, con la boca abierta por la sorpresa, más que por el dolor que estaba acostumbrado a provocarse.

Bruno Malatesta, salió del armario para recuperar su propio destino y el de su familia.

Se tiró encima del sicario para quitarle las gafas de visión nocturna, con toda la fuerza que guardó en la cárcel y que, según él se merecía.

Se las arrancó tan fuerte que le rompió los elásticos.

Acto seguido cogió la pistola con silenciador que había soltado al dispararle el brazo que la sujetaba.

Se incorporó y apuntándole encendió la luz cegando a Nicolás.

Lo tenía delante, por fin, el sicario del Rally Costa Brava, el que quiso matar a su amigo Jean De la Cruz y su copiloto Manel Fontanebleu. El mismo que dejó una estela de muertos tanto en Gerona como en Marbella. El mismo que quería matar a sus padres y a él dejarle sin dinero, sin dignidad, sin libertad.

—Te han salido mal los planes maldito cabrón —dijo Bruno jadeando.

Nicolás recuperando la visión por la luz del dormitorio, no podía dar crédito a lo que acababa de suceder.

—¿Tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Mi padre diría: «Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte».

—¿Eres real? —preguntó arqueando las cejas.

—Soy tan real como la prisión a la que te mandaremos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? No puede ser mamonazo.

—Todo depende de cómo quieras verlo. Has cometido muchos más errores esta vez… Álex. En lugar de mejorar, has empeorado. Normalmente es al revés —dijo, sin dejar de apuntar con el viejo revolver del padre.

Nicolás se encontraba con la espalda apoyada en la robusta mesilla de noche, tapándose la herida que no paraba de sangrar.

—Bueno, tengo el consuelo de haber matado a tu madre, ¡has llegado tarde italiano!

Bruno le regaló una mueca.

Se acercó a la cama de sus padres, retiró de un golpe a las sábanas

y le tiró un cojín perforado por un balazo.

El sicario quedó anonadado, con la boca abierta.

—¿Cómo lo has sabido?

—¡Qué ingenuo eres! Has dejado muchas pistas esta vez, como dejar un diario en tu casa.

Nicolás cerró los ojos y apretó los dientes, admitiendo en sus adentros el error garrafal.

—¡PERO CÓMO PUEDES ESTAR AQUÍ JODER! —gritó sin importarle que hacerlo aumentaba el dolor—. Estabas en la trena, malditoooo.

Bruno inspiró el aire que respira el que controla la situación, con la misma calma, con el mismo sosiego, con el mismo efecto.

—Pues te lo voy a explicar. Tu… mentor —dijo haciendo con los dedos las comillas— sobornó a un fiscal y a un jefe de los inspectores de la policía de Marbella. Lástima que no contó que un joven inspector, un tal Víctor, fue más listo que su jefe y más implacable que la misma ley. Entendió que algo no iba bien, así que comenzó a investigar y desenmascaró a los dos tipejos en los que tu mentor se apoyaba para que me mantuvieran en la cárcel, aunque las pruebas de Rita demostrasen mi inocencia. Todo vuestro plan estaba bastante mal montado, ¡déjame decírtelo! Por cierto, ¿estás bien sentado? ¿Te apetecen palomitas? —dijo con retintín, apuntándole.

Las facciones de Nicolás demostraban dolor, provocadas más por las palabras del italiano, que por el orificio en el hombro.

—El inspector que reveló la trama hizo que el fiscal me excarcelara esta misma mañana. Paralelamente, el jefe de inspectores entregaba al comandante de la policía su carta de renuncia solicitando una jubilación anticipada. Horas antes, Ana Vega, la banquera se despertaba del coma. Esta reconoció a un tal Nicolás como el posible autor de su agresión e intento de homicidio. Mi foto, la anterior a la tuya, indicó que nunca me había visto. —Bruno se detuvo un momento y después de una respiración profunda, siguió—. A media mañana me dejaron salir de la cárcel. Solo el fiscal sabe lo que tuvo que hacer para que eso sucediera y, vete a saber, a cambio de qué vídeos no fueran publicados. Cuando salí del coche lo primero que hice fue llamar a Rita, desde el móvil del inspector. Ella me indicó lo que se encontró en tu diario, la orden de matar a mis padres de una forma salvaje y que todo el mundo viera sus cadáveres. —Bruno miró al sicario con desprecio y rabia—. Nos acercamos al aeropuerto de Málaga, cogí el primer vuelo a Bologna y llegué justo para poner a salvo mi pobre madre, no consciente de lo que estaba a punto de sucederle. Tiempo de esconderme en el armario y esperarte, y aquí estás, hijo de puta — y concluyó—. ¿Quién es tu mentor?

Se miraron sin decir nada, pupila a pupila, como el día que se

conocieron. Desde ese día mucha sangre se derramó, hasta tener a tiro al famoso y falso Álex.

—Que sepas que te esperan muchos años de cárcel. Además, la banquera que creías haber matado, está viva y te reconocerá en un juicio. Ahora dime, ¿quién es tu mentor? —dijo acercándole el revólver.

El sicario apretaba los dientes furioso, con las mismas ganas de saltarle encima como fuera y despellejarle.

—Jamás te lo diré, antes muerto. Me pagará los mejores abogados y voy a salir de la cárcel. Primero te mataré a ti, luego a tu madre, luego a tu padre, después a tu guapa novia y por último completaré la faena matando a Jean y a su familia —dijo satisfecho como si lo estuviese viviendo—. Así acabaré la obra maestra y disfrutaré tanto haciéndolo, pensando que lo que mejor que podías haber hecho hoy era matarme. Cosa que no vas a hacer, porque eres un cobarde.

La mano derecha ensangrentada comenzó a moverse dolorosamente.

—Ni te lo creas, ni en los mejores sueños lo vas a conseguir. Y pensar que abrí las puertas de mi taller, de mi casa para ti, y así me das las gracias. ¡Eres un maldito bastardo!

—Y tú engreído, pijo y desagradecido. Mira dónde has nacido. ¿Sabes cuánta mierda me han hecho comer los compañeros de clase, los de mi barrio? Mierda de verdad. La cogían de los perros callejeros y me la hacían comer. Eso no sabes qué es maldito pijo. Te mereces morir.

—¿Por qué me has hecho esto?

—Lo quería el maestro. —Y se calló, entendió que había hablado demasiado.

—¿Maestro? ¿Quién es el maestro?

Nicolás lo miró a punto de explotar, a punto de decírselo.

Su mano izquierda, dolorida por el balazo en el hombro, se movía lenta, casi desapercibida. Seguía la cadera, hasta encontrar un bolsillo en el pantalón militar. Y agarró un objeto.

—El que me ha salvado a mí de una vida perdida —dijo subiendo el tono y la velocidad, mientras extrajo del bolsillo una pequeña pistola—. El mesías, mi salvador.

Bruno se vio apuntado con una pequeña pistola y se cubrió con un brazo mientras con el otro disparó a ciegas. Todo fue rapidísimo.

Los dos disparos alcanzaron los dos hombres a la vez. La pólvora explotada casi simultáneamente, creó un estruendo que resonó en todo el vecindario, casi perforando los cristales de las ventanas.

El cuerpo de Bruno cayó al suelo, quieto, sin fuerza, alcanzado por el pequeño proyectil.

Nicolás jadeaba, como hace un pez fuera de su medio natural. Los

chorros de sangre salían de la yugular del sicario, con la intensidad que latía su corazón. La penetración del objeto metálico cortó su plan y su carótida externa. El hombro se estaba empapando del líquido rojo debido a la hemorragia que estaba sufriendo.

Al otro lado de la cama, Bruno se encontraba en el suelo, inmóvil, sin respirar.

52

La incursión de la policía fue casi instantánea después de los dos disparos.

Encontraron al hijo del Comisario Malatesta en el suelo. Al otro lado de la cama, al sospechoso. Este, presentaba una herida difícil de curar.

El primer agente que entró, se detuvo para ver a Bruno, le tocó, había latido pero no respiración. El policía lo agarró y lo incorporó. Bruno abrió los ojos y respiró de golpe, entrando todo el aire que había dejado de respirar.

—¿Se encuentra bien?

Cuando la respiración comenzó a regularse, Bruno se tocó el pecho, su ropa estaba perforada, una camisa y su chaqueta de piel tan apreciada. Por dentro, seguía incrustada la pequeña bala, parada por un chaleco antibala que llevaba debajo de la camisa.

Cogió el objeto metálico y lo miró a contra luz, atribuyéndole los dolores en el esternón.

El segundo policía entró y fue hacia Nicolás.

—Llamad una ambulancia, lo estamos perdiendo.

Este intentó detener la hemorragia, pero el corte pasó por la arteria más importante, la que alimentaba el cerebro. La cantidad de sangre que perdía pulverizaba las esperanzas de salvarlo.

Alex miró al agente sin verle, difuminándose su conciencia.

Sus últimos pensamientos fueron para su madre.

Las fuerzas se desvanecieron y los brazos quedaron colgando de un torso inerme.

La cabeza cayó a un lado.

El tronco fue apoyándose contra la cama.

Nicolás murió.

Los últimos movimientos reflejos de las piernas auspiciaron la hora de la defunción.

Las tres de la mañana y diez minutos. En el charco de su propia sangre. La paradoja quiso que el sicario Nicolás muriera en casa de su objetivo, Bruno Malatesta.

El peso de la ley.

Activó el efecto dominó que desmontó los planes terroríficos de Nicolás. No solo eso, sino que la providencia se lo devolvió de la misma manera que hace un boomerang. Murió solo, como las presas a las que atacaba. Sin aliento, sin compasión.

Murió entre toda su sangre, lentamente y de forma dolorosa. Sintió cómo su corazón se iba parando, cada vez más, poco a poco. Sintiendo el dolor y sintiendo la presencia de la Muerte, llamándolo por su nombre, igual que había hecho con sus víctimas.

Cesó de respirar impregnado de la sangre que esparció por los años que fue un sicario, un asesino por encargo, y en ciertas ocasiones solo por placer.

Sintió qué se sentía estando al otro lado, el frío de la muerte que comenzaba a invadirle, subiendo por las piernas y yendo poco a poco hasta el corazón. Mientras la figura de un espectro negro le llamaba por su nombre invitándole a seguirle. Detrás de esa imagen una luz oscura que le estaba imbuyendo, succionándolo, venciendo sus propias fuerzas.

Las imágenes de su vida recorrieron sus pupilas, y la última fue su madre; el día que él mató a su padre y la liberó de los barrotes del peor esposo que podía elegir. Recordó todo lo que hizo por su madre y se apagó con el sabor agridulce que podía haber hecho más.

En la habitación, permanecían los policías y Bruno. Encima de la cama se creó un remolino que solo Bruno, por su sexto sentido, pudo ver y sentir. Hubo un silencio sepulcral. La habitación se dobló. La base del remolino salía del cuerpo del Nicolás y acababa en el techo. La parte superior parecía que conectaba con el techo, pero en realidad conectaba con otro mundo. Todo el dormitorio se ofuscó por los hilos de niebla que desprendía el torbellino.

Bruno jamás vio algo parecido.

Vio dos figuras, dos sombras. La muerte y la justicia que presenciaban los últimos latidos de Nicolás. Cogidas de la mano, alimentando el torbellino que aspiró el alma bipolar del sicario, salió la parte buena con un tono azul pastel y la parte terrible, de color escarlata.

Bruno se levantó y miró al techo para ver dónde llevaba ese agujero que succionó el alma perturbada de Nicolás, pero este se cerró antes de que viera su fin.

Todo pasó en pocas décimas de segundo, los policías le miraron extrañados, como si el hijo del Comisario hubiese visto un fantasma.

A pesar que había muerto un asesino, el vacío que dejó su paso no pudo rellenar el abismo creado por la falta de sus víctimas.

Bruno se quedó anonadado, con los pelos enrizados, trastornado, preguntándose:

«¿Cuándo me tocará a mí? ¡Qué cerca estuve esta vez!».

53

Siempre hay una primera vez.

«¿Por suerte o por desgracia?», se preguntaba Bruno.

A esta pregunta tan trascendental, no tenía respuesta, no tenía experiencia, no tenía ni idea. El vello de los brazos se le erizaba al pensarlo.

Él, el hijo del Comisario Malatesta, había matado a una persona. Por defensa o por venganza, eso perdía importancia. Lo único importante era que habían cogido al asesino de muchas personas y evitado más muertes.

Las luces nocturnas de la "Via Emilia" en Modena pasaban lentas, en un carrusel a cámara lenta con un fondo de pianoforte. Bruno escuchaba a Debussy, en el "Claire de Lune".

Los semáforos, reflejados en sus pupilas y en el cristal de la patrulla, coloreaban la noche oscura de la misma manera que hizo Bruno, en dar esperanza atreviéndose a enfrentarse al joven sicario.

La luz.

«¿Qué es la luz?».

La luz es lo que nos permite avanzar a pesar de las tinieblas en la calle, en la noche, en nuestra mente.

La luz.

Asesinos, amantes de la noche irradiados por un haz luminoso llamado justicia. Extirpados de sus sueños oscuros por la mano de la providencia.

El destino juega otro partido. Uno paralelo al tuyo, tú no puedes verlo, silencioso opera a tus espaldas, detrás del telón y cuando tiene su programa realizado, entonces sube el telón y comienza la escena final.

El Comisario Malatesta no fue a Marbella llamado por Rita, no, sería demasiado simplista como visión.

El Comisario fue enviado por el destino, para que fuera preparando su plan, hasta que cuando todo estaba listo, subió el telón y la

actuación final fue interpretada por la persona que menos se esperaba. Por la misma que no quería ser policía y menos ser inspector: Bruno. El que llegó para poner orden, para volver a dar equilibrio a la vida, para volver a dar luz a la oscuridad oprimente de Nicolás.

El destino trabaja a nuestras espaldas.

¿Bruno habría podido evitar que Nicolás matara a su madre, sin la intervención de su padre?

¿Qué habría sido de Víctor sin la frase mágica del Comisario Malatesta?

«*Eres un buen policía, sigue tu corazón y cuando dudes, escúchalo más fuerte sin que te contamine tu cerebro, tus miedos… tus superiores*.»

La dijo el Comisario, pero ¿la pensó él o fue el destino quien se la susurró al oído sabiendo el efecto que haría en el joven inspector?

La vida y la luz.

Son recuerdos y enseñas luminosas que nos pasan delante. Las mismas que tenía delante Bruno, desde la ventanilla trasera del coche. Los minutos después de la tormenta son los más densos, de sentimientos, de emociones, de vida. Te das cuenta lo que acaba de pasar y, sobre todo, que todo lo que ha sucedido a partir de ese momento, solo será un recuerdo. Nítido o borroso, pero un recuerdo. Con trascendencia, pero ya pasado.

Bruno Malatesta.

Jamás había matado antes.

¿Crearía eso un precedente? ¿Unas consecuencias? ¿Unas decisiones?

Se sentía perdido, en parte satisfecho por haber evitado más desenlaces trágicos, pero en la otra parte entristecido. A veces había visto la muerte de cerca, pero nunca había sido parte de ella.

No le gustó lo que había hecho, pero admitió que era su destino, seguramente le costaría aceptarlo, pero era el camino que el destino quiso que recorriera.

El piano de Debussy continuaba sonando en su cabeza, como una música interminable, apaciguando los pensamientos, las responsabilidades, los miedos.

Estaba triste y feliz, orgulloso y enfadado, pero todo había acabado.

El dolor en el pecho de la bala que no pudo atravesar el chaleco, dejó la huella que acreditaba que todo era verdad. La noche no había sucedido en sus sueños, menos las visiones del remolino que apareció

encima de Nicolás, llevándose su alma oscura. Las figuras grises fueron visiones terribles. La primera que apareció, con la balanza en mano, una venda en los ojos y una espada levantada. La segunda con capucha y una enorme hoz.

«Nicolás, para mí siempre será Alex, el mismo chico que entró ese lejano día entregándome el currículum. Su alma tenía que ser tan putrefacta, que se incomodaron hasta las figuras ancestrales que llevan el orden. ¿Habrá sido real?».

Pero mientras que se hacía esa última pregunta, el vehículo de la policía entró en la comisaría. Aparcó delante. Bruno bajó y entró, escoltado como se abre el paso a los héroes.

Bajaron a las dependencias privadas, se colocó delante de una puerta. Los policías asentaron con la cabeza mirando al hijo del Comisario Malatesta, una leyenda en la comisaría.

Bruno abrió lentamente la maneta, en el interior había una luz tenue, una sala adecuada al descanso y a las horas de recreo. En un lado, un pequeño sofá. Apoyada, durmiendo, cubierta con una manta, estaba su madre. Arrancada a toda prisa de su domicilio y puesta en el lugar más seguro posible. Era la prioridad de un asesino y fue custodiada por los hombres de su marido.

Dormía, no era su madre, era un ángel.

Bruno entró y cerró la puerta a su paso.

Se quedó un rato viendo la tierna escena.

Se sentó a su lado.

Pasó su brazo por la espalda de su madre y lo apoyó en sus hombros, delicadamente.

Ella se giró y apoyó la cabeza en su hombro y siguió durmiendo encima de Bruno.

—¿Ya has vuelto cariño? —dijo la madre, casi en sueños, pensando que se lo decía a su esposo.

Bruno no contestó, prefirió dejar que su madre pensara que así era, que siguiera en su cama, que su marido había vuelto.

«A un ángel no se le despierta», pensó su hijo.

En ese momento entendió algo tremendo, que comenzaba a atormentarle. En esa habitación de las residencias de los policías, en la comisaria de Modena, en el sofá, con su madre apoyada en su hombro. Entendió que había hecho bien, a pesar de todo, en matar a Nicolás. El amor hacia su madre, oxidado por la distancia, le hizo sentir que había actuado en defensa de la persona más importante de su vida, la misma que le dio vida y le crió con todo su amor.

Bruno no quiso dormir esa noche. Jamás se volvería a repetir esa

situación. Hizo suyos todos los instantes que compusieron la noche, abrazando a su madre, hasta que el día, el olor a café de la máquina expendedora y el bullicio en la estación de policía, despertaron al ángel.

Entonces se miraron a los ojos y, sin una sola palabra, se entendieron. Con el idioma del amor que solo una madre y un hijo tienen, se dijeron todo.

La vida y la luz.

La vida era la de su madre, que la providencia dictaminó que aún no era su momento. La luz, el día lleva consejo y claridad en todo lo que se hace de noche o del día anterior.

Por la mañana, Carla y Bruno, tomando el primer café de la mañana se preguntaron por qué la vida volvía a juntarlos solo cuando había problemas.

—Porque son mensajes subliminales, *amore mio* —contestó ella.

Se prometieron que jamás dejarían pasar tanto tiempo sin verse, sino que cambiarían y tratarían de verse más.

Así fue, cuando salió el sol calentando tímidamente una mañana de otoño en la ciudad de Modena, una vez que el destino levantó el telón y Bruno interpretó su papel que le había sido designado.

Así continuó, hasta que el mismo destino, volvería a bajar otra vez el rojo telón de terciopelo de la vida, con una nueva interpretación, con una nueva parte y un nuevo final totalmente inesperado.

La vida y la luz.

El destino y el rojo telón que nos rodea. A veces sube… y a veces, inevitablemente baja, con la misma fuerza que lo hace la afiladísima hoja de una guillotina.

54

Una nueva vida.

Es el fruto del árbol de la valentía.

Nadie dijo que los cambios sean fáciles, ni que no contengan una buena dosis de atrevimiento. Los grandes cambios se han hecho a base de golpes y por mujeres y hombres con atributos.

El cartel que se encontraba en su nuevo escritorio, corroboraba lo que había en la puerta de su nuevo despacho: “Inspector jefe”.

Una nueva vida le esperaba al subir el telón para Víctor.

La jubilación inesperada de Pedro Valbuena, dio paso al joven talentoso. Inesperada e inexplicada, aparentemente.

El telón bajó para Pedro, con la fuerza de una guillotina y, justo al cerrarse, le dio un boomerang en plena cara. Nadie del público lo vio, nadie se enteró. El boomerang que lanzó él mismo hacía años, haciendo de sus caprichos una carretera de servicio a su antojo, paralela a la de la ley.

Se acordó cuando dejó a Bruno Malatesta en el aeropuerto de Málaga. Corrieron para que este pudiera coger el único vuelo que había directo a Bolonia.

Antes que desapareciera por las puertas acristaladas del edificio, Víctor dijo lo que pensaba.

—Tienes un gran padre. —Bruno miró al suelo—. Ojalá hubiera tenido un maestro como él. No podemos elegir las cartas que nos reparte el destino, pero sí qué hacer con ellas. —Hubo silencio—. Él te quiere, a su manera. Aprovecha esta nueva etapa con tu padre.

Entonces Bruno contestó algo, pero su mente lo borró. Solo se quedó con la sensación de agradecimiento que desprendieron los ojos del italiano. Luego, desapareció, directo hacia su acometido, hacia su destino.

Víctor miraba con orgullo su nuevo despacho. Recordó las palabras del Comisario Malatesta antes de marcharse: «ahora es tu momento».

Resonaban en su mente, creando eco, convirtiéndose en su mantra.

Se sintió orgulloso. Por momentos creía más en sí mismo.

Desde su escritorio, miraba a sus compañeros en la sala enfrente donde, hacía pocas horas, él estaba.

Su mirada recayó en Claudia, la inspectora que entró para cubrir su puesto. Una chica morena, de largas piernas y sonrisa sincera.

Las palabras del Comisario fueron gasolina para su vida.

Se levantó, decidido. Con el pecho fuera. Con su mejor traje, el del Víctor seguro de sí mismo.

Se puso al lado de su vieja mesa. La chica apartó la vista de la pantalla y le miró, regalándole una sonrisa.

Víctor respiró.

—¿Qué tal tu primer día?

—Asustada —respondió la muchacha.

—¿Te apetece un café y hablamos?

La sonrisa de Claudia fue aún más grande y sus ojos se iluminaron.

Se fueron al bar delante de la comisaría.

Allí comenzó algo bonito. El destino les concedió tiempo para conocerse.

Una nueva vida, después que el telón se levantara, para ellos también. La relación de Víctor y Claudia comenzó ese día y perduró. Sin embargo, esta como muchas más, es otra historia que continuó en la maravillosa Costa Blanca.

55

La sinfonía de la vida.

Los neumáticos del descapotable avanzaban, por el negro asfalto con rayas blancas. De la misma manera que lo hacen las manos de un pianista. La pelirroja y el Comisario fueron los intérpretes de una crónica con desenlace dulce.

La mano de Rita tocó la del Comisario, encontrándose en una sonrisa de complicidad. Una sonrisa acercándose a la de una nuera con un suegro.

Se sintieron satisfechos, orgullosos. La investigación fue dura pero consiguieron su objetivo: liberar de toda culpabilidad a Bruno.

En los asientos traseros descansaba, camuflado entre los abrigos, el diario rojo de Nicolás. Rita se lo quedó.

Una vez neutralizado el sicario, se tomaron unas horas de descanso en un pequeño hotel de los Pirineos. A la mañana siguiente, los dos detectives se pusieron en camino con destino Modena. Allí, la pelirroja dejaría al Comisario y recogería a Bruno para volver a Marbella y seguir con su vida. En la ciudad andaluza, a Bruno le esperaba un intenso trabajo para recolocar su vida, su futuro, su identidad.

—¿Una historia más Comisario?

Él sonrió mirando al horizonte. El Aston Martin rugía por la autopista francesa. Recorrían la zona pantanosa de la Camargue, donde el sol recién salido se espejaba en las tranquilas aguas.

—Gracias por llamarme, por confiar en un viejo como yo.

—Tu hijo te necesitaba, pero él no lo sabía.

—No lo quería admitir. No se lo reprocho, no he sido un padre presente.

—La historia se puede cambiar. Espera… ¿cómo era esa frase de Quevedo?

El Comisario arrugó el ceño.

—¡Aahh sí! “Siempre es aún todavía”.

El Comisario rio.

—Ojalá.

—Hace unos meses, con el problema que tuvimos de Rizzato, tu

hijo demostró unas capacidades investigativas innatas. —El Comisario no respondió, no supo entender si esa frase fue un alago, o un puñal en el costado—…pero cada uno elige su camino. Los grandes maestros solo enseñan, no lo pueden recorrer por el alumno.

—Puede que hubiera sido un buen inspector de policía, pero si no tenía la pasión, el mundo habría perdido un mecánico talentoso. Así que estaríamos en las mismas.

La pelirroja le miró de reojo.

Pasaron varios minutos sin hablar, cómodos, no forzados.

La mujer consideró que era el momento propicio. Tenían un viaje de mil kilómetros por delante y la curiosidad necesitaba de ser saciada. La semilla de la pregunta que estaba por hacer al Comisario, nació en la casa del hombre, hacía meses. En la cena del domingo, se desveló un detalle increíble, soltado con ligereza. El mismo detalle que le acompañó durante la investigación contra Nicolás. Lo repitieron varios investigadores, como un estribillo, casi una tarjeta de presentación, que fue alimentando la curiosidad de saber. Sin embargo, no quiso malgastar la oportunidad para hablarlo con prisas.

Respiró y lo soltó.

—Comisario, ¿me permite una pregunta, algo personal?

Él se giró, levantó una ceja.

—Uy, vamos a ver, no me gusta hablar de mí.

—Bueno, no propiamente.

—Dispara.

—¿Qué paso en el secuestro Ferrari? En vuestro gremio es como el caso por excelencia, hasta en España conocen ese caso. ¿Me permite preguntar qué pasó?

El Comisario resopló.

—Ya. He tenido que dar innumerables ruedas de prensa, entrevistas en televisión y radio, que me ha aburrido la historia. Rita ¿sabes cómo se identifica a una persona vieja?

La chica movió la cabeza.

—Cuando solo hablan en primera persona. Yo, yo, yo…

—Entiendo, pero me encantaría conocer la historia, no tenía ni idea que usted conoció a Ferrari.

—Pues sí. El ingeniero Ferrari, uno de los hombres más influyentes de su época, construyó un imperio. —Hubo silencio—. Pero es una investigación demasiado larga.

La pelirroja enseñó la carretera con su palma de la mano.

—¿Te parece que no tengamos tiempo?

El Comisario miró por la ventanilla, el horizonte le pareció demasiado cerca para todo, pero su casa se encontraba a muchas horas de camino. Dejó de explicar la historia, los medios de

comunicación llegaron tomarlo como a un mono de feria. Pero algo en su interior le dijo que tenía que explicarlo, una vez más, a lo mejor esa sería la última.

—De acuerdo Rita, te lo voy a explicar.

A ella se le dibujó una sonrisa de satisfacción en la cara. Se recolocó en el asiento del descapotable y prestó atención.

—Todo comenzó una noche fría en Modena. Siempre me acordaré que la niebla era tan espesa que costaba ver a los dos metros del coche. Mi mejor informador me llamó por algo importante. Siempre me acordaré de sus palabras al teléfono: «Comisario deje todo lo que está haciendo. Tenemos que vernos ahora, algo gordo se está cocinando. En el lugar de siempre. Venga solo, por el amor de Dios». Me llamó desde una cabina de teléfono. Jamás lo había oído así. Cuando comencé mi carrera de inspector, este hombre fue un anclaje importante como infiltrado. Nos daba información valiosa, le tenía mucho cariño. Era un hombre que se quedó sin trabajo, hacía trabajillos para sobrevivir. Nosotros le ayudábamos económicamente. Vivía en un piso de acogida, su mujer lo echó de casa y le impidió ver crecer a sus hijos. Una buena persona en manos de una mala mujer. Pero esa noche cambió todo. La niebla tan espesa pocas veces la vi. Nunca debí haber ido. A lo mejor las cosas habrían ido diferentes.

El Comisario respiró hondo en silencio, refrescando la memoria.

—La niebla retrasó mi llegada. Él se encontraba en el lugar de siempre. Llevaba un sombrero negro, gastado y un tabardo como abrigo que le protegía del frío punzante y húmedo. Solo me pudo decir una palabra, la que puso en movimiento nuestra máquina investigativa. Una palabra que provocó un tsunami en mi interior. Luego hubo unos desenlaces que cambiaron Italia. No fuimos conscientes a tiempo que solo era la primera pieza de un efecto dominó que ya había comenzado y que la policía no se enteró hasta que fue demasiado tarde.

Esa noche comenzó el caso Ferrari, que acabó en un secuestro asombroso. Uno de los más mediáticos y largos de la historia investigativa de Italia.

El Comisario miró a la pelirroja y añadió.

—Ese hombre se llamaba Guido. Ahora tendría tu edad y ese secreto… le costó muy caro.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Secuestro Ferrari”, la sexta entrega del Detective italiano.

***La muerte* del mejor informador de la policía. Un atraco a un furgón blindado. Un plan millonario para secuestrar a varios empresarios.**
1975. EL NORTE DE ITALIA ES SACUDIDO POR UN NUEVO CLAN MAFIOSO.

El Comisario Malatesta, padre del detective Bruno Malatesta, se ve involucrado en la investigación con más trascendencia de su carrera.

El chivatazo del mejor informador de la policía de Modena, hará pensar al comisario que va un paso por delante a un plan mucho más grande del que podía imaginar.

Las investigaciones le llevarán a descubrir rincones pútridos de la política y de **una trama criminal que quiere cambiar**, para siempre, **la nación transalpina.**

Una historia repleta de giros inesperados y de falsas apariencias, que te llevarán hasta el final sin saber quién es el cerebro del plan magistral.

Investigación, muerte, secuestros, pistas falsas y golpes maestros, son los ingredientes de un thriller policíaco ambientado en el siglo pasado.

La cocina italiana y la amistad con un inspector, compañero de Malatesta, ponen la guinda a esta novela negra italiana.
¿Logrará el comisario Malatesta desarticular el plan perpetrado por la mafia?

«Podría ser la nueva "Casa de Papel"». Ha sido un comentario de un lector beta.

«Es el nacimiento del heredero del "Comisario Montalbano"». Es el comentario de otro lector beta.

Hazte con ella en Amazon

Los amantes de la literatura de **Agatha Christie, Dan Brown, Jo Nesbø, Joël Dicker o Dolores Redondo,** pero también las series como El Inocente, The Mentalist, True Detective disfrutarán con este estremecedor thriller.
Riccardo Braccaioli es el autor de los exitosos libros autobiográficos y de crecimiento personal como Diario de una Quiebra y novelas negras como *Asesinato en el Rally Costa Brava*, *La Muerte del Mentor*, todos Best Sellers en Amazon.

¿Te has quedado con ganas? ¿Quieres saber más?

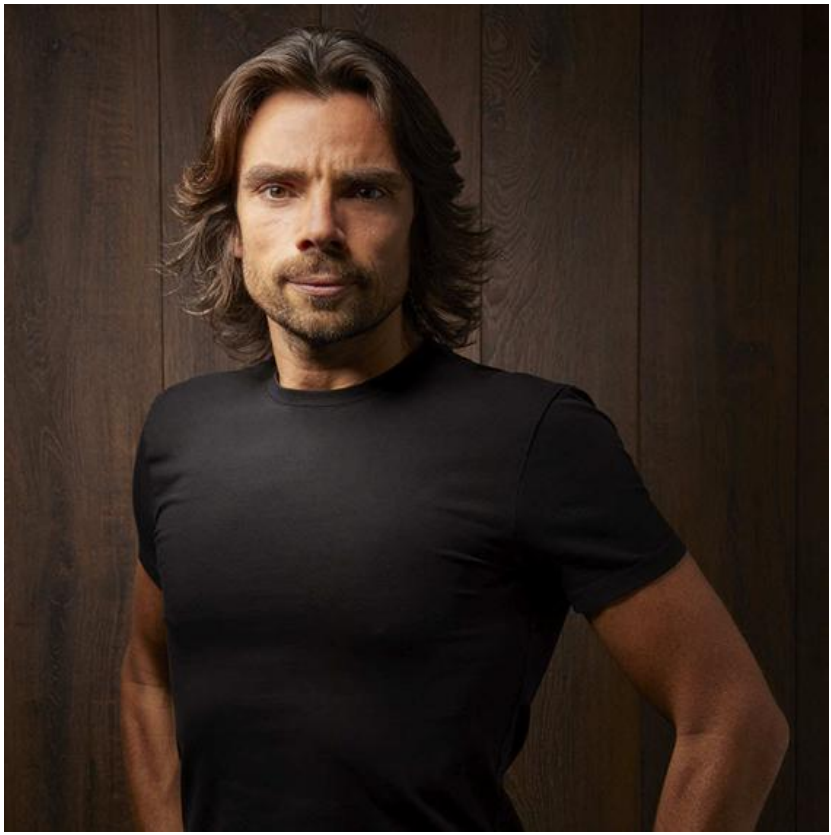
Ya estoy escribiendo la próxima entrega de Bruno MALATESTA. Si quieres estar informado sobre mis novedades, puedes apuntarte a la newsletter en mi página web.

Te mandaré solo y exclusivamente información de mis obras e información sobre mi.

Aprieta aquí 👇
BRACCAIOLI - NEWS LETTER

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de

novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi padre, que es mi “as en la manga”, tanto en la historia como lector pre-beta.

Gracias a mis lectores beta, Pili, Manel y David, vuestros consejos son inestimables.

Gracias a Pablo, que con la linterna sigues enseñándome el camino desde tu altura.

Gracias a Pedro, por hacerme soñar en grande.

Gracias Eva, por tus consejos y por apuntalar conversaciones, emociones, ideas.